



¿POR QUÉ CHILE ES CHILE?

**23 ENSAYOS
DE PREMIOS
NACIONALES**



Publicaciones
Cultura



SUCEOS PASADOS PERO, DESA, RON MARCA

181 Libertad

1936 EXPEDICION

1805

GERRAS

492

DESCUBRIMIENTO

¿POR
QUE
CHILE ES
CHILE?

23 ENSAYOS
DE PREMIOS
NACIONALES

ISBN: 978-956-8327-72-9

© Consejo Nacional de la Cultura y las Artes
Registro de Propiedad Intelectual n° 195.711
Derechos reservados

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes
Departamento de Comunicaciones
Fray Camilo Henríquez, 262, 6° piso, Santiago, Chile
Teléfono: (+56 2) 5897833
www.consejodelacultura.cl

Ministro Presidente: **Luciano Cruz-Coke Carvallo**
Subdirector nacional: **Gonzalo Martín de Marco**
Jefa Departamento de Comunicaciones: **Magdalena Aninat Sahli**
Director de Arte Depto. Comunicaciones: **Ignacio Poblete Castro**

¿Por qué Chile es Chile? es una publicación del Departamento de Comunicaciones del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, que se realizó en el contexto del proyecto Mural Bicentenario, donde el Departamento de Ciudadanía y Cultura convocó a Escuelas Artísticas de todo el país a que participaran en el proyecto. Este último departamento se encargó de la producción de las imágenes, selección de los mismos –en conjunto con Departamento de Comunicaciones- y gestión de permisos de reproducción de imagen de los dibujos que aparecen en la presente publicación.

Los textos contenidos en la presente edición no representan necesariamente la opinión de esta institución. Prohibida su reproducción total o parcial.

Edición general: **Magdalena Aninat**
Coordinación general: **Macarena Goldenberg**
Corrección de estilo: **Miguel Ángel Viejo**
Diseño editorial: **Ignacio Poblete**
Producción: **Pamela Morales**
Fotografía: **Paola Velasquez**
Corrección de color: **Eliana Arévalo y Paola Cifuentes**

Impresión: **Ograma Impresores**

Impreso en Chile
Primera edición
Octubre, 2010

¿POR QUE CHILE ES CHILE?

23 ENSAYOS
DE PREMIOS
NACIONALES



Cultura

INDICE

012 MATEO MARTINIC BEROS
PREMIO NACIONAL DE HISTORIA 2000

022 GERMÁN DEL SOL GUZMÁN
PREMIO NACIONAL DE ARQUITECTURA 2006

028 MARIO LEYTON SOTO
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS DE
LA EDUCACIÓN 2005

032 JUAN ALFONSO ASENJO DE LEUZE
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS APLICADAS
Y TECNOLÓGICAS 2004

042 LAUTARO NÚÑEZ ATENCIO
PREMIO NACIONAL DE HISTORIA 2002

052 FERNANDO LUND PLANTAT
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS EXACTAS 2001

062 MARGOT LOYOLA PALACIOS
PREMIO NACIONAL DE ARTES MUSICALES 2004

066 RAFAEL BENGURIA DONOSO
PREMIO NACIONAL DE CIENCIA EXACTAS 2005

070 MANUEL ANTONIO GARRETÓN MERINO
PREMIO NACIONAL DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS SOCIALES 2007

082 ERNESTO SCHIEFELBEIN FUENZALIDA
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS DE
LA EDUCACIÓN 2007

088 MIGUEL LETELIER VALDÉS
PREMIO NACIONAL DE ARTES MUSICALES 2008

102 MARÍA CECILIA HIDALGO TAPIA
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES 2006

108 CRISTIÁN VALDÉS EGUIGUREN
PREMIO NACIONAL DE ARQUITECTURA 2008

112 MIGUEL KIWI TICHAUER
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS EXACTAS 2007

122 PEDRO LABARCA PRADO
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES 2004

130 MARÍA OLIVIA MÖNCKEBERG PARDO
PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO 2009

142 EDUARDO CAVIERES FIGUEROA
PREMIO NACIONAL DE HISTORIA 2008

150 FARIDE ZERÁN CHELECH
PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO 2007

162 GUSTAVO MEZA WEBAR
PREMIO NACIONAL DE ARTES DE
LA REPRESENTACIÓN Y AUDIOVISUALES 2007

168 JUAN PABLO CÁRDENAS SQUELLA
PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO 2005

176 FERNANDO MONCKEBERG BARROS
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS APLICADAS
Y TECNOLÓGICAS 1998

182 NIBALDO INESTROSA CANTÍN
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES 2008

186 FEDERICO ASSLER BROWN
PREMIO NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS 2009

¿P

or qué Chile es Chile? La pregunta es lo suficientemente amplia y simple como para dar pie a respuestas complejas y diversas, tanto como es el país que celebra 200 años de República. Como Consejo Nacional de la Cultura y las Artes hemos querido

conmemorar esta fecha histórica permitiendo que, junto con las celebraciones, se abra un espacio para plantear una pregunta en torno a nuestra identidad, cuestión que necesariamente debe contar con una respuesta abierta a distintas visiones, generaciones y disciplinas.

Un país que es “uno por fuera, miles por dentro”, como escribe Margot Loyola en su texto, se pone de manifiesto al ver las imágenes que enviaron niños de todo el país que fueron convocados desde nuestro programa Escuelas Artísticas. Una llama en tonos grises, tan representativa de la zona andina, tiene un evidente contraste con esa imagen desoladora de un niño huaso que contempla el mar embravecido en referencia a la catástrofe del 27 de febrero con que iniciamos este año. Pese a las diferencias, en la multiplicidad de sus visiones, es posible reconocernos como país.

La misma luz ilumina los textos de los 23 destacados ensayistas que asumieron el desafío de aventurar –con poco tiempo– una respuesta desde su ámbito. Reconocidos con el Premio Nacional en la última década, los convocamos a escribir un breve texto en el entendido que tienen una reconocida visión para dar su propia mirada sobre la identidad de un país que, al conmemorar el Bicentenario republicano, debe enfrentar el desafío de revisar su pasado para definir los desafíos de su futuro. En palabras de Eduardo Cavieres, “la autodefinition de una sociedad corresponde a un problema de identidad, y las identidades son fundamentalmente un problema cultural”.

No buscamos dar respuestas concluyentes sino abrir espacio a una participación activa de la ciudadanía –pluridisciplinaria, intergeneracional–, que permita un desarrollo cultural pluralista y equitativo. Agradezco a todos quienes construyeron sus respuestas para configurar un testimonio reflexivo de lo que somos al momento de conmemorar el Bicentenario y de los desafíos que restan para construir una cultura de imaginar un Chile mejor. [ch](#)



LUCIANO CRUZ-COKE CARVALLO
MINISTRO PRESIDENTE
CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA Y LAS ARTES

¿POR QUÉ CHILE



Chile ya era Chile antes del Chile republicano; nació de un empate y de los beneficios de la convivencia. No puede vivir sólo del cobre y tiene la capacidad de lograr un científico Nobel. Debe avanzar rápido para no retroceder... Tan

diversas como las trayectorias de los 23 autores de los ensayos que aquí presentamos son las definiciones que este libro entrega sobre la identidad de nuestro país que celebra su Bicentenario republicano.

Esta publicación recoge una iniciativa que el Consejo de la Cultura ha llevado a cabo para promover una reflexión participativa que se ha sumado a las celebraciones de esta fecha histórica. Su punto de inicio ha sido una pregunta esencial: ¿Por qué Chile es Chile? En búsqueda de una respuesta, invitamos a los alumnos de nuestro programa de Escuelas Artísticas de todo el país a responder visualmente esta cuestión. Pero hemos buscado que la visión de estos niños y sus espontáneas frases tengan un correlato a través de un texto ensayístico de los profesionales más destacados de los distintos ámbitos de nuestro desarrollo, invitando a todos aquellos profesionales que han sido distinguidos con un Premio Nacional en la última década. Los ensayos de destacados autores del ámbito de la música, la historia, el periodismo, la sociología, las artes escénicas y visuales, la arquitectura y los distintos ámbitos de la ciencia se acompañan con elocuentes imágenes de niños entre tres y 14 años que dan luces sobre la iconografía, la paleta cromática y la diversidad de imágenes con que hemos construido nuestro imaginario país.

Chile, un país “culturalmente impreciso y disperso”, en palabras de Germán del Sol, se dibuja a través de las páginas de este libro desde la diversidad de puntos de vista con que se responde sobre su geografía, su historia y antropología, sobre su desarrollo musical, social, político y científico. Esta multiplicidad de visiones articulan un caleidoscopio identitario, donde las imágenes fragmentadas de niños y expertos nos devuelven un espejo cultural ante el cual es posible ver nuestro reflejo y vislumbrar que, más que diferencias, existen profundas relaciones y preocupaciones comunes entre los múltiples Chile que hoy conmemoran el Bicentenario.

El resultado es una publicación que permite múltiples entradas. Se puede descubrir el contraste entre imágenes más puras y otras rebosantes de figuras y colores, entre textos

¿QUÉ ES CHILE?



personales y otros más revisionistas. O bien se puede intentar tender puentes entre la simbología que puebla las respuestas visuales de los niños –despojados muchos de ellos de una inocencia inexistente– con los textos cargados de ideas, visiones y propuestas, que se han ordenado aleatoriamente para permitir dibujar al lector su propia senda. La pregunta inicial ha logrado abrir una mirada al futuro. Cada uno de los autores desafía, a su manera, el potencial de un país que tiene mucho aún por hacer. “Un fusil que está ahí descargado es mucho más que un fusil recién disparado”, escribe el arquitecto Germán del Sol. En estas páginas los disparos permiten dar señas del camino para construir una respuesta que aún tiene muchas aristas que abarcar. ^{ch}

MAGDALENA ANINAT S., EDITORA
JEFA DEPARTAMENTO COMUNICACIONES

¿POR QUÉ CHI

MATEO

MARTINIC

PREMIO NACIONAL
DE HISTORIA

12

MATEO MARTINIC BEROS

Historiador nacido en 1931 en Punta Arenas. Se ha dedicado al estudio y difusión de la historia y geografía de la Región de Magallanes. Recibió el Premio Nacional de Historia en el año 2000. Su carrera profesional la ha centrado en una de las áreas menos estudiadas de la historia política, la historia regional, trabajando como Profesor Emérito de la Universidad de Magallanes. Es miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Historia y miembro honorario del Colegio Nacional de Arquitectos de Chile. Es socio honorario de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía; de la Corporación del Patrimonio Marítimo de Chile y de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile.

En 1969 creó el Instituto de la Patagonia. También el Museo del Recuerdo, la *Revista Magallánica* (ex Serie Ciencias Humanas de los Anales del Instituto de la Patagonia) y el Centro de Estudios del Hombre Austral.

Entre sus múltiples publicaciones destacan: *Presencia de Chile en la Patagonia Austral: 1843-1879* (1971), *Historia del Estrecho de Magallanes* (1977), *Punta Arenas en su primer medio siglo: 1848-1898* (1988), *Historia de la Región Magallánica* (1992) y *Punta Arenas sesquicentenario (1848-1998): una visión de su evaluación de década en década* (1999).

¿CHILE ES CHILE?

U

n recorrido por la geografía y por la historia

Si de pronto se nos pidiera que inventáramos un país, geográficamente entendido, a ninguno se nos ocurriría hacerlo dándole una longitud descomunal de cinco mil kilómetros y una amplitud de sólo unos ciento cincuenta en promedio; lo haríamos más corto y más ancho. Y con tal estrechura, menos se nos ocurriría situarlo encerrado entre una altísima cadena de montañas y una de las fosas más profundas del océano Pacífico, de espaldas a otros y lejos de las comunicaciones con otras entidades territoriales ¡Sería una locura! Pero ese país existe, se llama Chile y de verdad “es una loca geografía” como bien lo describiera uno de sus grandes escritores. Surgió hace millones de años en el borde sudoccidental de lo que después sería Sudamérica cuando, en medio de colosales convulsiones telúricas, emergió la cordillera de Los Andes. Eso lo hizo de partida diferente de otros espacios geográficos, como distintos pasaron a ser los paisajes que se fueron formando a lo largo de su historia geológica y climática sobre su extendida dimensión norte-sur: desde los propios del desierto más árido del planeta (pasando por tierras cada vez más amables y feraces, según la creciente disponibilidad de agua, y con una cada vez más generosa cobertura forestal en un recorrido que entera dos tercios de tal longitud, de modo ordenado y compacto) hasta los del tercio final meridional que ya en el colmo de la enajenación geográfica se corresponden con los propios de tierras semisumergidas en el mar y de otras emergentes totalmente, en una mezcla de verdor extremo y desierto frío, de glaciares eternos, mares embravecidos a perpetuidad, lluvias sempiternas y semiaridez esteparia, para rematar hundiéndose con el continente en las aguas jamás tranquilas de la conjunción de los océanos Atlántico y Pacífico. Sin embargo, de tanta desmesura y desorden aparente, tan extenso territorio quedó bien dotado, quizá si por lo mismo, de recursos naturales vivos e inertes abundantes y variados. ¡Vaya país! Sobre ese territorio con mucho de inverosímil, un atrevido capitán español de mediados del siglo XVI, Pedro de Valdivia, se inventó “un reino” luego de conocerlo

someramente en una larguísima marcha penetrando desde el norte, fundando así la patria chilena según hoy la conocemos. Pero la tierra estaba poblada desde once o doce milenios antes por otros humanos que en su prolongada migración continental del septentrión al meridión habían llegado en pequeños grupos o bandas y hallándose progresivamente a gusto en distintos lugares de la inmensidad descrita, se habían ido adaptando al medio usando con prudencia sus recursos y generando culturas locales. Ellos, genuinamente, fueron y son los primeros chilenos (entendiendo que el sentimiento de patria como pertenencia a un suelo surge de la consubstanciación de la voluntad de radicación con la aceptación de la tierra que acoge y alimenta). Así se sintieron en lo propio, se quedaron y multiplicaron por generaciones. A ellos, a sus descendientes en verdad, los fueron encontrando Valdivia y compañeros cuando recorrieron la tierra, se aquerenciaron con ella y quisieron que fuera suya, y con los mismos debieron enfrentarse.

Y así comenzó otra historia, la de una larga contienda en la que unos querían apropiarse y otros evitar el despojo del suelo que habitaban y que acabaría al cabo de dos y medio de siglos en una suerte de gran empate, que no otra cosa fue el compartir un territorio en el que los originarios y los foráneos acabaron por convivir condicionados por la mestización, el cansancio de la guerra y los beneficios del entendimiento recíproco.

Juntos de tal modo, los de antes y los de después y sus descendientes comunes, pasaron a vivir en progresivo acomodo entre sí y la naturaleza de un país dominado desde lo más remoto por las fuerzas de la tierra que de tanto en tanto sacude sus entrañas y somete a duras pruebas a sus habitantes. Juntos, además, enfrentaron el desafío de vivir en la marginalidad del Imperio Español en el nuevo mundo y asumir el costo de ello. Una y otra circunstancias contribuirían a formar una personalidad nacional singularizada.

Y juntos, por fin, asumieron la empresa común de ir haciendo cada vez más habitable la vastedad geográfica de la tierra común, extendiéndose sobre ella en la medida de sus fuerzas, explotando sus recursos y haciéndola productiva. Pero nada resultó fácil y cada logro debió pagarse a costa de dura experiencia y así se fue conformando una nación diferente hija del rigor, el trabajo y la austeridad que una vez, hace dos siglos, quiso comenzar a regirse por sí misma y ser la artífice y la dueña de su propio destino. Y ciertamente lo consiguió; con tenacidad y paciencia con confianza en el talento, la habilidad y la fuerza de sus hijos y de las de otros que siguieron arribando desde

lejos y se quedaron para siempre. Todo se hizo de un modo propio, sin alardes ni estridencias, con trabajo inteligente y creativo, superando las limitaciones hijas de nuestra imperfecta condición humana, de la naturaleza. De esa manera, amasada en sudor, lágrimas y alegrías, alternando éxitos y fracasos, se elaboró la sustancia espiritual de la nacionalidad chilena: la de ser hijos de un esfuerzo cotidianamente probado, tranquilos y seguros, aquerenciados con el terruño en su variedad geográfica, sin otra aspiración más noble y digna que la de hacer del mismo el gran hogar común, en donde se viva en libertad, democracia y justicia, con respeto y tolerancia, con un bienestar económico signado por la equidad en el reparto de la riqueza y por la igualdad de oportunidades para todos, según capacidades y talentos.

Chile es así el fruto admirable de una voluntad de ser forjada a lo largo de su historia en la superación de las contrariedades que le han impuesto su naturaleza y su ubicación geográfica relativa, en la solidaridad estimulante de un habitar esforzado y de un compartir sueños y esperanzas, y en el afecto entrañable por la tierra. ^{ch}

“POR NUESTRA, LOCA GEOGRAFÍA”

GREGORIO, 13 AÑOS

16

Nombre: Anilehi Maturana Kursan

Edad: 7 años

Técnica: Lápices de cera

Reseña: En mi dibujo represento la Quinta Región con cerros, tomas, su arquitectura, sus recursos y su vida.

Escuela Artística: Escuela Popular de Artes,

Ciudad: Valparaíso





CHILE

“PORQUE A MÍ ME
GUSTA MUCHO
EL MAR, IR A
LA PLAYA Y LOS
PECES”

21

CASANDRA, 7 AÑOS

Nombre: Constanza Miranda Catalán
Título: Brisa de Chile
Edad: 16 años
Técnica: Témpera
Escuela Artística: Liceo Experimental
Artístico (Sede Barroso)
Región/Ciudad: Santiago

¿POR QUÉ CHI

GERMÁN

DEL SOL

PREMIO NACIONAL
DE ARQUITECTURA

22

GERMÁN DEL SOL GUZMÁN

Arquitecto nacido en Santiago en 1949. Recibió el Premio Nacional de Arquitectura en 2006.

Estudió Arquitectura en la Pontificia Universidad Católica de Chile y después en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona, titulándose de arquitecto en 1973. En esta misma ciudad creó su propio estudio, trabajando allí hasta el año 1979.

En 1980 se estableció en Santiago con su propio estudio. Entre 1984 y 1986 trabajó en Palo Alto, California (EEUU).

Entre 1988 y 1998 crea y dirige el proyecto "Explora", cuyo principal objetivo fue promover viajes de exploración sin carácter científico, a lugares antiguos de América del Sur para conservar vivas sus culturas y resguardar su medio ambiente.

En 1992, estuvo a cargo del pabellón chileno para la Expo'92 de Sevilla (España), junto al arquitecto José Cruz Ovalle.

Entre sus principales obras están los hoteles Explora de la Patagonia (realizado en conjunto con José Cruz), Explora en San Pedro de Atacama y Remota en la Patagonia; las Termas de Puritana, las Bodegas de la Viña Gracia en Totihue y las Termas Geométricas, en las cercanías de Coñaripe.

¿QUÉ ES CHILE?

P

refiero pensar “¿qué es Chile?” y no “¿cuál es su imagen?”, que ahora nos importa demasiado. Y mostrar sus realidades mayores, a la luz de la poesía.

Una presentación poética de realidades mayores de Chile no se basa en la ciencia (economía, historia) ni en la técnica (ingeniería, estadística). No es calculable. No se refleja, por ejemplo, en el PIB ni en el IPC. Una interpretación poética revela esa parte de la realidad que se hace evidente sólo de modo poético y que si no, quedaría oculta, incluso para los más cercanos.

Realidades mayores de Chile son aquellas cualidades locales que alcanzan un interés universal y encienden la imaginación del mundo. Un ejemplo de realidad poética local de interés mundial es Violeta Parra, mientras que una de interés puramente local son los Huasos Quincheros. Una realidad geográfica local de interés mundial es la Patagonia, mientras una de interés local es la Cordillera de la Costa. Para que una realidad local sea de interés mundial debe tener en cuenta al mundo y despertar sus sentidos.

Cuando pienso en Chile, lo primero que se me viene a la mente es **la potencia de todo lo que está por hacer**. “Un fusil que está ahí descargado es mucho más que un fusil recién disparado”, dice alguien por ahí.

Chile es culturalmente impreciso y disperso. Vive el presente en proyectos, y el pasado arraigado casi míticamente a la familia y a la tierra.

Las cualidades positivas y las negativas de Chile son las mismas, depende como se las mire: el ingenio para hacer mucho con poco que es la verdadera riqueza, pero que a veces no basta. Al arte del ocio también puede llamársele flojera. A la levedad, superficialidad. Y al humor, irresponsabilidad.

La dispersión física y espiritual de Chile es fruto de una realidad que está en el alba, recién empezando a revelarse.

El presente es el único momento de Chile. Pero es un permanente regalo de hechos inesperados que se viven bien, improvisando con humor y con gracia.

Cuando se mira a Chile sin afecto, sus cualidades se perciben como defectos. Podemos elegir entre ver problemas o ver oportunidades para hacer algo bueno de ellos. Un dilema agravado por el terremoto.

Chile se cree joven y celebra el Bicentenario porque no reconoce sus orígenes en culturas precolombinas de más de cinco mil años. Lo que tiene Chile de país joven es que no domina su territorio ni usa sus energías con la eficiencia de un país maduro.

Alberto Cruz dice que en América todo ocurre por primera vez. Los europeos viven su pasado como presente, les cuesta volver a mirarlo y encontrar en él algo nuevo. Los chilenos ni siquiera conocemos nuestras culturas ancestrales.

Los europeos ven la naturaleza a través de la ciudad. Los chilenos no. Y abandonamos la ciudad, para irnos a vivir en las afueras. Chile tiene otro modo de ser urbano que no reconoce, ni se permite a sí mismo en sus leyes.

En Chile se practica el imbunchismo para impedir el crecimiento de los más dotados, que tienen que ser profetas afuera (Neruda, Mistral, Matta, etc.)

Pienso que Chile le teme a la pobreza, a la verdad y al ridículo. Esa angustia se expresa en adjetivos tan exagerados que anulan lo sustantivo: “un millón de gracias”, es menos que un simple “gracias”.

Las expectativas de los chilenos son riqueza, que confundimos con plata, y popularidad, que confundimos con amistad. Sin embargo, los amigos son la principal fuente de alegría. Después le siguen la fama para unos pocos, y objetos como autos y casas, que cualquiera compra con plata.

La verdadera riqueza permanece oculta y no es motivo de envidia por aquello que decía mi abuela: “la gente feliz no se nota, no aparece en el diario”. La verdadera riqueza ni se busca ni se alcanza. Se tiene y se da. Consiste en ser más lo que se es y no en tener más. “Sólo es dichoso aquel que quiere dar”, dice Goethe.

La falta de un plan maestro de construcción de las ciudades devastadas, los proyectos para represar los ríos Mapocho, Pascua y Baker, la entrega de mediaguas a los que necesitan casas, pero también los asados que se hacen durante los desfiles del dieciocho de septiembre en el Parque O’Higgins, me hacen pensar que existe un país oficial, y un país real.

Chile oficial ocupa un espacio legal con capital mental en la zona central. Lo dirigen el presidente, sus ministros, obispos, senadores, diputados, intendentes y el poder judicial. **Chile oficial** se encamina al desarrollo con alta tasa de crecimiento, baja inflación y una gran infraestructura hecha sobre la base de puras leyes. Sin asumir honestamente sus

debilidades ni darle una solución íntegra a la pobreza material, a la educación, al aborto, al *smog*, a la salud, a las parejas que no se pueden casar, o a las adicciones desordenadas. Sin gracia ni ingenio, **Chile oficial** parece recreado del original por la imaginación de un oficinista ocupado en controlar a los demás, desde la seguridad de su traje rayado de banquero inglés de una talla menos.

En **Chile oficial** hay poca riqueza verdadera de aquella que se goza y se da. La caridad se hace con publicidad, y el humor con animadores.

La pobreza oficial en Chile es ganar menos de \$180.000 al mes, porque la plata se confunde con la riqueza. El título de pobre oficial invita a esperar toda solución del estado, y a olvidar que cada uno tiene algo bueno y valioso que aportar a los demás.

Chile oficial vive de acuerdos de comisiones de esto y aquello, porque no tolera la diversidad del mundo civilizado actual. Funciona creando limitaciones en vez de un entorno favorable y fecundo para ser más lo que es.

Chile real no coincide mucho con el país legal. Sus personajes son alcaldes y curas, alguno que otro ministro empoderado, diputados o senadores díscolos, carabineros, bomberos, carteros, matronas, practicantes y profesores. Y, ¿por qué no?, arquitectos e ingenieros profesionales y técnicos.

En **Chile real** la ley de tránsito o el alcotest no se pueden aplicar a una carretela sin patente con un perro a la siga que va por la berma contra el tránsito.

En **Chile real** las parejas se juntan o se separan con dolor y sin trámites. Hay niños y allegados por todas partes, sonrientes a pesar de su falta de papeles. Se vive al día sin IVA, con la sana ayudita de unos tragos, de un compadre, o del amor, que no le sobran a nadie que yo sepa. El humor abunda y el ingenio reemplaza a la técnica y a veces a la plata.

Yo creo que en **Chile real** hay riquezas verdaderas y cierta calidad de vida, sin desconocer que hay que desterrar el hambre y la miseria que están en todas partes.

En **Chile real** hay caridad. Se hace el bien sin mirar a quien y sin ser visto. Siempre hay atención para una visita inesperada, mientras en **Chile oficial** hay que avisar por anticipado. La vida para todos es a veces cruel. Pero leve y graciosamente, se vive mejor la vida tal como es.

Chile real une con poesía lo terrestre y lo celeste. Es imaginativo y valiente, disperso y desordenado como la vida misma que se vive abierta a la providencia.

La pobreza en **Chile real** es sufrir la miseria en cualquier forma y no tener idea de cómo superarla. Tal vez por falta de capacidad para cambiar la mirada y romper el círculo que se volvió vicioso.

En **Chile real** la riqueza pueden ser afectos, un don como ninguno. Todo el tiempo del mundo para ser lo que se es, amar a quien se quiera, hacer con ganas lo que se tenga que hacer, y disfrutar de lo gratuito. En un espacio pleno de libertad y tiempo.

Chile real crece menos y su inflación es mayor que la estadística. Sus productos *per cápita* vitales son las calorías por día y el acceso a la posta, a la escuela, al retén, a la luz, al alcantarillado, o al agua potable.

Chile real vive de la tolerancia a la diversidad y de la generosidad de todos, incluidos los pobres materiales.

Me gusta y disfruto el **Chile real**. Y me gustaría establecer un puente entre ambos, que es el objetivo de mi trajín. Lo mejor de Chile real son la gracia y el desapego, que tiene forma de ingenio. Porque bastan para ser esporádicamente feliz.

Chile hace mejor aquellas cosas irrepetibles que requieren ingenio y gracia para existir, y que llevan signos de vida en sus cuidados. El volantín se inventó en China, pero el más liviano y sencillo es probablemente chileno. Otros son fruto de la imaginación para hacer mucho con poco, por ejemplo, los objetos de cerámica o de mimbre, de alambre o neumáticos usados, las ferias persas, los puestos en las autopistas, los músicos en las micros, las ventas en las esquinas, etc.

Estas expresiones son una interpretación poética del mundo. De la capacidad para darle una vuelta más a las cosas de siempre, para encontrarles un algo que ilumine la misma vida con otra mirada. O en el caso de los telares aymarás o mapuches, que reflejan una capacidad cultural de síntesis, que es muy necesaria hoy cuando debemos manejar tanta información. Lo más atractivo que tiene Chile para sus visitas es el desapego con que se usan el tiempo y el espacio generosamente disponible en el país real. Gracias a que la organización del país legal está todavía en pañales, los burócratas no han podido controlar esta riqueza.

Chile tiene gente común inteligente, familiar y pacífica, con cultura para vivir bien en un país fecundo y poco utilizado. Obligada a trabajar, trabaja. Bien dirigida, trabaja bien. Bien enseñada, aprende y mejora. Bien liderada, se hace creativa y generosa. Gente que conoce su trabajo y las reglas, tanto para cumplirlas como para saltárselas con el mismo interés.

En Chile no se ha aprovechado el ingenio para trabajar serenamente, correr menos y producir más; la gracia para hacer mucho con poco y ver el otro lado de lo obvio, e inventar cosas nuevas apartándose de las existentes; el humor para poner poesía en el mundo pragmático y a veces prosaico del “mercado”, etc. Estos son valores agregados, a mi juicio, escasos en el mundo.

Creo también que el consumo ha demostrado que los hombres no pueden vivir sólo de satisfacer necesidades prácticas. El ocio proporciona tiempo, el arte ojos nuevos, la religión orientación, la poesía nombres, el humor desapego y el desapego felicidad, y la gracia todo lo demás.

Para describirlo en una palabra, diría Chile. En una frase, insinuaría Chile. Para Chile prefiero los colores de los papeles de seda de volantín, antes que colores básicos como el rojo o el azul, o muertos como el color peltre que tiene el nuevo Escudo Nacional. Si tuviera que elegir un animal para Chile elegiría el quiltro por su inteligencia y habilidad para sobrevivir y su sentido del humor y del amor. Nunca animales casi heráldicos como el cóndor y el huemul. Tampoco mascotas.

La realidad de Chile supera cada día a la fantasía. Basta leer los diarios. No hace falta ponerle más color, sólo verlo con afecto, y mostrarlo tan diverso como es. Para nombrar lo que hace que Chile sea Chile se necesita un poeta. O más. ^{ch}

¿POR QUÉ CHI

MARIO

LEYTON

PREMIO NACIONAL
DE CIENCIAS DE
LA EDUCACIÓN

MARIO LEYTON SOTO

Profesor de Estado del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile en Historia, Geografía y Educación Cívica. Recibe el Premio Nacional de Ciencias de la Educación en 2009. Master of Arts en Educación y Diploma de Estudios Avanzados de la Universidad de Chicago. Actualmente es director del Programa de Magíster y miembro de la Junta Directiva de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

Participó en la planificación y puesta en marcha de la Reforma Educacional de los años 1964-1970, que fue la primera de la historia de Chile que buscó garantizar el acceso total a la educación, iniciándose así los procesos de alfabetización para todos los chilenos.

Además, fue director de la Comisión Nacional de Currículum y subsecretario de Educación.

Asumió un gran liderazgo en la creación del Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas (CPEIP), en el que reunió a un equipo de profesionales de excelencia que renovaron la experimentación, el aprendizaje y el perfeccionamiento de los profesores.

¿QUÉ ES CHILE?

M

últiples son los factores geográficos, históricos y educacionales que han intervenido en el desarrollo de Chile y de su identidad. En primer lugar, su ubicación geográfica.

Sin ser una isla, somos un país isleño, separado de sus vecinos por el más desolador desierto y la majestuosa Cordillera de Los Andes, y del resto del mundo por el más extenso de los océanos. Este aislamiento ha moldeado el carácter del pueblo chileno, independiente y libertario, al mismo tiempo que acogedor y solidario, un tanto taciturno e introvertido. Ha elevado su espíritu a nivel universal en las voces de Huidobro, Neruda, la Mistral, Nicanor y Violeta Parra, entre otros insignes poetas de nuestra tierra. También lo ha hecho su historia, marcada por el indomable espíritu de independencia y de dignidad de nuestro pueblo (inmortalizado por Alonso de Ercilla y Zúñiga en *La Araucana*: “la gente que produce es tan granada, soberbia, gallarda y belicosa que no ha sido por rey jamás regida ni a extranjero dominio sometida”), y por el sacrificio heroico de Arturo Prat. Hemos sido un pueblo amante de la paz y del orden, respetuoso de la ley, de las instituciones republicanas y de la democracia, a cuyos principios y valores adherimos desde muy temprano como nación independiente.

Todo lo que hemos logrado como nación respetable y respetada en América y el mundo, se ha debido, sin duda, a la importancia que se atribuyó a la educación para el desarrollo de nuestra nación. En efecto, aislado entre la cordillera y el mar; entre los desiertos del norte y las eternas nieves de la Antártica, “terremoteado” con frecuencia, el pueblo chileno y su clase dirigente muy temprano comprendió que nada sería fácil en esta “loca geografía” de Benjamín Subercaseaux, y que el desarrollo de nuestra nación y la construcción de una “República en forma”, como decía Diego Portales, dependía de un Estado que asumía en plenitud sus responsabilidades educacionales con nuestro pueblo.

Este desafío fue asumido desde los primeros años de la República por nuestros gobernantes, preocupándose de fundar universidades, colegios y escuelas y de la formación de nuestros

profesores. Al poco tiempo de lograda nuestra independencia, nacieron, entre otros, la Universidad de Chile y el Instituto Nacional y más adelante, el Instituto Pedagógico y la Escuela Normal José Abelardo Núñez y otras igualmente importantes en diferentes ciudades del país. Particular importancia dieron a la educación en el siglo XIX algunos presidentes como Manuel Bulnes, quien fundó La Escuela de Artes y Oficios, y José Manuel Balmaceda, que llenó de excelentes liceos el país.

En el siglo XX, en la década del 40, Pedro Aguirre Cerda (con su lema “Gobernar es educar”) reforzó definitivamente la responsabilidad del Estado en la educación del país y, en la década del 60, Eduardo Frei Montalva con su política de “Escuelas para todos los niños de Chile”, consolidó las responsabilidades del Estado en la educación e inició un proceso irreversible de ingreso de niños y jóvenes a los diferentes niveles del sistema educacional. El impacto de este proceso hoy día es inapelable: aproximadamente un millón de estudiantes asiste a la universidad el año 2010. Aproximadamente un 25% pertenece a los grupos económicos de los deciles más bajos de nuestra sociedad. Es más: gracias a este proceso, con el cual se comprometieron todos los gobiernos a partir de la Reforma de 1964-1970, el país ha logrado para este año del Bicentenario alcanzar los 10,4 años de escolaridad promedio para su población, el más alto en América del Sur, según la reciente Encuesta Casen (*El Mercurio*, 4 de agosto, 2010). Queda, sin embargo, pendiente para los inicios del tercer centenario, el gran desafío de reducir la brecha del 19,1% de jóvenes del decil más pobre que llega a la educación superior, versus el 93,3% del más rico, y que ésta sea de la misma buena calidad para todos. Lograr a corto plazo que la escolaridad promedio para nuestra población mayor de 18 años sea equivalente a la de los países más desarrollados (que hoy día bordea los 12 años) es el otro gran desafío para los próximos años.

Los logros alcanzados en el desarrollo de nuestra educación y del país no habrían sido posibles sin el aporte de las universidades chilenas centenariamente respaldadas por el Estado. Ellas han contribuido al desarrollo de las ciencias y del conocimiento y a la formación de nuestros cuadros académicos, directivos y profesionales. Instituciones en las cuales prestaron servicios a la educación nacional, desde los inicios de la República, figuras como Andrés Bello, Mariano Egaña, Valentín Letelier, Miguel Luis Amunátegui, José Joaquín de Mora, Manuel, Darío e Irma Salas, Gabriela Mistral, José Abelardo Núñez, Claudio Matte, Amanda Labarca y Juan Gómez Millas, quienes bien se merecen un cuadro de honor entre los forjadores del Chile actual en este Bicentenario de la República.

La educación particular, por lo general proveniente de la Iglesia Católica, asumió desde los primeros años de la Colonia, y posteriormente de la República, una encomiable labor

cooperadora de la acción educativa del Estado, y puso en marcha colegios, escuelas y universidades, establecimientos en los que se educaron una buena parte de los líderes de nuestra sociedad, profesionales y ciudadanos que han hecho valiosas contribuciones en distintos sectores y ambientes de la vida nacional.

Y así, sucesivamente, otras confesiones religiosas y agentes sociales y particulares han cooperado con el Estado en la educación de nuestro pueblo. Al respecto cabe mencionar que en las últimas décadas, y hasta el presente, la educación privada ha contribuido a incrementar la oferta educativa en los diferentes niveles del sistema educacional y a mejorar los índices de escolaridad promedio para nuestra población, aunque es altamente deseable y saludable para nuestra sociedad que estas instituciones creen condiciones para recibir un porcentaje mayor de alumnos provenientes de los sectores de más bajos ingresos.

El impacto de las universidades se hizo especialmente presente en aquellas que formaban profesores como el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, prestigiado en América Latina y las Escuelas Normales, que cumplieron una encomiable tarea formadora de generaciones de maestros, que alfabetizaron a nuestro país. Decenas de prestigiosos académicos europeos vinieron a colaborar en estas instituciones y con la educación nacional desde los primeros días de la naciente República, y dejaron huellas profundas en nuestros educadores.

Herederos de ese patrimonio, los profesores chilenos han sido fundamentales en la construcción del Chile que conocemos y que queremos. Ya en los inicios del siglo pasado, no sólo contribuyeron con su abnegada labor docente y formadora sino que también como gremio han aportado significativamente al desarrollo educacional del país. En el siglo pasado propiciaron y apoyaron grandes reformas educacionales que concluyeron con la aprobación de la Ley de Educación Primaria Obligatoria (en 1927), que implicó un cambio trascendental para el desarrollo del país. A partir de entonces han hecho contribuciones para mejorar nuestra educación en todas las reformas educacionales y han luchado por la dignificación de la carrera docente y del profesor, que es fundamental para cumplir con su misión formadora. Su labor ha sido profesional, no sólo reivindicativa, y ello ha contribuido, tal vez, a la diferencia comparativa que Chile ha logrado frente al desarrollo educacional de otros países.

No hay duda que en la construcción del “Chile que es” hoy, han contribuido otros factores más allá de los aquí analizados. No obstante, espero que esta breve síntesis sirva como una pequeña contribución, destacando que además de los aspectos geográficos e históricos, el rol de la Educación y del Estado en la educación han sido pilares fundamentales en el Chile de hoy y del mañana. ^{ch}

¿POR QUÉ CHI

JUAN

ASENJO

PREMIO NACIONAL
DE CIENCIAS

JUAN ALFONSO ASENJO DE LEUZE

Ingeniero Civil Químico de la Universidad de Chile. Además cuenta con las titulaciones de Master of Science en la Universidad de Leeds y Ph.D. en el University College London. Recibió el Premio Nacional de Ciencias Aplicadas y Tecnológicas en 2004.

Su labor académica se ha visto marcada por estadias en la Universidad de Columbia en Nueva York (EEUU) y en la Universidad de Reading, Inglaterra (Reino Unido).

Actualmente es profesor titular de la Universidad de Chile. También es director del Instituto Milenio de Dinámica Celular y Biotecnología (ICDB) y del Centro de Ingeniería Bioquímica y Biotecnología, del Departamento de Ingeniería Química y Biotecnología de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile.

Realiza otras labores como parte del Consejo Nacional de Innovación para la Competitividad y como presidente de la Academia Chilena de Ciencias.

Ha realizado publicaciones en español e inglés, siendo difundidas en revistas y libros. Además es parte del comité editorial de varias revistas internacionales, tales como: *Biotechnology and Bioengineering*, *Biotechnology Advances*, *Enzyme and Microbial Technology*, *Bioprocess and Biosystems Engineering*, *Biotechnology Letters*, *Bioseparation* y *Journal of Microbiology and Biotechnology*.

CHILE ES CHILE?

L

a ciencia, la tecnología y el pensamiento creativo en un mundo globalizado

Chile es una isla llena de inmensas bellezas naturales en 4.000 kilómetros de infinita variabilidad e increíble geografía. Esta particular ubicación también le permite un cierto aislamiento que le otorga interesantes elementos de originalidad en su cultura y en su forma de pensar.

La insularidad puede a veces darle un carácter quizás algo “regional” (o “provinciano” en ojos de algunos), pero también le da la originalidad que ha caracterizado la obra poética y las novelas de sus intelectuales y su pensamiento creativo, que han llegado a los más recónditos lugares del planeta. Cabe mencionar a Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, José Donoso, Jorge Edwards, Isabel Allende y Ariel Dorfman, entre otros, o artistas plásticos como Marta Colvin o Matta e incluso a compositores como Fernando García, Cirilo Vila o Jorge Arriagada. En todos ellos se percibe un elemento esencial que, más que latinoamericano, se origina en esta loca y variada geografía física, humana e intelectual.

Parece difícil percibir la relación de estos artistas con la forma como el pensamiento intelectual original puede influenciar el pensamiento creativo de la ciencia y la tecnología. Sin embargo, puedo enfatizar que la fuente del pensamiento creativo es una sola.

El Chile de mediados del siglo XIX fue claramente una vertiente inagotable de pensamiento liberal creativo que produjo grandes adelantos y se tradujo no sólo en ideas de avanzada sino también en una sólida educación pública y universitaria que se consolidó a principios del siglo XX en una clase media letrada y pensante. Posteriormente, ésta forma de pensar ayudó a consolidar una universidad con imponentes facultades de medicina, ciencias físicas y matemáticas, de bellas artes, humanidades y arquitectura, entre otras, que produjeron importantes adelantos en las obras públicas (la creación de la CORFO, en medicina y en muchas otras áreas).

La segunda mitad del siglo XX vio la creación de programas de doctorado en Ciencias Básicas de primer nivel. Esto sucedió en ciencias físicas, biología, química y matemáticas, y fue un fundamento básico para lo que ha sido mi experiencia vital y sorprendente cuando, hace 15 años, decidí junto a un grupo de colaboradores crear un Doctorado de Ciencias de la Ingeniería y Tecnología, el cual ha tenido un éxito encomiable sólo gracias a los grandes talentos jóvenes y a la sed de conocimiento y de crear nuevo conocimiento que estos jóvenes poseen.

Luego de haber dirigido un programa de investigación y dos doctorados en sendas universidades líderes en el primer mundo (Columbia University, en Nueva York, y University of Reading, en Inglaterra) el programa que hemos creado en Chile no sólo tiene un altísimo nivel a escala internacional –básicamente dado por la calidad, el interés y la motivación de sus estudiantes, lo que es único en Latinoamérica– sino que la calidad de las investigaciones es incluso superior y de más avanzada que la que realizábamos en los centros mencionados. Esto tiene gran relevancia en un país que está haciendo crecer sus alas para despegar en tecnología e ingeniería. Para lograrlo, la creatividad y la originalidad del pensamiento son esenciales.

Más aún, el pensamiento creativo en ciencias, tecnología e ingeniería, esencial para lograr el despegue y la competitividad en un mundo globalizado, se da sólo en la interfase de la academia y la empresa. Mucho se critica a la empresa chilena, pues no realiza investigación básica y tecnológica que le permita ser más competitiva a nivel internacional. Sin embargo, el hecho que varios de los científicos ingenieros y tecnólogos graduados de programas de doctorado como el nuestro hayan comenzado a trabajar en la empresa, permite mirar el futuro con optimismo.

Si existe un área en la cual la relación de la interacción público/privada es absolutamente esencial, ésta es en el desarrollo de la tecnología de punta en un país. Es el caso de todos los países desarrollados y si el nuestro pretende desarrollar mejores niveles de vida para la población. este punto es esencial. Los primeros pasos de nuestro proyecto fueron financiados con donaciones de empresas y la donación (“grant”) del equipamiento base fue financiada por una fundación privada.

El programa de doctorado que hemos creado es un gran desafío, una aventura intelectual de creación científica y tecnológica que ha fascinado a los jóvenes chilenos y latinoamericanos, lo que hace algunos años parecía imposible de lograr en el país.

Un elemento de gran importancia para alcanzar esta realidad han sido las iniciativas que se han promovido desde las instancias gubernamentales para dar un ímpetu importante a los programas de doctorado, aumentando en forma substancial la

cantidad y la calidad de las becas de doctorado otorgadas por Conicyt, así como la creación de centros de excelencia que permiten a estos estudiantes ser acogidos en ambientes intelectualmente desafiantes y que gozan de gran prestigio internacional, como son los Centros Fondap y los Institutos y Núcleos Milenio. En ellos también se ha tratado de favorecer el nexo con la empresa tanto nacional como internacional.

El programa que hemos desarrollado con gran éxito es el de áreas científicas, tecnológicas y de ingeniería de frontera, en el campo de la biotecnología. Nuestro ejemplo muestra que iniciativas como ésta deben surgir en diferentes áreas de la ciencia aplicada y la tecnología de avanzada para establecer una sólida base creativa y “pensante”. Ello permitirá al país posicionarse en un lugar de privilegio en la arena internacional en cuanto al desarrollo de disciplinas que se encuentran en la interfase del trabajo científico y aplicado a las necesidades del país. *Mi experiencia de estos últimos años me permite mirar hacia el futuro muy optimista, en particular por la gran cantidad de jóvenes motivados por desarrollar un pensamiento creativo, con objetivos que apuntan al desarrollo. Claramente esto muestra una arista diferente desde el mundo de la creatividad científica, el “¿por qué Chile es Chile?”, es decir, nuestra identidad.* ^{ch}

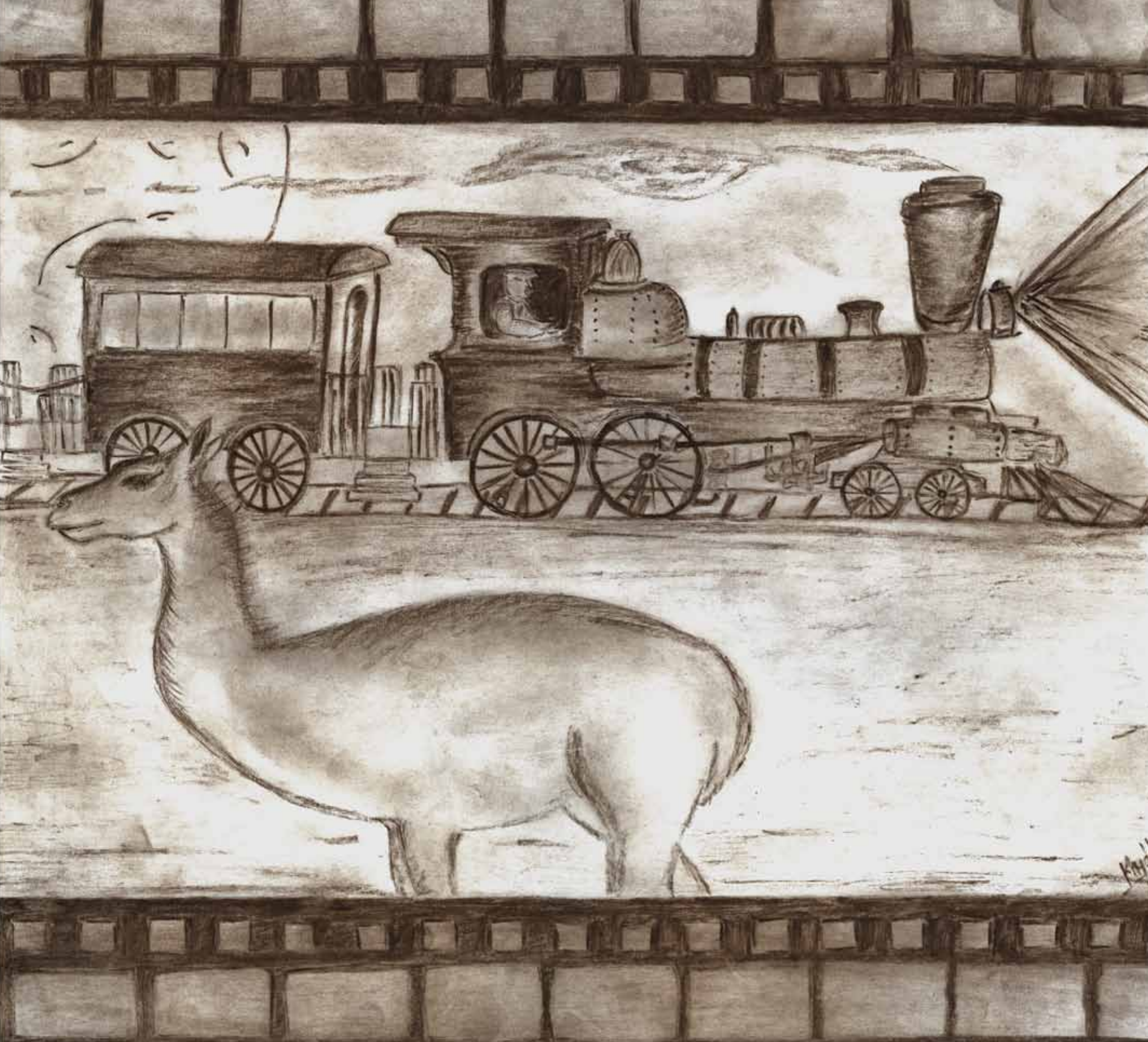
“POR SU FONDO MARINO Y EL COLOR DE SUS AGUAS”

KARINA, 10 AÑOS

Nombre: Tangaroa Icka Contreras
Título: Yo, hoy
Técnica: Mixta
Escuela Artística: Liceo Aldea Educativa Rapa Nui
Región/Ciudad: Isla de Pascua

انسان: نماز اور دعا سے ان کی





“POR EL MINERO DEL NORTE, LECCION DE ESFUERZO Y ORGULLO” NACIONAL”

EMILIA, 14 AÑOS

Nombre: Elizabeth Cristina Cornejo Vergara
Título: El cuento de mi abuelo
Técnica: Lápiz sepia
Escuela Artística: Liceo de Música de Copiapó
Región/Ciudad: Copiapó/ Atacama

¿POR QUÉ CHI

LAUTARO

NÚÑEZ

PREMIO NACIONAL DE HISTORIA

LAUTARO NÚÑEZ ATENCIO

Arqueólogo nacido en Iquique en 1938. Recibe el Premio Nacional de Historia en 2002.

Licenciado en Historia y Geografía de la Universidad de Chile, realiza estudios de postgrado en la Universidad Carolina de Praga y de doctorado en Ciencias Antropológicas en la Universidad de Tokio.

En 1961 es designado director del Museo de la Universidad de Chile en Calama. Desde 1974 y hasta 1980, es asistente del sacerdote Gustavo Le Paige, en San Pedro de Atacama. Tras la muerte del sacerdote, en 1980, Núñez funda el Instituto de Investigaciones Arqueológicas, dependiente de la Universidad Católica del Norte.

Su labor se sitúa preferentemente en el Norte Grande de Chile, donde ha realizado numerosas investigaciones sobre arqueología, antropología e historiografía de Chile y otras zonas de América. Destaca también su labor como director del Museo de San Pedro de Atacama, por el hallazgo de nuevos senderos del Camino del Inca en nuestro país y por el descubrimiento del origen y significado de los petroglifos de la I Región, que se relacionan con pueblos pre-incas.

Cuenta con más de 230 publicaciones en Chile y el extranjero, entre ellas la revista *Science* de 2002, una de las más importantes del mundo. Actualmente trabaja en la Universidad Católica del Norte y desde el año 2006 es miembro del Directorio Nacional del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

¿CHILE ES CHILE?

U

n destino común desde el reconocimiento de su diversidad multicultural y territorial

Chile se hizo y se hace por todos sus habitantes que decidieron construirlo a través de sus distintos paisajes culturales, a lo largo de una dilatada ocupación recurrente en un territorio común que es mucho más que un Bicentenario: indígenas, españoles, mestizos, criollos, afroamericanos y emigrantes. En verdad, somos un viejo y joven país que merece un cuento antropológico inclusivo para mantenerlo despierto en un mundo moderno tan global y pleno de suspicacias y expectativas.

Al comienzo de los tiempos geológicos cuando la edad glacial se diluía y los ríos comenzaron a descender, los bosques del sur estaban aún por el centro y el mar había bajado lo suficiente para exponer sus playas quietamente, mientras que se extendían grandes lagos en todas las direcciones. Hasta el desierto no lo era tanto y la propia Patagonia era una masa de hielo, lagos, mares interiores y bosques impenetrables, porque entre estas dos desmesuradas cordilleras de los Andes y la costa recién se estabilizaba poco a poco un espacio intermedio cómodo y fértil, como un gigantesco valle longitudinal que corría de la mano con un litoral también generoso.

Hace unos 13.000 años este país no era lo que hoy es. Estaba deshabitado, carente de gentes y hasta su cambiante paisaje pleistocénico era aprovechado sólo por plantas y animales que se habían acostumbrado a esos rigores. Los grandes herbívoros merodeaban en manadas los recursos más cuantiosos compatibles con sus exigencias: mastodontes, caballos, paleolamas, milodontes y otros grandes animales salvajes, vulnerables a las sequías y, por cierto, a los temibles felinos carnívoros, mientras que los alimentos del mar eran para sus propios depredadores, al tanto que los frutos de los bosques sobraban para las aves...

Hasta que un día una familia de humanos, por los 35.000 años, condujo a otros emigrantes asiáticos a cruzar el puente de hielo del actual estrecho de Bering en el Ártico, y al abrir esa puerta todo lo que hoy es América no era menos que una gigantesca isla sin voces ni moradas. Pero varias veces esos primeros cazadores y recolectores avanzaron al sur y después de recorrer medio mundo tocaron el fin de la tierra, en lo más austral de lo terrestre, donde se juntan los océanos y sólo por eso se detuvieron... Fue un viaje sin retorno, porque sería este confín cálido, templado y frío la tierra diversa que se prometieron y fue, entonces, que decidieron quedarse para domesticarla y hacerla suya desde refugios y campamentos discretos, donde la vida humana aprendió a cohabitar con tanta flora y fauna que fuera su alimento y dicha, su fuente de sobrevivencia y ritualidad. Habían descubierto y amansado hasta el arraigo aquellos paisajes que criarían al Chile del futuro y con ello a nosotros mismos. Para aquellos que aún creen que nuestra historia había comenzado con los españoles, ahora ya saben que en Europa los pueblos paleolíticos habían progresado hasta culminar con sus éxitos neolíticos de la misma manera como ocurriera aquí. Ambos modelamos nuestros logros civilizatorios a cada lado del Atlántico, de modo que resulta extraño aceptar que ellos eran del Viejo Mundo y nosotros del Nuevo... En cuanto ambas historias largas habían logrado grandes transformaciones sociales.

Sucedió luego que los nacidos aquí nos repartimos por diversas comarcas, constituyendo los antiguos pueblos originarios que desde los 3.500 años atrás decidimos producir nuestros bienes y alimentos más preciados sin dejar ningún espacio ajeno a nuestra presencia. Era la fascinante ventura de aplicar nuevos pensamientos y tecnologías para multiplicar la pesca, los cultivos, colectas de vegetales oportunos y las crianzas, hasta los recursos mineros, esta vez desde asentamientos más complejos con hábitos sedentarios y móviles armónicos. Se cuenta que fuimos capaces de hacernos presentes desde el desierto extremo hasta mirar de cerca la Antártica. Fue así que surgieron civilizaciones y culturas sin ciudades, pero con logros en el arte de la pesquería, artesanía, metalurgia, agricultura, hidráulica, conectividad vial, medicina, construcciones, transporte de carga, lenguajes y símbolos. Todo fue sustentado en una magnífica religiosidad derivada de la reproducción de la tierra vinculante, entre la generosidad de la natura y la eficiente intervención de la cultura, como un tratado de ecología precolombina que aún no superamos.

Se dice que creamos desde antes de los inkas un espacio aislado por sus cuatro costados con geografías despobladas, estériles y abruptas, obligados así a responder desde nosotros mismos con todos los desafíos posibles que surgían para entendernos entre

sí y en el medio de una naturaleza esencialmente catastrófica. Allí, al mal tiempo la buena cara indígena nos impregnó de fuerzas para levantar nuestras ideas de progreso social a través de un curso evolutivo con múltiples ramas, entre verdes y secas, con distintos modos de organizar y crear las culturas de los diversos desarrollos locales, porque ya en ese entonces existían distintas identidades étnicas.

Hasta que la elongada y estrecha “isla” con sus variados “países” interiores fue vista como un rincón del mundo andino prehispánico con sus propios atributos culturales y sociales, y que costaba subordinarlo a los grandes estados vecinos, localizados respectivamente en las altiplanicies del Tiwanaku y Cuzco. Desde esta complejidad local, con autonomía e identidades multiétnicas que cubrían desde los Andes al Pacífico, todo lo que trascurría entre el desierto y Magallanes eran sucesos que provenían de un espacio que aún no se llamaba Chile, pero la creatura ya estaba caminando madura(o) y muy dueña(o) de casa.

El dominio del imperio Inka fue corto e inconcluso, pero en esa época sí fue el canto de un pajarito el nacimiento poético y fundacional de “Chile” o el nombre de un río, lo cierto es que nosotros, los que optamos por radicarnos aquí miles de años antes de la invasión inka y española, ya lo habíamos descubierto, colonizado y nominado. Cuando el ejército inka nos invadía, por allí alguien dijo que nosotros éramos de “Chile”, indicando siempre hacia el sur y así quedamos individualizados para siempre bajo un bautizo vernáculo, porque los verdaderos padres y madres de la patria que estaba haciéndose, fueron los pueblos originarios y fundacionales de verdad. Sólo después, el otro ejército invasor siguió con la obsesión inka de penetrarnos, esta vez con sus huestes europeas hasta donde más les dolía su orgullo colonial: la tierra de la resistencia del mundo mapuche en un territorio llamado “Chile”. Entonces Chile ya era Chile antes del Chile republicano y las respuestas culturales que venían del mundo indígena, de los vencidos, pasaron a despreciarse, a pesar de que precisamente sus recursos locales, como la alimentación, fueron sustanciales para la pervivencia española en los tiempos de instalación y conflictos. Por su parte, los pensamientos, los materiales e ingenios traídos por los españoles en la medida que eran vencedores pasaron a imponerse, porque fuimos tratados como pueblos inferiores después de un insólito debate orientado a saber si éramos o no humanos... Oportunidad en que la Iglesia nos salvó de una masacre mayor.

Entonces vivíamos sometidos a un choque cultural que provenía de dos visiones de la vida diametralmente opuestas, aunque debíamos compartir un destino común en un mismo territorio marcado por el surgimiento de una elite europea y la servidumbre

indígena integrada a los vencedores, o en estado de rebeldía al sur de Santiago. Allí esperábamos con las lanzas en ristre la conquista armada dirigida hacia el sur para el control del estrecho de Magallanes y, de paso, la fundación de ciudades para que nos introdujeran en esas extrañas casas y callejuelas urbanas con capillas y campanas que nos amenazaban y seducían a la vez. Nos querían como devotos y mano de obra encomendada para sus señores, para iniciar lo que sería el inquilinaje en los comienzos de la vida señorial de las haciendas, hasta nuestro exterminio en los obrajes mineros y batallas.

Sin embargo, fue ese mundo indígena vencido el que, junto con asimilar costumbres y tecnologías españolas, sostuvo al proyecto colonial con la entrega obligada de su mano de obra calificada a lo largo de los tres siglos del dominio español. Fue la Cruz y la Espada la integración obligada al ideario español, principalmente a través de la evangelización y del espíritu barroco que salió de las ciudades coloniales para impregnar los ámbitos rurales y étnicos, generando una fervorosa religiosidad popular. Es cierto, la Iglesia creó las condiciones para que los “naturales” participaran con sus propias cofradías y bailes de iglesias, en las fiestas fijas en el calendario, como las procesiones, celebraciones de santuarios, santos patronos, la natividad y tantos actos públicos protagónicos que han pervivido hasta hoy. Mientras tanto, las órdenes religiosas enseñaban nuevas artesanías y oficios europeos, sumándose los innovadores roles urbanos en torno a las primeras labores libres para los emigrantes indígenas y mestizos. Éstos, desde las periferias citadinas, durante la colonia tardía, ya estaban plasmando lo que sería el pueblo chileno del centro del país, que compartía en ciudades y caseríos coloniales, alejándose del inquilinaje dominante de las grandes haciendas, de los obrajes mineros y obras públicas onerosas.

Y cuando todos creíamos que sólo seríamos nosotros y ellos los únicos que viviríamos en un país imaginado, ocurrió tempranamente algo más que una mezcla cultural, porque los vencedores eran guerreros solitarios y buscaban a las mujeres nativas, al tanto que nosotros también apreciábamos a las cautivas europeas tan codiciadas en

los tiempos de guerra. Surgió así una nueva sociedad mestiza, ni indígena ni española, parida en el régimen colonial, que será lo más cercano al prístino ser “chileno”, bajo un término que creaba una sensación de homogeneidad oficial para encubrir las diversidades sociales, étnicas y territoriales ocultas por el proyecto colonial.

Desde la misma invasión, los guerreros y misioneros españoles impusieron nuevos modos de vida a su usanza. Venían de doblegar la larga resistencia de los moros paganos para enfrentar ahora a los indígenas idólatras por las armas y la evangelización, para construir una sociedad bautizada al fin con nombres de santas y santos de la cristiandad para sus Reyes. Las naciones indígenas en su calidad de servidumbre fueron enrolados en el régimen colonial que perdurara tres siglos, uno más que nuestro Bicentenario en libertad. Los así llamados peninsulares traían de España no sólo la forma de gobernar sino también un conjunto de bienes productivos desconocidos que impactaron favorablemente en la sociedad indígena: trigo, cebada, habas, viñas, frutales, alfalfa, vacunos, caprinos, caballares, aves, técnicas de molinos, artesanía del hierro, carpintería, programas urbanos y arquitectónicos, pólvora, fundiciones, ingenios mineros de gran escala y embarcaciones mayores, sin olvidar que el idioma español fue obligatorio junto a las prohibiciones de las lenguas locales.

Tiempos de cambios para los indígenas, mestizos y afroamericanos incorporados al régimen colonial. Tiempos de resistencia para aquellos mapuches libres más alejados al sur del Biobío, marcados por el estigma que perduró hasta el incipiente Chile republicano: ¡civilización o barbarie! Tiempos de extinción para las familias fueguinas atacadas por los contagios bacteriológicos primero y después por las matanzas para arrancarles sus territorios australes. Era un país haciéndose desde la exclusión, pero nadie se movió de sus “países” vernáculos, atados a lo único que los amparaba en el centro de la desolación y el exterminio.

A fines del siglo XVIII los descendientes de los peninsulares, llamados criollos, no conocían ni recordaban aquella España perdida en un mapamundi brumoso, pero sí

se reconocían hijos de esta tierra, optando por alejarse del modo de vida conservador, teológico y terrateniente de sus ancestros. Habían optado por los nuevos vientos de cambios modernistas que surgían en la Europa inglesa y francesa, donde el imperio español y su economía mercantilista se desgranaba ante los inicios de las prácticas capitalistas e industriales y del nuevo pensamiento que surgía desde la racionalidad positivista francesa entre los siglos XVIII y XIX. Eran las ideas ilustradas que venían a motivar los movimientos de liberación contra los proyectos coloniales. Los criollos nuestros buscaron estas fuentes inspiradoras de las gestas independistas y pasaron a organizarse para enfrentar el derecho a la subversión a través de la lucha armada. Chile estaba ahora algo más cerca de ser el Chile libre a partir del siglo XIX. Se les sumaron mestizos, ladinos y uno que otro bandolero en los momentos en que las gestas patrióticas se unían en la defensa de esta tierra, el único espacio natal que merecía ser arrebatado de un viejo imperio amenazado por un puñado de jóvenes internacionalistas que daban inicio a una causa justa, junto a sus hermanos de los países limítrofes en gestación. Fue que alguien recordó las imágenes de los héroes mapuches anti-españoles que se atrevieron a deshonrar al poder monárquico, y los valoraron como iconos de la rebeldía criolla. Mientras tanto, los pueblos indígenas y mestizos seguíamos mirando desde lejos el cambio de una elite por otra. Otros más distantes, adheridos a la pegajosa cultura española de Chiloé, no trepidaron en plegarse al ejército español hasta triunfar en lo que llamamos el “Desastre de Rancagua”... Al final se debe al criollado la conducción ideológica del enciclopedismo francés para extirpar las tradiciones políticas coloniales e iniciar la construcción del estado republicano.

El Chile libertario continuó siendo homogéneo, clerical, nacionalista, centralista y unitario hasta los tuétanos, en un curso de acción que transitó desde su liberación a las propuestas políticas conservadoras con sus frondas aristocráticas que aspiraban alcanzar el Centenario para “entrar en sociedad”, asemejándonos lo más posible a la modernidad francesa. Por fin, el liberalismo hizo lo suyo, creando un nuevo escenario sociocultural donde las tradiciones coloniales y conservadoras se quedaron en las haciendas señoriales, mientras se alzaba su descendencia hacia las universidades, creando la vanguardia de una intelectualidad citadina. Pensaban cómo levantar un país abierto a los cambios de la globalidad, inserta en el temprano capitalismo y el progreso industrial, sustentado en las sociedades desposeídas urbanas, rurales y étnicas. Al tanto que por los campos las prácticas paternalistas succionaban a una masa inquilina subordinada entre el peonaje y la ignorancia. Desde aquí se construirá ese paisaje cultural tan propio del valle longitudinal, caracterizado por la

sociedad huasa y campesina con sus propios atributos culturales: el huaso a caballo con sus atavíos se transformó en el icono para un país que debía ser homogéneo, ojalá a imagen y semejanza...

También por las postrimerías del siglo XIX la elite llevó la imagen del mestizo a la exaltación tras la construcción de un país hecho por razas superiores, vencedor de todas sus guerras, y el “roto chileno” pasó a ser el modelo de una nacionalidad homogénea que debería justificar el exterminio de los indígenas inferiores, considerados culpables de tanto atraso. Claro, al recibir como herencia la pobreza colonial, y puesto que los primeros brotes industriales no la habían superado, entonces la elite racista pensó que llegaba la hora de “limpiar” la raza chilena y qué mejor que abrir las puertas a los emigrantes europeos. Y éstos probaron que no venían a descansar... Hicieron lo suyo con las decisiones de aquel que deja un país por otro y que también le pertenece. Desde estos tiempos, Chile también es construido por todos los que descendieron de los vapores: croatas, chinos, alemanes, ingleses, italianos, españoles, y tantos otros. Surgió el paisaje cultural de los puertos modernos, independientes de la producción de la tierra, si no derechamente vinculados con los nuevos extranjeros y las industrias, donde la minera se hizo dominante: Iquique, Antofagasta, Caldera, Coquimbo, Valparaíso, además de la sociedad metropolitana y porteña que marcaron su diferencia de las campiñas y relictos coloniales, cobijando a la proletarización de la sociedad y el ascenso de las clases medias que protagonizaran los cambios sociales durante el avanzado siglo XX.

La misma guerra salitrera se adueñó primero del caliche y del cobre, es decir, de las primeras prácticas capitalistas tarapaqueñas e inglesas a gran escala, que inauguraron ese otro paisaje minero desde Coquimbo a Iquique con sus propios atributos socioculturales, como el surgimiento del primer proletariado. Se habían tallado las vigas maestras de la economía del nuevo Chile, válidas hasta ahora. Similares prácticas movidas por capitales, agregadas al talento inglés, se instalaron en las estancias laneras patagónicas, donde su industrialización acercó a la sociedad originaria y mestiza del sur, conformando el paisaje cultural estanciero, ovejero y comercial más importante del fin del mundo magallánico. Y fueron tan diferentes al centro del país que en ambos “países” de los dos extremos del Chile de hoy, la elite centralista procedió a su chilenización para alinear a tantos “gauchos” y “cholos” bajo la consigna de que todos los chilenos no tenían que oler a valores y costumbres que vendrían de los países limítrofes... Ni hablar del paisaje cultural chilote que hasta ahora mantiene su plena identidad local, porque no se parecía a nadie... Hasta el punto que ni siquiera

le tocaron sus viejos vínculos con el poder español que hasta muy tarde campeó por la isla. No por eso dejaron de masacrar a sus trabajadores contestatarios, como a los salitreros del norte.

Pero aún faltaba penetrar hacia los más rebeldes de todos, aquellos que detuvieron a inkas y españoles y que sólo fueran abatidos por el ejército del Estado Nacional, vencedor de la guerra del salitre. Los mapuches fueron vencidos por militares que regresaban adiestrados después de la guerra salitrera. De ese holocausto heredamos la cultura de su resistencia y ese paisaje de la Araucanía que nos remite a un mundo originario que aun espera, asociado al otro descendiente de colonos y emigrantes que también lo hicieron suyo.

El Chile que caminó desde el primer al segundo Centenario pensó que estaba listo para creer que, por fin, ya era un solo país de norte a sur, tan homogéneo como subordinado a un poder central, bajo una sola identidad nacional con sus símbolos asociados, su himno, su historia oficial sin el protagonismo de sus pueblos, su cueca, la educación uniforme, su servicio militar y el sistema político y religioso, operado desde Santiago. Sin embargo, todos aquellos que decidimos ocupar los paisajes salvajes y que logramos hacer allí las moradas, vencidos o libres, levantamos esos paisajes culturizados desde el trabajo y los idearios de mejorar nuestras vidas con dignidad bajo un fuerte sentido patrimonial. Esto es, dejando herencias, bienes, memorias e ideales para los que vendrán. Esa fuerza que nos viene de nuestros ancestros indígenas y no indígenas, unidos por la vocación fundacional, sustentó y cargó con el poder de las elites. Paralelamente, al margen de aquellos que sólo pensaron en el lucro, estaban los empresarios que conscientes desde sus profundas convicciones y apego a los nuevos tiempos capitalistas e industriales, deberían superar tanta desigualdad heredada del proyecto colonial y de los inicios republicanos.

En verdad, hubo una vez varios pueblos que hablaban distinto, sus rostros mostraban sus orígenes diversos, habitaban en casas diferentes, se entendían con climas opuestos, vestían y cantaban a sus maneras, hacían cosas que sólo servían en sus comarcas, eran más o menos atrevidos y se repartían desde el desierto absoluto a la Patagonia, dominados por las elites antiguas y modernas. Estos decidieron reconocerse como chilenos después de vivir aquí por unos 14.000 años. Hoy cumplimos sólo 200 de esta larga historia y recién nos

damos cuenta que nadie estuvo de más en su construcción esencialmente multicultural, amasada desde sus diversos paisajes. Es este el país de “rincones” de Mariano Latorre, de tantas “locas geografías” de Benjamín Subercaseaux, de los salitreros alucinantes de Rivera Letelier, de los chilotes mágicos de Coloane, de los vallesteros de la Mistral, de los sueños azules de Elikura, de los colonos australes de Mateo Martinic, de la frontera sureña siempre húmeda y rebelde de Neruda, de la capital que quería ser el París de América según Vicuña Mackena, y de todo un listado innumerable que nos habla de las íntimas diferencias que habitan en el alma de Chile... Quién lo diría que a pesar de las limpiezas étnicas hoy sigamos rodeados de norte a sur de miles de descendientes de los pueblos auténticamente fundacionales: aymaras, quechuas, atacameños, collas, diaguitas, picunches, mapuches, pehuenches, huilliches, lafkenches, yaganes, selkman y los poquísimos kaweshkar. Es que ellos y todos nosotros no dejamos de asombrarnos de la porfiada vocación de hacer de Chile, por fin, un país respetado por su diversidad entre quienes aún lo construyen de distintas maneras, en el día a día, por distintos lugares, cerca de las pasiones de la vida cotidiana y asombrosa. Sabemos que lo dejaremos en la hora del vuelo final. No obstante, Chile quedará vivo a la espera de las otras bandadas que anidarán de nuevo donde las aves míticas volverán a reiterar en su canto el nombre de “Chile”. En ese momento el *ethos* de los distintos espíritus sagrados que habitan en los desiertos, valles, altiplanos, pampas, cordilleras, costas, mares, campos, bosques, lagos y estepas australes, nos despertarán para decirnos que no ha sido un sueño del Bicentenario, sólo un cuento aún no terminado a la espera del reconocimiento de todos sus actores. [ch](#)

¿POR QUÉ CH

52

FERNANDO

LUND

**PREMIO NACIONAL
DE CIENCIAS EXACTAS**

FERNANDO LUND PLANTAT

Licenciado en Ciencias (mención en Física) de la Universidad de Chile. Recibe el Premio Nacional de Ciencias Exactas en 2001

Entre sus estudios, cuenta con el grado de Master of Science y de Philosophy Doctor, obtenidos en la Universidad de Princeton (EEUU) Ha realizado estadías post-doctorales en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton y en el Instituto Courant de Ciencias Matemáticas de Nueva York.

Galardonado con la Medalla Rectoral de la Universidad de Chile (2001) y la Cátedra Presidencial de Ciencias por su estudio sobre Dinámica de Singularidades Lineales. Es reconocido por sus investigaciones centradas en la física de materiales, con énfasis en sus propiedades mecánicas.

Actualmente es profesor titular del Departamento de Física de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile. Además, ejerce labores como director del Centro para la Investigación Interdisciplinaria Avanzada en Ciencias de Materiales y es miembro de la Academia Chilena de Ciencias.

También ha trabajado como colaborador en el Instituto Weissmon de Israel, en la Escuela de Físico-Química de Francia, en el Instituto Tecnológico de Georgia y en el Departamento de Física de la Universidad de Tokio.

Ha publicado más de 75 artículos en diversos medios nacionales e internacionales.

¿CHILE ES CHILE?



s posible ser independientes?

Me han solicitado un ensayo con el difícil tema “¿Por qué Chile es Chile?” y debo comenzar por alguna parte, usando la perspectiva que me da el desempeño por varias décadas como miembro de la comunidad científica nacional.

En verdad, el tema que me resulta un poco más natural abordar es el de la independencia, especialmente de la independencia intelectual, que está íntimamente ligado a la libertad. Ejercer la libertad significa poder elegir entre una variedad de opciones, teniendo conciencia de aquellas que son declinadas. Y para tener esa conciencia, es necesario conocer tales opciones. Elegir, desde un yogurt en el supermercado hasta un sistema de armas para la defensa nacional, implica niveles de sofisticación crecientes en el conocimiento. Dicho de otro modo, no tener el conocimiento necesario para realizar elecciones informadas significa depender de quien sí las tiene. Actualmente se ha puesto de moda la frase “conocimiento es poder”, y creo que se trata de una realidad. ¿Cómo podríamos ser independientes sin la capacidad de tomar nuestras propias decisiones? Por otro lado, ¿es la independencia total posible? ¿Incluso deseable? Y no se trata solamente de la dependencia de otras personas o sociedades sino también de costumbres y circunstancias. Quisiera ilustrar a lo que me refiero con dos ejemplos: el salitre y el cobre.

Hace 100 años, para el Centenario de nuestra República, el país vivía del salitre. Esto era posible ya que Chile era prácticamente el único proveedor, a nivel mundial, de un insumo esencial para las industrias de los alimentos y de la defensa. Esto se detuvo abruptamente cuando en Alemania se descubrió un método para producirlo artificialmente... ¡a partir del aire! Es interesante indagar en las circunstancias que rodearon estos desarrollos, pues se produjeron a lo largo de varias décadas: a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX había gran inquietud en el mundo industrializado pues las reservas conocidas de salitre, todas en el norte de Chile, no alcanzaban

para satisfacer las necesidades de fertilizantes para la producción agrícola que se proyectaba como necesaria para las décadas por venir, dado el crecimiento de la población. Se trataba de un proveedor único y lejano. Así, los científicos alemanes estuvieron abocados durante décadas a buscar una manera alternativa (a la de sacarlo de la tierra) de producir salitre, y lo consideraban un asunto de prioridad nacional. Este material está compuesto principalmente por nitratos, que a su vez son nitrógeno y oxígeno, que son los principales componentes del aire que respiramos. El problema, para la época, era que no se sabía cómo fabricar, a partir del aire, nitratos usables a escala industrial. Más aún, las leyes científicas de la época sugerían que no era posible. Fue Fritz Haber quien tuvo la valentía intelectual, y la persistencia, necesarias para empujar las fronteras del conocimiento y lograr una síntesis que parecía imposible. Estas investigaciones le valieron a Haber el Premio Nobel de 1918. El escalamiento industrial de estos descubrimientos fue llevado a cabo por Carl Bosch, lo que le valió el Premio Nobel en 1931.

Hoy, para el Bicentenario, Chile vive del cobre. Esto es posible ya que somos el principal productor, a nivel mundial, de un insumo que es esencial para todas las industrias que dependen de la electricidad, como los teléfonos y los computadores y, en menor medida, del intercambio de calor, como los calefontes. ¿Qué pasaría si, de la noche a la mañana o, lo que es parecido para estos argumentos, de una década para otra, el cobre dejara de ser útil? Es verdad que hoy nadie sabe cómo se podría fabricar un material que compitiera ventajosamente con el cobre. ¡Pero eso no quiere decir que no haya quienes estén tratando! Por ejemplo, la industria del aluminio es una severa competidora, y objetos que antes eran de cobre (como las líneas de alta tensión y los radiadores de vehículos motorizados) hoy son de aluminio. Dicho de otro modo, poca gente debe haber pensado, para el Centenario, que el salitre del norte dejaría de tener un mercado.

En el fondo, el problema está en la dependencia en un solo producto: ayer el salitre, hoy el cobre. Desde luego, si el cobre es ventajoso, hay que aprovecharlo. Pero no se puede perder de vista la vulnerabilidad que da el no tener posiciones alternativas. ¿Y cómo generar alternativas? ¡Ah! Esto es más fácil decirlo que hacerlo. Una posibilidad es ver si acaso el cobre puede tener usos distintos de los actuales. Por ejemplo (y se trata de desarrollos recientes basados en conocimientos antiguos) el cobre mata bacterias. Esto podría llevar a usos e industrias nuevas en que el cobre se convirtiera en sustituto de otros materiales, como los aceros.

Otra posibilidad es la diversificación. Chile tiene grandes reservas de litio, en que los volúmenes involucrados son menores que en la industria del cobre, y tal vez

es factible entrar en la cadena de valor asociada a la industria de los vehículos eléctricos. También la ubicación geográfica de Chile es explotada desde hace varios años para convertir al país en un actor importante en la industria de los alimentos. Los desafíos y las posibilidades son muchas: algunos de ellos son locales, como los ya mencionados, y otros son globales, como aquellos asociados a la energía y al medio ambiente. Chile no está solo en el mundo, compartimos y competimos con todo el resto de la humanidad.

En mi opinión, las mayores y mejores oportunidades son las que están por venir, generadas por individuos y grupos con imaginación, inteligencia, conocimiento y arrojo. Estos individuos y grupos no se producen de la nada, por generación espontánea. Su existencia supone una cultura de búsqueda del conocimiento de manera sistemática y organizada, en que los logros son valorados por la sociedad. También supone la existencia de una infraestructura humana y material que permite esa búsqueda en la práctica. Finalmente, supone la existencia de una segunda cultura e infraestructuras que permiten transformar el conocimiento en bienestar social. Todo esto pasa, creo, por el uso de nuestra propia cabeza para enfrentar nuestros propios problemas. Solo nosotros podemos identificar nuestros intereses y actuar en consecuencia. De otro modo, será difícil que Chile mantenga una identidad propia. ^{ch}

“POR LA MUJER
Y SU INCANSABLE
LABOR COMO
TEJEDORA
DE VIDAS E
HISTORIAS”

NINOSKA, 15 AÑOS

Nombre: Mayuri Francisca Alvarado
Edad: 3 años
Técnica: Mixta (lápices pastel, témpera)
Región/Ciudad: Coyhaique

mayuri alvarado

3 años





“POR LAS
IGLESIAS DEL
NORTE Y SUR,
LA MINERÍA,
NUESTROS RÍOS
Y LAGOS”

GREGORIO, 13 AÑOS

Nombre: Javier Catalán Rodríguez

Edad: 6 años

Técnica: Plumones

Escuela Artística: Liceo Experimental Artístico
(Sede Barroso)

Región/Ciudad: Santiago

¿POR QUÉ CHILE?

MARGOT

LOYOLA

PREMIO NACIONAL DE ARTE MENCION MÚSICA

MARGOT LOYOLA PALACIOS

Intérprete, compositora y folclorista, nacida en 1918. Recibe el Premio Nacional de Música en 1994, siendo la primera folclorista en recibir este reconocimiento.

Realizó estudios de piano en el Conservatorio Nacional de Música de Chile. Ha destacado por su labor investigadora y recopiladora sobre el folclore de todas las regiones de Chile, aplicando un método de estudio en terreno que se relaciona con la etnología y antropología.

Estudió las culturas indígenas del Perú con José María Arguedas, en Argentina compartió con Carlos Vega, gran maestro y colaborador, y en Uruguay con Lautaro Ayestarán.

Dentro de sus libros más importantes se encuentran *Bailes de tierra* (1980), *El Cachimbo* (1994) y *La Tonada: testimonios para el futuro* (2006). Su discografía incluye más de 28 álbum y grabaciones.

En 2010 la Universidad Arturo Prat le otorgó el grado de Doctor Honoris Causa como un reconocimiento a la labor que realiza desde hace más de 50 años en la investigación y difusión de la cultura de la zona.

¿CHILE ES CHILE?

D

iré lo que me corresponde de mi mundo, en el corral de quienes me acompañan en la misma huella y me enseñan Chile.

¿Qué hace que Chile sea Chile? Su historia, su paisaje y su gente. Según cuenta la leyenda, cuando Dios creó el mundo le sobraron montañas, desiertos, ríos, árboles, hielos eternos y lagos, y los ángeles le preguntaron: “¿Qué hacemos con todo esto?” Él respondió: “¡Tírenlo detrás de esa cordillera!” De esta manera es que somos la sumatoria de muchos paisajes... Y en este paisaje vive su gente, nuestra gente: el minero en el filón, el pampino en la pampa, el pescador en el mar, el arriero en la montaña, el mapuche en La Araucanía, afrontando el día a día, cada uno luchando por su pan.

Contaré algunas historias, la primera transcurre durante la fiesta de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo, en una calle, a todo sol, entre flautas, banderas y tambores, de cofradía de chinos que bailaban su fe a la Virgen del Oro. Don Rogelio Alamiro Ramos González tenía 80 años de edad en 1972 y dirigía el Baile Chino nº 1:

–Craio y nació en los campos, anduve en senderitos onde apenas cabían la pata de los burros. Fui pastor de cabras y ovejas, arriero, minero y agricultor. También pastor de almas, con más de 100 discípulos que siguieron la huella de mi fe, gente del norte, entre ellos el cacique de Sotaquí, Marcos Gómez. Crié animales pa’ darle educación a mis cinco hermanos... Llegué a tener 60 animales o más... Jamás le he tomao una hilacha a nadie... Algunos dicen: tengo plata, pero... ¿Y la conciencia? El dinero tiene el poder, yo tengo mi poder en la fe... Las grandes compañías tiene las palabras... Yo tengo las mías, claritas como el agua ‘e la vertiente.

–No fui a la escuela, pero aprendí a leer en un peazo del diario El chileno de La Serena, de letra más visible que el día... Ahí junté las letras y aprendí a leer. Dios me dio el entendimiento. Encontré el peazo de diario sujeto en un espino, algo me atrajo... Tomé el papel, lo doblé y lo guardé, me atrajo, yo no sabía lo que era. Iba preguntando cómo se llamaban las letras a una y otra persona: “¿Qué letra es esta? ¿Cómo se llama?” La huilla (fruto del palqui) da una tinta azul-negra, de ahí sacaba la tinta y escribía con ella, así formé una carta y aprendí a escribir.

–Hice el servicio militar. Iba a tener un arresto severo, me iban a meter preso, a la cárcel... ¿Me puede

dar permiso para hablar, mi comandante? El comandante era chiquitito pero parecía dos por dentro...”

Y el comandante comprendió que en el caparazón de ese hombre humilde, pastor de cabras y ovejas que tuvo por cama la tierra, por frazada el cielo y en su fe la esperanza, en ese hombre se escondía el valor, el ñeque, el talento, la sabiduría de un pueblo. Uno por fuera, miles por dentro.

Nuestra segunda historia: Andando tras la huella de canciones un día fuimos a Calle, villorrio ubicado a 40 minutos de la ciudad de Ancud. Llegamos a casa de don Pedro Villegas, donde conocimos a la renombrada cantora de la región, doña Elcira Calbullanca, a quien llamaban cariñosamente “la Chira”. Ella cantaba con voz baja y potente acompañándose con su acordeón de botones, con un “toquíu” antiguo que sólo recuerda la gente de edad madura.

–No tengo nada –decía–, pero con mis perros soy feliz (...) crezco gallinitas para vivir, soy una chilota firme, brava. La vida me ha puesto el corazón de espino. Soy soltera vieja (...) vengo de tierras lejanas, vivo solitaria como hierba en el campo (...) ante ´ era gloria cuando cantaba (...) a las cuecas cambiaba estribillo como quería...

Entre recuerdos la Chira nos cantó con voz entera y nos habló de su vida con resignación, sin lamentos ni amargura, demostrando que sí era una chilota “de corazón de espino”.

Y llegamos con doña María Concepción Toledo, cantora, guitarrera, tejedora de mariposas en crines de Rari, amasandera, madre noble y amorosa, esposa decepcionada. Su canto, ayer racimo de risas y alegría, después canto doloroso, ensombrecido por la rudeza de su vida, ha llenado los espacios del Maule, quedando en los ríos y las estrellas, también en mí.

Tocaba sobre las cuerdas de su guitarra, generalmente afinada por transporte y en su posición horizontal.

Cuando alguien papiroteaba (tañía) en la caja de su guitarra, sus manos se deslizaban como acariciándola, sus brazos acunaban su instrumento como otrora acunó a sus siete hijos paridos de un amor agreste que se desmoronó.

Su madre, doña Chayo, a quien conocí antes que a María, también cantaba. Nacida y crecida en Rari, a los seis años fue transplantada por sus padres a los Rabones, donde escuchó las primeras tonadas y cuecas cantadas por señoras en trillas y fiestas familiares.

–Yo escuchaba calladita, después sentada en una piedra afinaba la guitarra de mi mamita y empezaba a buscar los tonos.

–Y volviendo a mi marido, a mis hijos... Cuando me casé no pude volar más y ahí quedé... Andaban

muchos revoloteando, pero quedé con marido a la edad de 24 años... Siempre tejí, con mi tejío compré todo este terreno y casita, crié ocho hijos y una nieta... En el 76 y 77, cada día tejía una pareja de huasos, por cada pareja pagaban 35 pesos... Se compraba un kilo de pan, un kilo de azúcar, hierba, tecito... (Llora.) Trabajo y tristeza ha sido mi vida...

–He vivido para mis hijos y mis hijos para mí y todo lo compartimos.

Orgullosa está de sus hijos “todos muy buenos, honrados y trabajadores”... Hoy María Concepción está tejiendo y cantando en las estrellas.

Un día estando en casa de María Concepción, frente a una gran ventana que da al camino, divisó una carreta con carbón:

–Joven, ¡detenga su carreta! Pase a refrescarse con agua viva y harina tostá.

Veintisiete años tiene este joven alto y bien parecido, su ropa limpiecita, camisa blanca y ¡cómo le sienta la chupalla! Viene desde Rabones, allá en la montaña, con su carga de sacos con carbón y recién comienza su largo caminar ofreciendo su producto.

–¿Cuánto vale el saco?

–1.800 pesos.

–María, ¿tienes carbón para preparar tus tortillas? Comprémosle un saco y paguémosle un poco más. ¡Que señorío, qué finura de modales de este muchacho! Y habla de su vida sin quejarse, estoicamente.

–Nos están cobrando por los árboles que cortamos para hacer carbón.

–¿Y donde duerme?

–En el camino, donde toca la noche, debajo de la carreta, encima de unos cueritos.

–¿Qué come?

–Pan de cebolla, charqui y su matecito.

Vida de m..., pienso yo, ¿y qué va a pasar con tanto carbonero de igual destino, cuando se terminen los árboles?

La carreta se aleja chirriando, lentamente detrás de los bueyes enyugados. ¡Quedé con el corazón apretado! Sí... Tengo que volver a ver a ese muchacho, quiero darle una canción, una sonrisa. Un amigo de María me dijo donde vivía, allá en Rabones.

Y es así como su gente toda, de la que hemos mostrado sólo unos ejemplos, las que han hecho que Chile sea Chile, una chilota de corazón de espino, una artesana cantora como las cientos que cantan a diario la tradición, los chinos en el norte en su adoración a la Virgen danzando en la esperanza... el minero, el pescador, el arriero, el mapuche, el aymara, el kaweskar, el rapa nui, el afrodescendiente, el mestizo... Ellos son quienes hacen que en este paisaje de lunas, cielos, lluvias y vientos, con sus cantos y anhelos, sueños y angustias, seamos lo que somos. ^{ch}

¿POR QUÉ CHI

RAFAEL

BENGURIA

PREMIO NACIONAL
DE CIENCIAS EXACTAS

66

RAFAEL BENGURIA DONOSO

Ingeniero Civil Electricista de la Universidad de Chile en 1974. Master y Doctorado en Física en 1976 y 1979, respectivamente, en la Universidad de Princeton (EEUU).

Recibió el Premio Nacional de Ciencias Exactas en 2005.

Es director de docencia y profesor titular de la Facultad de Física de la Universidad Católica, siendo sus áreas de interés la matemática física, Ecuaciones Elípticas no lineales y operaciones Schrödinger.

Además, es editor asociado del *Journal of Mathematical*, publicado por el American Institute of Physics, una de de las revistas de física matemática más prestigiosas de Estados Unidos, y miembro de la Academia Chilena de Ciencias.

Está considerado como un gran formador de científicos jóvenes para el país. Cuenta con las siguientes distinciones: Cátedra Presidencial en Ciencias (1996), la John Simon Guggenheim Foundation Fellowship (1998) y la Medalla Rectoral de la Universidad de Chile (2005).

Es autor de más de 100 artículos y libros, 70 de ellos publicados en revistas internacionales.

¿CHILE ES CHILE?

P

Política de Estado para la ciencia: una necesidad

A 200 años de nuestra independencia nos encontramos frente a una disyuntiva interesante, disyuntiva que va a afectar fuertemente nuestras perspectivas de desarrollo en las próximas décadas.

En nuestros primeros dos siglos de vida como país independiente se han sucedido ciertos esfuerzos en desarrollar nuestra capacidad científica. Ya desde los primeros años de la República de Chile se manifestaba el interés en el desarrollo de las ciencias como una herramienta para el progreso y el bienestar de la joven nación. Es así como en el editorial del número 9, del jueves 9 de abril de 1812 de la *Aurora de Chile*, titulado “Educación”, hay un extenso y hermoso ensayo sobre el tema, cuya redacción es usualmente atribuida a Juan Egaña. En parte de dicho ensayo se dice: (...) La práctica de las ciencias sólidas, y el cultivo útil de los talentos es inseparable de la grandeza y felicidad de los estados. No es el número de los hombres el que constituye el poder de la nación, sino sus fuerzas bien arregladas, y estas provienen de la solidez y profundidad de sus entendimientos. Cuando ellos saben calcular las relaciones que tienen las cosas entre sí, conocer la naturaleza de los entes, adquirir nuevas fuerzas con la mecánica, gobernar las familias y los pueblos con la política, y la economía; saben también dirigir todas sus miras a un punto común, y servirse de todos modos de la naturaleza (...) El hombre es un ente real, y necesita de sólidos y prácticos conocimientos para vivir bien, no de ideas fantásticas, ni palabras huecas y sin sentido; y por esto se ve que las naciones que se versan en la buena física, en la historia natural, en la geometría, en la mecánica y en otras muchas pertenecientes al hombre físico, y que estudian la ética, la política y otras ciencias, por lo que respecta al hombre moral, nos llevan grandes ventajas en la ilustración y la sabiduría (...)

En los primeros años de la República se creó el Instituto Nacional y luego, en 1842, la Universidad de Chile, a la cual se incorporaron Andrés Bello, Ignacio Domeyko y Claudio Gay, entre otros. Hacia fines del siglo XIX el interés por la ciencia había crecido y Chile se interesaba cada vez más por lo que acontecía en distintas disciplinas en Europa y Estados Unidos. A modo de ejemplo, a pocos meses del descubrimiento de los Rayos X por Röntgen en Alemania, don Luis Zegers obtenía las primeras radiografías en Chile.

Durante la década de 1920 se trataron de dar algunos pasos hacia la institucionalización de las ciencias al crearse (al menos en el papel) los primeros programas de magíster y doctorado.

En los años 50 se dio un impulso mayor a la institucionalización de la ciencia y de las universidades: por una parte se dictó la Ley de Financiamiento de las Universidades, y por otra se trató de captar el interés de jóvenes profesionales por seguir una carrera científica, y varios jóvenes en distintas disciplinas obtuvieron su doctorado en Europa y Estados Unidos. En la década del 60 se multiplicaron los programas de pregrado en varias disciplinas científicas (en particular, en lo que a mi disciplina respecta, se crearon las Licenciaturas en Física en la Universidad de Chile, la de Universidad de Concepción y la Pontificia Universidad Católica de Chile). Se creó Conicyt como una agencia de Gobierno para promover el desarrollo científico en Chile. En la década del 80 se creó Fondecyt, que produjo un crecimiento importante en la capacidad científica chilena. Años después se creaba la Fundación Andes, que por alrededor de 20 años jugó un rol importante en el apoyo de la formación de nuevos investigadores y de la investigación científica en nuestro país. En los últimos 20 años, ha habido varias iniciativas de distinto tipo, principalmente a nivel público, en pos de promover el desarrollo científico de nuestro país. Nacieron los proyectos asociativos y se aumentó significativamente el número de becas para seguir programas de postgrado tanto en Chile como en el extranjero. Producto de las distintas políticas del último medio siglo, ha habido un crecimiento importante en la capacidad científica en nuestro país.

A 200 años de nuestra independencia nos encontramos en una gran disyuntiva. Y lo que decidamos al respecto, como nación, va a ser determinante en el desarrollo económico de nuestro país y en el bienestar de su pueblo en el futuro. A continuación paso a explicar la gran disyuntiva en la que nos encontramos, la cual sería bueno resolver con sabiduría y prontitud para potenciar nuestro desarrollo como país.

En estos dos primeros siglos de vida independiente, en mayor o menor medida, ha habido interés por las ciencias, el que ha contado en cierto grado con el apoyo de algunas universidades, agencias de gobierno y algunas pocas agencias privadas. Sin embargo, Hasta el presente, el cultivo de las ciencias es entendido (para la sociedad chilena en general) como una contribución al acervo cultural de la Nación, más que otra cosa. En otras palabras, se da por sentado que es bueno tener un cierto grado de desarrollo científico para “no ser o parecer ignorantes”, para “conocer lo que sucede en otras latitudes” o, por último, porque es una actividad que, de alguna manera, “es bueno desarrollar”. Según estas razones se podría comprender la escasa inversión actual en ciencia a nivel estatal, y especialmente a nivel privado. La inversión en ciencia en nuestro país, como parte del PIB, es una fracción bastante menor de aquella que hacen tanto los países desarrollados como aquellos países emergentes de rápido desarrollo. Esta fracción es ínfima si se piensa en la contribución del sector privado a investigación y desarrollo. La verdad es que no se considera, ni desde el Estado ni desde la empresa privada,

que la inversión en ciencia sea una prioridad para lograr un mayor desarrollo económico y un mayor bienestar de nuestro país. Los países desarrollados no invierten en ciencia porque tienen suficientes recursos económicos. **Los países son desarrollados porque a su debido momento entendieron que una fuerte inversión en la capacidad científica y tecnológica era crucial para su futuro progreso como nación. La disyuntiva es la siguiente: podemos quedarnos como estamos, y seguir con la idea de que la ciencia es sólo parte de nuestro acervo cultural, o podemos hacer un cambio profundo y aumentar sustantivamente la inversión en ciencia, entendiéndola como una medida necesaria para lograr un mejor desarrollo económico.**

Como parte de nuestra decisión como nación frente a esta disyuntiva tenemos que tener claro que se trata de un proceso de largo plazo, que necesita de acuerdos políticos transversales de largo aliento. Por lo anterior, es crucial crear consensos y desarrollar una política de Estado en torno al desarrollo científico de nuestro país. Es evidente que, además de aumentar significativamente el porcentaje del PIB destinado a inversión en torno al desarrollo científico y tecnológico, debemos mejorar la calidad de nuestra educación en todos sus niveles. La cobertura en educación ha aumentado en forma importante durante las últimas décadas, y el número de alumnos en la educación superior se ha multiplicado varias veces. Sin embargo este aumento en la cobertura, no ha ido acompañado de un aumento en la calidad, por lo que es fundamental focalizar nuestra atención en mejorarla.

Como parte importante de este esfuerzo es crucial fortalecer la labor de investigación de las universidades. Dichas instituciones deben tener un financiamiento adecuado, pues es en ellas que se realiza la doble labor de investigar y educar. Es en ellas que se han forjado la mayor parte de nuestros científicos y profesionales, y es en ella donde se han formado los liderazgos en las distintas áreas de nuestro quehacer. Tenemos que apoyar la labor de investigación en las universidades, en particular en lo que concierne a sus laboratorios tanto de docencia como de investigación. Es fundamental estimular la cooperación entre las universidades, promoviendo el flujo de profesores, alumnos y autoridades entre ellas, como lo hacen las universidades de los países desarrollados. También es crucial promover paulatinamente la inserción de jóvenes científicos hacia el aparato productivo, ya que actualmente la presencia de científicos en las industrias es mínima, y esa es una diferencia notable con la situación de los países desarrollados, donde la cantidad de científicos en la industria es mayor que en las universidades. Este proceso ciertamente va a mejorar la calidad de la actividad y de los procesos productivos.

Estamos ante una disyuntiva interesante, cuya solución puede abrir un futuro muy promisorio para el desarrollo de Chile. ^{ch}

¿POR QUÉ CHI

70

MANUEL ANTONIO GARRETÓN

PREMIO NACIONAL DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

MANUEL ANTONIO GARRETÓN MERINO

Sociólogo de la Pontificia Universidad Católica y doctor en Sociología en L'École des Hautes Sciences Sociales, París (Francia). Recibió el Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales en 2007.

Desde 1994 es profesor titular del Departamento Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de Universidad de Chile. Además, se ha desempeñado como docente de la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional San Martín, Buenos Aires (Argentina) y de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Entre sus múltiples cargos asumidos destacan: director del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile, profesor, investigador y coordinador del Área de Estudios Políticos de Flacso-Chile, director del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile, coordinador de los Grupos de Emergencia de las Ciencias Sociales en Chile y director del Programa Político de Fundación Chile 21, además de columnista y panelista en varios semanarios y programas radiales en Chile y Argentina.

¿CHILE ES CHILE?

P

Política, reconstrucción nacional y el país del Bicentenario

La pregunta “¿Por qué Chile es Chile?” remite a la cuestión de la identidad nacional. Hay que apartarse de una respuesta esencialista que ve la identidad como algo inmutable y casi eterno, o como resultado inevitable de factores naturales y geográficos. También de la respuesta idiosincrática que la ve como la expresión de cómo son los chilenos psicológicamente.

La identidad es un proceso de construcción histórica y que no se reduce a un elemento sino a múltiples dimensiones entre las cuales suele predominar un eje principal, que no elimina sino que articula las otras dimensiones. A mi juicio, este eje vertebrador y fuente de sentido tanto colectivo como subjetivo ha sido la política la que ha subordinado a otros elementos como el étnico, el género, la edad, la región, la economía, la cultura o la religión, que en otras sociedades definen sus respectivas identidades.

Pero no se trata de cualquier política sino de una que tiene al menos tres características: ella juega el mismo papel que en las otras sociedades latinoamericanas, por lo que nuestra identidad es inseparable de la de la región, pero a diferencia de ellas la nuestra ha sido básicamente institucional y partidaria. Durante la mayor parte del siglo XX la importancia de la política en la conformación de los actores sociales y en la definición de los grandes proyectos nacionales –lo que llevaba incluso a definir las identidades individuales a partir de la identificación político-ideológica– implicó el protagonismo de los partidos políticos –todos ellos expresivos de determinados sectores y clases sociales–, del Estado, como el principal agente de desarrollo y referente de las demandas sociales, y la existencia de una democracia estable hasta la ruptura de 1973, de amplio espectro ideológico pero de participación restringida con exclusiones sociales estructurales y períodos de exclusión político.

En el espectro partidario predominaba un centro progresista junto a una derecha conservadora o tradicional y una izquierda que junto con aspirar al cambio radical del orden económico-social respetaba activamente el sistema político. Hacia la década del

60 se produce una profundización de estas tendencias, con la ampliación y masificación de la participación política, superación parcial de las exclusiones estructurales al incorporarse campesinos y pobladores, y un proceso de radicalización ideológica que convierte al espectro partidario en uno de tres polos (derecha, centro e izquierda) sin mediaciones entre ellos. Ello no fue acompañado de transformaciones en el régimen político ni en la cultura política que favorecieran la existencia de coaliciones ni de mecanismos institucionales que aseguraran la resolución de conflictos. El gobierno de la Unidad Popular buscó la sustitución del capitalismo careciendo de las mayorías políticas para ello, lo que abrió el espacio para que los sectores de derecha opuestos a las transformaciones conspiraran para la entrada en la política de las Fuerzas Armadas a través del sangriento golpe de 1973.

La dictadura militar de 1973 a 1990 significó un intento desde el Estado y, a través de una violenta y persistente represión y violación de los Derechos Humanos, de eliminar la política y sus actores e imponer un nuevo orden social y económico. El balance final fue un retroceso radical en todos los aspectos de la vida económica, social, cultural y política. Su intento de pasar desde un régimen militar puro a un régimen autoritario civil con poder de veto militar, consagrado en la Constitución impuesta en 1980, se enfrentó a una oposición social y política que la derrotó en el plebiscito de 1988. Ello desencadenó un proceso de transición que desembocó en una democracia institucional incompleta con una trágica herencia de impunidad y permeada por poderes fácticos como los grupos económicos, los medios de comunicación concentrados y enclaves autoritarios como la Constitución heredada de la dictadura y el sistema electoral que produce un empate entre las fuerzas que la apoyaron y las fuerzas democráticas, excluyendo la diversidad política.

En los veinte años de democracia siguientes los gobiernos de la coalición de centro-izquierda, Concertación de partidos por la Democracia, lograron restablecer la democracia y superar muchos de estos enclaves. Realizaron grandes avances en materia

de desarrollo y superación de la pobreza, entre otras cosas, pero no lograron una democracia que rompiera con el sistema institucional y el modelo socio-económico heredados de la dictadura, es decir, la verdadera democracia del Bicentenario. En 2010 asume el primer gobierno de derecha en cincuenta años enfrentado a un dilema entre un proyecto conservador y uno tecnocrático empresarial que busca la despolitización de la sociedad y teniendo al frente una oposición que debe reconstruir políticamente el campo sociológico de centro-izquierda. Todo ello en una época en que las relaciones entre política y sociedad buscan redefinirse porque se ha roto la tradicional vinculación que las caracterizó durante cien años.

Así nuestra identidad constituida principalmente por la política lleva el sello de todos estos procesos, pero se redefine a partir de un nuevo contexto que se caracteriza principalmente por el debilitamiento de este papel vertebrador de la política. Surgen entonces nuevas fuentes de sentido para la vida personal y colectiva y se desagregan las categorías sociales, como las de clase o las ideológicas. Si bien esto favorece una mayor afirmación de las subjetividades personales, se producen tres grandes problemas:

Por un lado, ello se expresa en un creciente individualismo y segmentación social. Como hemos dicho, en gran parte los comportamientos colectivos estaban determinados en el siglo XX por la estructuración partidaria y por la pertenencia a las categorías socioeconómicas de clases sociales, de las que se extraían las valoraciones, las visiones de las cosas, los comportamientos. Hoy día hay un proceso de individualización y de pérdida de fuerza a la pertenencia a esas categorías. Me defino mucho más por mi trayectoria, por mi vida, por mis gustos, que por mi pertenencia a cualquier categoría, a lo más me identifico con mi familia o mi grupo más cercano y cerrado.

Por otro lado, esto se acompaña de un fenómeno de pérdida de solidaridad estructural que queda entregada sólo a manifestaciones coyunturales ante ciertas campañas o catástrofes. Todo lo cual se traduce, por último, en la pérdida de la idea de nación, de proyecto y comunidad nacionales. Si en otra época la política absorbió las

subjetividades, hoy tenemos subjetividades o identidades grupales abandonadas a sí mismas sin conciencia de pertenencia a una comunidad y su destino.

La cuestión central en la época del Bicentenario entonces es la reconstrucción de la comunidad nacional. Y ello nos vincula a una problemática que se da de diversas maneras en las otras sociedades latinoamericanas, muchas de las cuales viven también los bicentenarios de su independencia. Esta problemática podríamos definirla como la refundación de las relaciones Estado-sociedad, y ella se expresa en los ejemplos de las asambleas constituyentes, o el nuevo nombre de un país o la refundación de un estado multinacional, por cambio del nombre de un país, como en el caso venezolano, y la refundación de la nación, en el caso boliviano. Nosotros no escapamos a esto, con lo que volvemos al tema de nuestra inserción en América Latina como parte de nuestra reconstrucción como país. En ese sentido, la problemática de este Bicentenario no sólo es parecida a la del Centenario sino que es parecida a la de la Independencia y la creación de la República y sus relaciones.

Además de esta reinsertión en el bloque de naciones latinoamericanas en el mundo globalizado, la reconstrucción de la comunidad nacional pasa al menos por tres cuestiones. La primera es vivir un momento constitucional en que el país discuta su forma de organización y convivencia. No olvidemos que tenemos, único país en el mundo, una Constitución impuesta por, y heredada de, una dictadura. La Constitución del Bicentenario es una tarea pendiente. En segundo lugar, la superación de la desigualdad socioeconómica, una de las mayores de América Latina que nos convierte en un agregado de varios países en un mismo territorio, lo que supone redistribución

de la riqueza pero también de elementos simbólicos y del poder, lo que exige a su vez un Estado dirigente y redistribuidor. En tercer lugar, no hay país si no hay un consenso ético básico, lo que remite al término definitivo de la impunidad y a la justicia en todos los casos de violaciones de derechos humanos de la época dictatorial y al pleno imperio de tales derechos, a la dimensión ético cultural del reconocimiento de la diversidad étnica y regional del país y al ideal de igualdad socioeconómica.

Hasta ahora no se ha constituido un nuevo consenso nacional como fueron el proyecto industrializador de los años 30 del siglo pasado, o la transformación de las relaciones agrarias, el desarrollo o la revolución de los 60, o la recuperación democrática de fin de siglo pasado. Y eso porque no se ha dado el debate de lo que queremos ser como país, lo que en parte a su vez ocurre porque la idea misma de comunidad nacional se ha debilitado y transformado más bien en la suma de intereses, derechos y aspiraciones personales y de grupos particulares, y porque los poderes mediáticos y económicos, así como las instituciones heredadas, refuerzan el individualismo y la falta de una visión de país.

Si algún sentido tiene la política hoy es, a través de las dimensiones señaladas, reconstruir y proyectar una comunidad nacional, tanto en el aspecto físico, a lo que nos obliga el terremoto de febrero de 2010, como institucional, político y cultural. Ello, en el entendido que sin política no hay país, pero que hoy el país ya no puede definirse solamente desde la política. Y esta tarea colectiva definirá nuestra identidad entre las épocas del Bicentenario y del tercer centenario de nuestra vida independiente. ^{ch}

“POR SUS POETAS MISTRAL Y NERUDA”

76

MARÍA JOSÉ, 12 AÑOS

Nombre: Gustavo Labarca Peñafiel

Título: Chile en mi Región

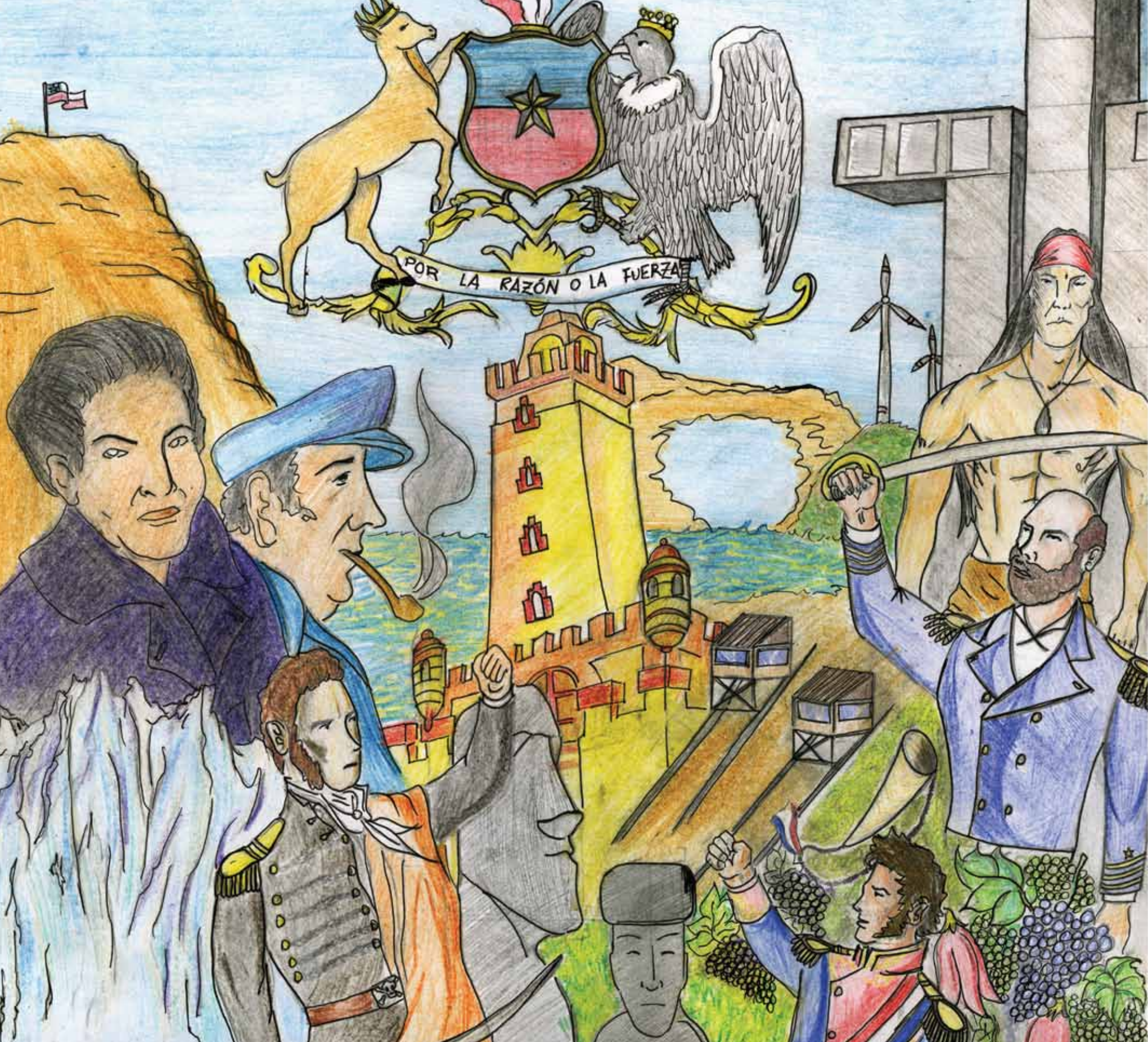
Edad: 4to medio

Técnica: Lápices de colores

Reseña: Quise representar en mi dibujo la importancia que tiene para todos lo que sucede en la Región de Coquimbo ligada a los sucesos de Chile entero

Escuela Artística: Colegio de Artes “Claudio Arrau”

Región/Ciudad: Coquimbo





“POR SU MÚSICA, VÍCTOR, VIOLETA Y SUS GUITARRAS”

81

DANIEL, 16 AÑOS

Nombre: Cristián Rodríguez

Título: Care gallo... Préstame luca mañana te la devuelvo

Técnica: Xilografía

Escuela Artística: Escuela Artística Chillán

Región/Ciudad: Bío - Bío /Chillán

¿POR QUÉ CHI

ERNESTO SCHIEFELBEIN

PREMIO NACIONAL DE EDUCACIÓN

82

ERNESTO SCHIEFELBEIN FUENZALIDA

Profesor en la Universidad Técnica del Estado, ingeniero comercial de la Universidad de Chile (1960) y doctor en Educación de la Universidad de Harvard (1971).

Durante los años 60 fue uno de los primeros especialistas en educación en utilizar la investigación científica para la construcción de políticas públicas y el mejoramiento del desempeño en profesores y alumnos.

Durante el gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva fue director de Planificación del Ministerio de Educación, contribuyendo de manera importante al desarrollo de la reforma educacional de 1965.

Fue coordinador de la Red Latinoamericana de Documentación en Educación (Reduc) e investigador del Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación entre 1976 y 1985. Entre 1985 a 1987 trabajó como planificador de educación para el Banco Mundial en EEUU. Entre 1988 y 1992 pasó a ser el coordinador del Sistema Regional de Información en Educación de la UNESCO en América Latina y el Caribe. En 1994 fue Ministro de Educación en el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle.

Entre los años 1997 y 2001 fue rector de la Universidad Santo Tomás. Además, ha trabajado en el Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación de la Universidad Alberto Hurtado y como académico en programas de Doctorado y Magíster de diversas universidades nacionales y extranjeras. El 2007 fue distinguido con el Premio Nacional de Ciencias de la Educación.

¿CHILE ES CHILE?

¿H

a condicionado la realidad chilena nuestra manera de ser?

El estar ubicado Chile en la periferia del mundo desarrollado –junto con el estar cercado por una imponente cordillera, un desierto intolerable y un océano enorme–, habría influido en nuestra manera de ser, convivir y desarrollarnos. Sin embargo, a partir de mediados del siglo XIX, la ubicación del puerto de Valparaíso le permitió ser recalada obligada de los vapores de la ruta Europa-Asia, atraer a grupos de europeos y mantener contacto con los cambios que la revolución industrial generaba en el resto del mundo. En todo caso, hasta mediados del siglo XX eran pocos los chilenos que viajaban al mundo desarrollado, o que podían apreciar su evolución. No obstante, en los últimos veinte años ha disminuido el tradicional aislamiento. El retorno en los años noventa de los exiliados de los setenta, el crecimiento económico, la mayor facilidad para viajar o la reciente masificación de internet, la televisión por cable y el teléfono celular nos integraron a un planeta Tierra que ha sido hecho “plano” por las comunicaciones instantáneas. Por lo tanto, es posible que este reciente cambio de las características del contexto también esté alterando nuestra manera tradicional de hacer las cosas “a la chilena”.

Nuestra geografía seleccionó a los extranjeros que venían a visitarnos o a vivir en este país. Los españoles que llegaron a Chile, hace casi 500 años, fueron aquellos capaces de vencer las inmensas dificultades que costaron la vida a muchos de sus compañeros. Al descubrir el estrecho que lleva su nombre, en 1519, Hernando de Magallanes sintió la fuerza del viento frío que levantaba olas amenazadoras y barría un paisaje desolado y desprovisto de árboles. Unos quince años más tarde, Diego de Almagro y parte de su hueste llegaron hasta el centro de Chile tras diez meses de terrible marcha. Había comenzado su expedición con 500 españoles, cien negros y unos miles de indígenas o yanaconas, pero muchos de ellos nunca llegaron a la región cuyo nombre en quechua significa frío o nieve. Sin embargo, su admirable esfuerzo no tuvo una recompensa en tesoros, como en otros lugares. Eventualmente, los conquistadores que llegaron a este país trabajaron laboriosamente para sobrevivir.

Era difícil que damas de España realizaran el largo y azaroso viaje que entrañaba llegar hasta Chile en el siglo XVI. Pocas llegaron y su relativa escasez suscitó el mestizaje. El mestizo era considerado criollo si pasaba a vivir con el padre, se contabilizaba en los recuentos como español y sucedía al padre español en la posesión de sus bienes. Esto habría influido en que los mestizos no constituyeran una comunidad con identidad y comportamiento propios, aunque compartieran un cierto temor, desconfianza o desconocimiento inducido por la gran distancia hasta el centro de la cultura occidental. Afortunadamente, junto con el proceso de independencia, ocurren cambios que incrementan los contactos con el exterior.

El aislamiento se empieza a reducir, a comienzos del siglo XIX, a medida que Valparaíso se convierte en el principal puerto de la costa del Pacífico, y ese desarrollo atrae a diversos grupos de europeos. Los barcos mercantes, luego de atravesar el Estrecho de Magallanes, recalaban en sus embarcaderos para almacenar y redistribuir sus mercancías antes de continuar al Pacífico Oriental y al continente asiático. La expansión de exportaciones mineras iniciada a mediados del siglo XIX y el descubrimiento del oro en California, le dieron un especial impulso al cabotaje y la actividad portuaria. Por esa misma época, bajo la conducción de Vicente Pérez Rosales, llegan familias de origen fundamentalmente alemán, que desarrollaron una importante actividad económica en la zona de Frutillar, Puerto Montt, Puerto Varas y Osorno. **De esta manera, diversas actividades e inmigrantes extranjeros introducen algunas de sus costumbres e instituciones en la vida social y comercial del puerto, la capital y el sur. Ese impacto lo destaca Domingo Faustino Sarmiento cuando declaraba que Chile ofrecía “propiedad segura y orden estable y, con ambos, el amor al trabajo y el espíritu de empresa que llevan al desarrollo de la riqueza y la prosperidad”.**

La lejanía de las explotaciones mineras de los lugares donde se desarrolló la guerra de la independencia impidió que se afectara esa actividad. Más adelante, la minería se benefició del mayor contacto comercial y humano con el exterior que estimuló la independencia. Muchos extranjeros se radicaron en los centros mineros del norte, lo que facilitó el intercambio internacional, abrió la puerta para mejorar la tecnología y permitió la afluencia de capitales. Eventualmente pasó algo similar en la agricultura. El trigo se convirtió en el artículo de exportación más importante, gracias a la ampliación del mercado tradicional del Perú y el acceso a otros nuevos, como California y Australia. En la minería, el período de 1830 a 1880 es conocido como el ciclo de la plata, el cobre y el carbón de piedra por el aumento de su producción. Esto obligó a

mejorar el transporte y los puertos. En 1851 se inauguró el primer tramo de la vía férrea entre Caldera y Copiapó. Este ferrocarril permitió llamar la atención sobre el proceso modernizador que vivía el país. Luego se construye el tren de Valparaíso a Santiago (1852-1863) y se inician los trabajos del Longitudinal Norte y del tren de Santiago al sur, cuya construcción se completaría al cabo de medio siglo.

Una parte importante de la actividad minera, del transporte y del comercio era propiedad de capitalistas extranjeros, y los pocos ciudadanos chilenos que acumularon fortunas en esas actividades tendieron a cambiar su estilo de vida. Aumentaron la frecuencia de sus viajes de placer a Europa y construyeron ostentosos “palacios” con materiales importados. La concentración de la riqueza en unas pocas familias produjo una brecha con respecto al nivel de vida de obreros y campesinos. Sólo viajaban a los países más desarrollados, en el siglo XIX, unos pocos chilenos miembros de familias con altos ingresos. Los que educan a sus hijos en Europa, descubren que estos adquieren las aspiraciones de la sociedad europea en que viven y pierde importancia el país de donde vinieron. Muchos de esos viajeros dilapidan sus fortunas, mientras que algunos destacan en diversas actividades. Federico Santa María Carrera (1845-1925) acumula una enorme fortuna en el mercado de azúcar de París, donde llegó cuando era muy joven, y luego se transforma en un actor importante en la economía francesa. El diplomático Luis Sánchez Besa obtiene su licencia de piloto en 1908, gana importantes competencias y llega a ser constructor de aviones antes y durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Luego viajarían a Europa para obtener su licencia de aviador, a principios del siglo XX, los primeros pilotos de la aviación militar.

El desarrollo del sistema de educación también refleja influencias externas. Hasta la Independencia, la educación ofrecida en las parroquias y congregaciones religiosas había jugado un papel importante en el desarrollo de una cultura fundamentalmente católica en un proceso en el que participaron la familia, la escuela pública y una piedad popular sostenida por la prédica regular y la liturgia católica. En 1842 se crea la Universidad de Chile y se nombra rector a Andrés Bello para desarrollar la formación humanista y científica y elevar el debate intelectual a fin de tomar decisiones adecuadas en los asuntos económicos, políticos, sociales y culturales. A mediados del siglo XIX hay un largo debate sobre las características del sistema de educación primaria, en el que participan Domingo Faustino Sarmiento, José Victorino Lastarria y los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. En 1860 se dicta la Ley de Instrucción Primaria que garantiza su gratuidad gracias al financiamiento del Estado.

Hacia el final de ese siglo interviene una nueva generación de educadores –que conoce experiencias europeas e introduce métodos pedagógicos de Francia y Alemania–, en que se destacan figuras como Valentín Letelier, Claudio Matte y José Abelardo Núñez. Se crean Escuelas Normales en Santiago, Chillán, La Serena y Valdivia con internados para los alumnos de otras ciudades y profesores alemanes y austriacos. En 1889 Chile trae un grupo de ocho profesores alemanes para crear el primer cuerpo académico del Instituto Pedagógico. La iniciativa tiene tanto éxito que pronto acuden alumnos de toda América Latina. La escuela pública ofrece un sitio disciplinado y ordenado, segregado del mundo familiar y vecinal, a través de normas que definen el uso del espacio y el tiempo por parte de alumnos y preceptores. El debate continúa y en 1920 se promulga la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria cuyo objetivo, ofrecer acceso universal, sólo se hará realidad medio siglo después.

86

Durante el siglo XIX se consolida el país como nación independiente, a través de luchas internas y guerras contra los países vecinos. Se producen complicaciones internas tales como la sublevación del coronel Urriola contra el gobierno de Bulnes (1851) y la de la escuadra chilena contra Balmaceda (1891), así como el gran terremoto de 1906 que destruye Valparaíso. También hay conflictos externos tales como la guerra contra la Confederación peruano-boliviana (1836) y la ocupación chilena de Lima (1838), una nueva guerra contra España cuya escuadra bombardea Valparaíso y, en especial, la guerra del Pacífico contra Perú y Bolivia (1879-1884) y la segunda ocupación de Lima. Sin duda que es en este siglo cuando la república organiza su estructura de estado soberano y genera las bases de un gobierno democrático.

Pero Chile tiene, todavía, un largo camino que recorrer para que opere como una verdadera democracia donde el poder resida efectivamente en la totalidad de sus ciudadanos. Por ahora, más de la mitad de esos ciudadanos no puede entender la idea principal de un texto de 100 palabras (aunque todos los niños asisten a la escuela). La persona que no comprende un mensaje escrito suele tener dificultad para conocer las opciones que ofrecen los diversos candidatos y votar por el que represente mejor sus intereses. Esta dificultad podría explicar que Chile tenga un mercado ineficiente ya que no hay obligación de tener un precio transparente que permita una competencia efectiva como ocurre en los Estados Unidos (la negociación en mercados no transparentes genera monopolios que tienden a ser ineficientes) y que operen tarjetas de crédito que cobran tasas de interés usurarias (cuando se suma a los intereses el total de los cobros y penalidades) que afectan a los compradores de menores recursos y a los pequeños empresarios. Estos ejemplos sugieren que Chile debe aprovechar las

lecciones que dejó la reciente crisis económica mundial y diseñar una regulación más inteligente que optimice la eficiencia de los mercados y reduzca los abusos.

Para ofrecer una educación de la calidad que requiere el buen funcionamiento de una democracia se necesita lograr consensos tales como el alcanzado para modificar la estructura de la educación (1967), que permitió ofrecer acceso universal, y el que estableció los elementos mínimos necesarios para que todos puedan alcanzar los logros de aprendizaje esperados (1994), de los cuales sólo se implementó la jornada escolar completa y las mejores remuneraciones de los docentes. Estos dos ejemplos de consensos muestran que cuando se analiza la información pertinente y se cuenta con asesoría de nivel internacional es posible formular un diagnóstico acertado y buscar alternativas de solución que, al ser aplicadas, tengan una alta probabilidad de éxito.

El haber llegado a consensos sobre las estrategias que el país debía implementar en educación, en esas dos oportunidades, es un indicador de la excepcional capacidad de diálogo y de búsqueda del bien común que habría logrado este país hasta ahora. Esta especial cualidad nos permite mirar con optimismo la etapa con que se inicia nuestro tercer siglo de vida independiente.

Para tener éxito (y hacer realidad ese optimismo) habrá que realizar diagnósticos rigurosos que estén basados en una adecuada información y análisis; contar con asesores de nivel internacional (que manejen con soltura, en cada tema, la teoría e investigación pertinentes); debatir sistemáticamente con representantes de todas las partes interesadas y asegurar que las opiniones queden expresadas por escrito en un banco de información con acceso público. ^{ch}

¿POR QUÉ CH

MIGUEL

LETELIER

PREMIO NACIONAL DE ARTES MENCION MÚSICA

MIGUEL LETELIER VALDÉS

Compositor, organista y académico nacido en 1939. En 1965 viaja a Buenos Aires a estudiar al Instituto de Excelencia Torcuato Di Tella, dirigido por Alberto Ginastera. Es ampliamente reconocido como una eminencia en música para órgano, área que perfeccionó con el maestro J. J. Grünenwald en el Conservatorio de París (Francia). Además de su destacada carrera como profesor titular del Departamento de Música de la Universidad de Chile, entre 1981 y 1988 integró el directorio de la Asociación Nacional de Compositores. Recibe el Premio Nacional de Artes (mención Música) en 2008.

Se le reconoce su trayectoria tanto en la docencia como en la composición musical.

Entre sus principales obras se destacan: *Sonata para clavecín* (1962), *Instantes para orquesta* (1966), *Tres canciones* (1981-1984), *Raveliana* (1984) y *Pequeño libro para piano* (1998). Varias de estas piezas fueron recopiladas en su disco *Obras de cámara y sinfónicas*, publicado en 2001 por el sello SVR con el apoyo de Fondart, donde recoge más de cuatro décadas de su labor como compositor.

¿CHILE ES CHILE?

R

esponder la pregunta del título de este ensayo a partir de un enfoque musical propone un desafío que a primera vista no tiene contrapeso. Más aún cuando se intenta dialogar con una concepción infantil a través de expresiones visuales, según se ha planteado como esquema de trabajo.

Sea como fuere, el desarrollo de la música en Chile ha transitado por un camino arduo, lento y dificultoso en sus inicios, para luego poco a poco irse integrando a las grandes corrientes musicales universales, cuyas fuentes principales nos han venido de Europa.

En los salones a fines del siglo XIX, se comenzaba a organizar alguna célula, sobre todo en la ciudad de Santiago y también Valparaíso, cuyo centro era la música, ejecutada ésta por damas generalmente cultas y que tocaban algún instrumento o también cantaban. Especialmente recordadas fueron las tertulias de doña Isidora Zegers, emblemático personaje artístico y musical de la época. Sin embargo, esta vida artística estaba aún a años luz del desarrollo que alcanzaba la actividad musical en Europa, si bien a través de la ópera se filtraban algunas noticias de su desarrollo. En este aspecto, el interés era más bien por el *bel canto* y no por la tendencia musical propiamente tal. Tenemos que considerar que estas incipientes manifestaciones de “música de arte” se circunscriben a una élite que prácticamente no tiene mayor contacto con la música popular o de “chinganas” (como se llamaban en la época a las fondas) y menos con hechos culturales indígenas autóctonos.

Se puede decir que nuestro desarrollo musical se institucionalizó formalmente a partir de los años 20 del siglo pasado al crearse en la Universidad de Chile la Facultad de Artes y el Instituto de Extensión Musical, el cual dio vida y forma a la Orquesta Sinfónica de Chile, el Coro de la Universidad de Chile, el Ballet Nacional Chileno y la Revista Musical, entidades que fueron los pilares del posterior desarrollo de todas las actividades relacionadas con la música en el país. Estoy convencido que esta estructura,

proyectada desde la Universidad de Chile, situó al país en la vanguardia de la difusión musical, hecho sin precedentes en Latinoamérica, y que sólo tal vez Uruguay secundó con su organización llamada SODRE.

El tema del desarrollo musical en el país es difícil de abordar con un criterio único, pues intervienen en su conformación múltiples factores, siendo uno de los principales el aspecto educacional en particular, y el cultural en general.

No podemos dejar de mencionar el papel que le ha cabido en este último aspecto a la Orquesta Sinfónica de Chile. Desde sus comienzos, el dar a conocer poco a poco las grandes obras universales de la música, fue formando un público fiel e interesado que semana a semana asistía a los conciertos, ávido de escuchar a un nivel de excelencia impecable con cada programa sabiamente diseñado por los directivos del Instituto de Extensión Musical. Pero no sólo eso. También se incluían obras de nuestros compositores, los cuales tenían la oportunidad de ver ejecutadas sus composiciones, con directores de orquesta de categoría mundial. Además, se instituyeron premios para obras de cámara, lo que estimuló la creación de ellas y también de conjuntos tales como cuartetos de cuerdas, quintetos de vientos, de percusión y por cierto de grandes solistas instrumentales y cantantes. Me atrevo a afirmar que en Chile se llevaron a cabo hazañas musicales excepcionales con el estreno de obras tales como *La Pasión según San Mateo*, de J. S. Bach, la *Consagración de la Primavera*, de Stravinsky, o el *Wozzek*, de Alban Berg, en su versión de concierto, entre otras decenas de monumentos musicales de todos los tiempos. Junto con esto, se ejecutaban continuamente obras de compositores chilenos, cuya lista llenaría varias líneas.

Sin embargo, esta vigorosa actividad adolecía de una anémica repercusión en las provincias, por lo cual el desarrollo musical fuera de Santiago era prácticamente nulo. Sólo Concepción logró crear su Orquesta Sinfónica, la que hasta el día de hoy ha logrado mantener una temporada anual regular y estable.

El ritmo de progreso natural del país ha permitido el desarrollo de muchas iniciativas

nuevas y de agrupaciones, ejecutantes, conciertos, salas, conjuntos, directores, etc. Pero como contrapartida a esto existe una creciente falta de coordinación a nivel nacional de esta intensa actividad musical.

A pesar de todo, y viendo este estado de cosas en conjunto, hay algunas falencias, de las cuales la más grave y que será a la larga tremendamente perjudicial es la falta de la enseñanza musical en los colegios. La instrucción de música no es obligatoria, y por lo tanto, aunque sea un lugar común, no estamos formando un público para nuestros conciertos. Lo que escucha nuestra juventud es lo que le brinda lo que podríamos llamar la “música de la calle”, es decir, toda suerte de ritmos, sonoridades, excitantes auditivos, con armonías paupérrimas, volúmenes sonoros que atentan contra la resistencia fisiológica de la capacidad auditiva, grabaciones de sonidos convertidos en ruidos distorsionados, etc. Todo esto lleva a la incapacidad de escuchar y de “sentir” lo que es música, pues aquello se ha convertido en una “no música” o “contra música”. Pues bien. Aceptemos que los hechos sean así. Pero lo que resulta inaceptable es que se ignore que junto con todo esto también existe otra clase de música que proviene de otras fuentes, la cual se estudia, se analiza, se ensaya, y para tocarla se necesitan personas con conocimientos avanzados en la materia.

Recordemos la frase del gran compositor alemán Robert Schumann quien escribió: “La música es el lenguaje del alma” (“Musik ist der sprache der Seele”). Sobre este punto, es válido hacerse la pregunta de cuántos en Chile conocen la música culta nacional, cuáles son sus más importantes creadores, porqué han sido acreedores del Premio Nacional de Música, qué es una obra sinfónica y una de cámara, etc. ¿Qué ínfimo porcentaje de chilenos habrán oído mencionar alguna vez, por ejemplo, de qué se trata la obra *La muerte de Alsino* de Alfonso Leng, siendo esta una de las composiciones cultas más famosas y bellas que se hayan compuesto en Chile? En comparación, ¿Cuántos alemanes saben y conocen que Beethoven escribió la 9ª Sinfonía y se enorgullecen de tener un músico de tal categoría entre sus próceres artísticos?

Es notable ver la metamorfosis que produce en los niños y adolescentes la posibilidad de acercarse a la música al tocar en las orquestas infantiles. El hecho de descubrir que unos violines, más unas violas, más violoncelos, flautas, oboes, fagotes y clarinetes tocados simultáneamente producen sonidos organizados, melodiosos y con infinitas posibilidades de combinaciones, que aparecen en una partitura única, que el conjunto lo organiza el director de orquesta y que además todo esto al combinarse de esta forma suena hermoso, significa para estos jóvenes ejecutantes la entrada a un mundo mágico, nuevo, inmenso, alejado de toda vulgaridad y miseria moral y que los eleva no sólo culturalmente sino que su espíritu se empina por sobre la mediocridad promedio, por muy simples y primarias que sean las obras que están ejecutando. En el Chile de hoy este proyecto está bien encaminado y sus beneficios son evidentes.

A propósito de la tolerancia o, más bien, la búsqueda permanente del “ruido”, el que acosa de mil formas diferentes sin que las víctimas lo adviertan, me pregunto cuál es la necesidad adicional de tener permanentemente dispositivos sonoro-auditivos insertados en las orejas de los jóvenes durante muchas horas al día para escuchar una y mil veces, a un volumen aterrador, músicas que lindan con el más auténtico primitivismo sonoro. Como músico no puedo responder a esta interrogante, pues ya entramos al terreno de la psicología, la fisiología y la sociología, más aún tratándose de un fenómeno prácticamente masivo. Una vez planteado, pues no deja de ser interesante, dejo a los expertos su análisis y sus proyecciones. Sin embargo, hago válida la pregunta de ¿Por qué, y qué mente —que podríamos catalogar de perversa— ideó, por ejemplo, el funcionamiento impenitente de televisores que nadie mira en las estaciones del

Metro a todo volumen, el cual se mezcla con los chirridos de los trenes, los avisos por altoparlantes y el ruido concomitante de una estación de estas características? La gente agobiada, ansiosa de llegar a casa, ávida de paz ambiental, ¿tendrá necesidad de soportar tandas de avisos de tiendas comerciales que se tornan insoportables, o ver de reojo alguna lesión ósea de un famoso futbolista o de divisar fugazmente escenas de teleseries o noticias fragmentarias de inundaciones o catástrofes en países lejanos? Podríamos citar muchísimos otros ejemplos de este verdadero atentado a la paz interior. ¿Ha llegado el Chile de hoy a una insensibilidad tal que ya no reacciona ante tales las agresiones?

No puedo dejar de resaltar lo que fue en épocas anteriores la música de baile, o de fiestas, o de reuniones sociales, y el violento contraste con lo que se escucha hoy. Al no existir en Chile, fuera de la cueca y la tonada, sumado a algunas manifestaciones musicales de Chiloé y de la zona andina del Norte, una base importante de material musical propiamente nacional, la transculturización y la absorción rápida y eficaz de elementos extranjeros llegó a ocupar con extrema facilidad estos espacios, los que finalmente fueron considerados como propios. Hecha esta digresión, mi análisis apunta a que lo que se escuchaba hasta los años 70 era música de buena factura, con melodías lógicas y bien equilibradas, orquestaciones correctas, en suma, música hecha por músicos. En el extremo, podemos considerar las armonizaciones, orquestaciones y modelos temáticos de un Frank Sinatra cuya sensibilidad, buen gusto y musicalidad alcanza niveles de perfección rara vez logrados, como así las llamadas “Big Band”, donde el virtuosismo instrumental y sus increíbles audacias armónicas hacía palidecer a cualquier ejecutante normal. Podríamos continuar con la música tropical, con sus boleros, y otros ritmos caribeños; la brasilera, cuya manifestación del *bossa nova* está indesmentiblemente asociada al jazz; el tango o el malambo argentino; los corridos mexicanos, con sus trompetas y violines, etc. Todo esto contrasta, mirado exclusivamente desde el punto de vista musical —sin siquiera juzgar una apreciación

estética— con lo que se escucha hoy. El *reggae*, el *hip-hop*, la cumbia arrabalera, ritmos que hoy causan furor en Chile, no sólo adolecen de una pobreza musical lamentable sino que se han transformado en vehículos de incitación erótica hasta el extremo que su acción coreográfica sólo se limita a emular el acto sexual.

Siendo todo esto un fenómeno objetivo y comprobable, ¿por qué en Chile se ha producido, a nivel masivo ese “facilismo” musical? ¿Será también un hecho asociado al “bajón” cultural generalizado que se manifiesta en el paupérrimo lenguaje de los chilenos, en muchos momentos próximos a la coprolalia, o a la forma poco elegante de vestirse, o a la basura desparramada por todo el país, o a la falta absoluta de observación de los fenómenos naturales o a su disparatada interpretación, o a los áridos y antiestéticos paisajes urbanos, plagados de postes y cables y de árboles mutilados y moribundos en nuestras ciudades, pueblos y villorrios, o a las manadas de perros vagos que deambulan en los espacios urbanos, o a los deprimentes graffitis que asolan cuanta superficie mural existe, o a la vergonzante ignorancia de lo que ha sido nuestra historia, aún la reciente? Incluso, con respecto a la música religiosa, la vulgarización ha sido extrema. La Iglesia no ha sabido guardar sus tesoros artísticos en una equivocada carrera hacia lo “popular” y ha desechado tanto el inapreciable acervo musical desde el canto gregoriano para adelante como también los magníficos instrumentos —los órganos— que hoy permanecen mudos y en la ruina, en su mayoría.

Son estas interrogantes las que un intelectual se posa, no exento de honda preocupación por el porvenir del país. Pareciera que, como una gran pirámide, todo se va sumando y se llega a una cúspide donde la solución pareciera decir a gritos: ¡Educación!

Situándonos en el extremo opuesto existe en el Chile de hoy un interesante grupo de músicos de vanguardia que están marcando un derrotero importante en cuanto al lenguaje de la música docta contemporánea. Se ha criticado a estos cenáculos que quienes los componen son ultra intelectuales y que su público no sólo no es masivo sino que se dirige a ciertos grupos en extremo especializados. Con todo, la experimentación y la búsqueda de nuevas sonoridades y posibilidades instrumentales no han hecho

sino enriquecer los recursos compositivos y han despertado el interés de jóvenes. Esto se ha visto reflejado en los ininterrumpidos Festivales de Música Contemporánea de la Universidad Católica y también en su homónimo de la Universidad de Chile, liderado por la Facultad de Artes. También en ciudades como Valdivia, Concepción, Valparaíso y La Serena se repiten estas manifestaciones musicales, con un público ávido de nuevas experiencias sonoras y estilísticas.

Finalmente, no se puede dejar de mencionar la creación de nuevas orquestas, tanto universitarias como municipales, los centros culturales en cuyos planes se consideran conciertos, que sea de orquestas y solistas, y las iniciativas de los mismos músicos, que con enormes esfuerzos logran difundir la música tanto chilena como universal.

Como músico abogo por una reforma de fondo en los organismos estatales tales como el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, donde los representantes de la música docta tienen un número muy minoritario, e incluso los fondos concursables para la Creación y Difusión de la música nacional son absurdamente bajos. En el Chile de hoy, ser músico, y más aún compositor, es un riesgo demasiado alto. Estamos a la espera de que nuevas visiones se impongan y abran las posibilidades de que la música ejerza su insustituible rol en la formación cultural del país. ^{ch}

**“POR SU GENTE, DE
NORTE A SUR, SU
ESFUERZO, VALOR
Y SACRIFICIO”**

BENJAMÍN, 13 AÑOS

Nombre: Carlo Francisco Troncoso Rojas
Título: El Arte y la Alegría
Técnica: Lápiz pasta y acuarela
Escuela Artística: Escuela Desarrollo Artístico F-6o E.D.A
Región/Ciudad: Antofagasta





“POR NUESTRO MAR Y SUS RECURSOS NATURALES”

101

JAVIERA, 7 AÑOS

Nombre: Tannia Toro Cortés

Título: Bicentenario Esmeralda

Técnica: Acrílico

Escuela Artística: Escuela Artística Violeta Parra

Región/Ciudad: Tarapacá

¿POR QUÉ CHI

CECILIA

HIDALGO

PREMIO NACIONAL
DE CIENCIAS NATURALES

102

MARÍA CECILIA HIDALGO TAPIA

Bioquímica titulada en 1965 en la Universidad de Chile y primera doctora en Ciencias de la misma casa de estudios, 1969. Recibió el Premio Nacional de Ciencias Naturales en 2006, siendo la primera mujer en recibir este galardón.

Entre 1969 y 1972, realizó un post-doctorado en el National Institutes of Health, Bethesda, MD (EEUU). Entre 1984 y 2002 trabajó como profesora del Centro de Estudios Científicos (CESC) y en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile desde 1984. También, dirigió el Programa de Biología Celular y Molecular del Instituto de Ciencias Biomédicas entre 2001 y 2003.

Se ha destacado por una importante trayectoria investigativa, destacando entre sus estudios el descubrimiento de aspectos moduladores del calcio para entender el Alzheimer y el Parkinson. Con más de 70 publicaciones en revistas de circulación internacional, su área de trabajo se ha centrado en el estudio de los mecanismos moleculares que son activados por aumentos transitorios de la concentración intracelular de calcio en neuronas y en el músculo esquelético y cardíaco.

Actualmente es directora del Centro FONDAP de Estudios Moleculares de la Célula, además, es miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de Chile.

¿QUÉ ES CHILE?

La pregunta “¿por qué Chile es Chile?” requiere, a mi parecer, definir primero qué es Chile para luego tratar de explicar por qué este país llamado Chile tiene estas características singulares. Alternativamente, se podría tomar esta pregunta como un mero sondeo de opiniones, que busque definir desde nuestra perspectiva individual qué creemos que hace a nuestro país ser lo que es. Frente a estas dos alternativas, voy a tomar un camino intermedio en que presentaré mi punto de vista sobre el país actual, para luego tratar de analizar por qué nuestro país es así, al menos en el ámbito de la ciencia y la tecnología.

Lo primero que me surge al pensar sobre Chile es que este es un país de grandes contrastes. Contrasta en forma evidente e inmutable a escala humana la naturaleza de su territorio, que se inicia con el desierto más seco del mundo y finaliza en la gélida Antártica chilena. Un territorio que con sus grandes cambios de paisaje y de clima condiciona a su vez la vida de los habitantes de sus distintas regiones, pues es muy distinto vivir, crecer y trabajar en la zona norte que hacerlo en el centro o el sur de Chile.

Contrasta, asimismo, la gran disparidad en la calidad de vida de los chilenos, un hecho que se ha acentuado de forma notable desde los días de mi niñez y juventud hasta hoy. Me sorprende siempre, y me produce mucho desasosiego, ver cómo ha disminuido una cierta austeridad que nos caracterizaba como país. Por citar un ejemplo, se ofrecen en el comercio (y se les hace propaganda en los periódicos) artículos de lujo de un costo inaudito, que supera ampliamente el salario mínimo que recibe una fracción importante de la población chilena.

Y si seguimos con los contrastes, al viajar por Chile se encuentran algunos lugares en que el nuestro parece un país desarrollado, junto a otras zonas del país en las cuales hay poblados que prácticamente no han cambiado ni han progresado en más de cien años, salvo la destrucción causada por los frecuentes terremotos que en la mayoría de los casos lleva a reemplazar las estructuras perdidas por otras igualmente precarias.

Pese a sus grandes contrastes económicos y sociales, la gran esperanza de Chile es llegar a ser un país desarrollado, como leemos expresado frecuentemente en la prensa por figuras relevantes del quehacer nacional. **Pienso que tenemos un país con un gran potencial y que la mayoría de los chilenos conforma un pueblo esforzado y trabajador, que tiene el mismo potencial de desarrollo que otros países del mundo que sí han logrado avanzar en forma significativa en su desarrollo en los últimos 20 a 30 años, como lo han hecho otros países relativamente pequeños como Finlandia, Irlanda y Nueva Zelanda. No obstante, si persisten las brechas sociales y no se producen cambios sustantivos en algunos aspectos clave, no veo posible que avancemos hacia el *status* de país desarrollado.**

104

Para empezar, es imperioso que los salarios de los chilenos sean más acordes con los de los países desarrollados, en los cuales un técnico calificado o un profesor de escuela primaria o secundaria son bastante mejor pagados y considerados de lo que son en nuestro país. Más aún, es importante que nuestros jóvenes perciban que si se esfuerzan y hacen un trabajo bien hecho, su labor será reconocida y tendrán acceso a remuneraciones adecuadas. Desafortunadamente, ocurre hoy en día en nuestro país que las amistades y las conexiones sociales suelen a veces pesar más que el talento a la hora de encontrar trabajo o acceder a promociones. El desaliento que produce esta nociva cultura del “pituto” en los jóvenes talentosos y esforzados y que están fuera de los círculos de influencia es algo que nos daña como país y que deberíamos cambiar desde ya si queremos progresar al nivel de país desarrollado.

Mucho se dice que Chile debe avanzar en forma rápida para evolucionar de un país productor y exportador de materias primas a un país que genere y exporte productos con valor agregado, como lo han hecho recientemente algunos países europeos y asiáticos. Esta transformación, a mi parecer, requiere por una parte un aumento significativo en los niveles de educación de todos los habitantes del país, para que todos ellos se integren y participen del cambio cultural que implica transformarse en un país innovador, y por otra, un desarrollo sostenido de la investigación en todos sus ámbitos. Por lo tanto, desde mi perspectiva como científica que trabaja en las ciencias naturales, pienso que hay dos áreas en las cuales Chile debe avanzar en forma urgente. La primera es la educación, un área en la que todo el país concuerda que hay que mejorar en forma urgente. Mucho se ha escrito sobre este tema y se han propuesto diversas soluciones. Yo pienso que mejorar la educación en Chile pasa por tener

profesores capacitados y bien remunerados, que puedan trabajar en condiciones dignas. Nuestros profesores deberían ser altamente valorados por la sociedad en su conjunto, como sí ocurre en algunos países desarrollados en que tienen un alto *status* social como corresponde a un grupo que tiene en sus manos el desafío de formar las futuras generaciones del país.

La segunda área que requiere cambios urgentes es la que engloba ciencia, tecnología e innovación. Una característica transversal de los países desarrollados es la alta calidad de la investigación científica básica y aplicada que en ellos se lleva a cabo, que al ser apoyada en forma conjunta por el Estado y el sector privado permite grandes avances tecnológicos y despegues notables en innovación. Sin temor a equivocarme, afirmo que no hay país desarrollado que no invierta en forma significativa en ciencia y tecnología. Si analizamos la situación chilena actual, podemos constatar que Chile tiene excelentes científicos, pues hacen aportes a la generación del conocimiento universal que son reconocidos por sus pares a nivel internacional. Si nos comparamos con los otros países de América Latina, las publicaciones de los científicos chilenos son las más reconocidas de la región por sus pares en el mundo, pues son las que reciben más citaciones en la literatura científica. Hemos tenido una tradición como país de un quehacer científico riguroso que nos ha ganado respeto internacional, con grandes maestros que han sabido inspirar a sus discípulos para que avancen cada vez más lejos. No ha sido un camino fácil, pero podemos constatar que hemos avanzado y seguimos avanzando en la calidad de la ciencia que se genera en Chile y en la formación de nuevos investigadores de excelente nivel. Sin embargo, el gran problema que enfrentamos es que la comunidad científica chilena es muy pequeña. Necesitamos muchos más científicos para poder diversificar las áreas de investigación actuales y cubrir el amplio espectro que va desde la investigación más básica a la más aplicada, y también para formar adecuadamente los tecnólogos de alto nivel que el país requiere.

El desarrollo del área de la ciencia, la tecnología y la innovación, así como el de la educación, requiere no sólo un gran compromiso del país sino también tener confianza en sus investigadores y educadores. Es preciso aumentar la inversión en forma significativa y comprometer seriamente al sector privado en la realización de investigación de frontera si queremos avanzar en nuestro desarrollo y transformar este crecimiento en un proyecto país que permita que desarrollen su talento en Chile todos los jóvenes talentosos que tenemos y que quieren hacer investigación, ya sea en ciencia básica o aplicada. El gran desafío, entonces, es generar las condiciones para poder transformar a Chile en un país donde se valore el talento, el trabajo bien

hecho y la pasión por el quehacer científico en todas sus facetas. Mucho se habla de lo importante que es la generación de conocimiento para el desarrollo de un país. Pero a pesar de eso, seguimos estancados con un financiamiento para ciencia del 0,4% del PIB, que representa sólo un 10-20% de lo que invierten los países desarrollados.

Un compromiso serio del país con sus científicos permitiría el retorno a Chile de una gran parte de los investigadores que hoy trabajan fuera de Chile, y que harían un aporte valiosísimo a la ciencia chilena. Es notable constatar cómo los chilenos quieren volver a trabajar en Chile, lo que probablemente indica que éste es un país atractivo, donde se puede trabajar en forma creativa y contribuir al avance del país. En mi caso personal, nunca me he arrepentido de regresar, pues aunque es probable que hubiera generado más publicaciones si me hubiera radicado definitivamente en Estados Unidos, no tendría la gran satisfacción personal de haber contribuido a la formación de muchos jóvenes que luego se han dedicado con gran pasión a la investigación.

Un compromiso con el desarrollo de la ciencia requiere, además, dotar al país del equipamiento necesario para hacer investigación de frontera. Hace muchos años, desde 1989 en que Conicyt financió la adquisición de equipo mayor a través de un llamado a concurso nacional, que no se ha financiado la adquisición del equipamiento requerido para trabajar en condiciones de país desarrollado.

Sería una lástima que en este Bicentenario que hoy celebramos se perdiera la gran oportunidad de impulsar la ciencia chilena a los niveles que sí podríamos alcanzar como país pues, como ya lo he mencionado, no es talento lo que nos falta, esto lo demuestra el gran éxito que tienen los científicos chilenos que trabajan en el exterior. Muchas veces me he preguntado cuáles son las razones por las que Chile no ha apoyado a sus científicos como lo hace actualmente Brasil, por ejemplo. No tengo una respuesta única, pues pienso que han incidido varios factores. Probablemente el más importante es el desconocimiento, tanto del Estado como del sector privado, de lo que realmente hacemos los científicos chilenos. Aunque espero estar equivocada, podría influir también una errada percepción de la calidad de la ciencia chilena, tras una idea inexpresada –y profundamente errada– de que si los científicos han optado por trabajar en el país es porque no son lo suficientemente buenos como para hacerlo en los países desarrollados. Conozco muchos excelentes científicos chilenos que han optado por volver al país pese a tener grandes ofertas de trabajo en el extranjero, y a otro gran número que desea volver a Chile y que lo hará sin duda si se les ofrecen las condiciones para hacerlo.

Para concluir –y tratar de responder la pregunta inicial de “¿por qué Chile es Chile?”– pienso que el país de enormes contrastes económicos y sociales que tenemos actualmente se ha formado en gran parte debido a la falta de políticas, como las que he planteado en este breve artículo, que han limitado seriamente el avance de Chile hacia su desarrollo. Sin embargo, **quiero plantear una visión optimista para los próximos 100 años: me imagino un país que valora cada vez más a sus profesores, sus artistas y sus científicos, y a todos aquellos quienes realizan trabajos creativos. Un país que aumenta cada día el respeto y la preocupación por todos sus habitantes y su privilegiada naturaleza, que educa bien a todos sus niños y jóvenes, que cuida su medio ambiente y que se aleja del consumismo y la frivolidad para centrarse en los valores centrales del ser humano, la bondad, la belleza y la solidaridad. Así nos acercaremos a ser la copia feliz del edén que proclama la primera estrofa de nuestra canción nacional.** ^{ch}

¿POR QUÉ CHI

CRISTIAN VALDÉS

PREMIO NACIONAL DE ARQUITECTURA

CRISTIAN VALDÉS EGUIGUREN

Arquitecto de la Universidad Católica de Valparaíso (1962). Cuenta con una trayectoria de más de 40 años como profesional que lo hizo merecedor del Premio Nacional de Arquitectura en 2008. Su obra arquitectónica está además marcada por los trabajos que realizó desde joven en la fábrica de muebles familiar. En 1977 se convirtió en el creador de una de las sillas más emblemáticas del diseño nacional "el sillón Valdés". Reconoce como su principal inspirador a Le Corbusier y se destaca por la austeridad, liviandad y mirada independiente que refleja en sus proyectos, dedicándose, principalmente, a proyectar viviendas y diseño de muebles. Su legado se reúne en el libro *La medida de la arquitectura*, el cual se publicó junto con la exposición de su obra en la galería Animal (2008). Entre sus principales obras destacan: Casa Alberto Valdés (1963); Escuela y Casas en Longotoma (1963); Casas Campesinas de la C.O.R.A (1968); Casa Urrejola (1972); Casa en Santo Domingo (1983); Casa en Pirque (1990), seleccionada para la VIII Bienal de Arquitectura en Santiago; Fábrica de Muebles Valdés (1992); Casa Santuario del Valle (2001) y Casa Lefort (2007).

¿QUÉ ES CHILE?

L

a pregunta es: qué es Chile.

Para mí esto se representa en cómo se percibe el país en lo que uno hace, y también en cómo se percibe lo que uno hace cuando se está en otro lugar, por ejemplo, una ciudad de Europa. En lo primero está el problema de información en relación a los medios para hacer algo. Al mirar desde otro lugar lo que uno hace, aparece una medida de lo propio que no se tiene si no se sale de Chile.

Hace 30 años tuve una experiencia al tratar de hacer una silla a partir de la tecnología de una raqueta de tenis de madera, que era la que se ocupaba en ese tiempo. Era un trabajo de madera laminada. Parecía una buena idea, especialmente para lo que pretendía, que era disminuir el consumo de madera en los muebles tradicionales.

Al comenzar esta experiencia hice unos ensayos fabricando unos arcos de madera de 50 cm. de diámetro para probar materiales, métodos de prensado y resistencia. Hice tres o cuatro de estos arcos ensayando espesores de láminas de madera y diferentes pegamentos. Al final de cada una de estas pruebas cuando estaban secos los sometía a una prueba de resistencia a la tracción, ejerciendo una tracción desde cada extremo de los arcos hasta que estos o se quebraban o se abrían las láminas en la zona central del arco.

Como las estructuras no resistían bien estas pruebas, y aburrido de estos fracasos, decidí aprovechar las pruebas realizadas, dibujando un modelo, buscando una solución para los puntos de ruptura. La solución consistió en abrir un espacio entre las láminas en la zonas de mayor esfuerzo estructural usando el concepto de resistencia a la flexión de una viga, en que a mayor altura de la sección aumenta la resistencia, los esfuerzos se concentran en las fibras exteriores y el centro no trabaja. De esta experiencia surge el modelo de silla laminada que se conoce hasta hoy.

¿Qué quiero decir con esto? Que lo propio y también lo nuevo de estos modelos de sillas son los huecos y refuerzos insertados de maderas sólidas entre las laminaciones, es decir, lo que surgió de la dificultad que tuve en el proceso de fabricación que fueron determinantes de la forma final, del diseño.

La pregunta es porqué hacía esto y no recurría al conocimiento de otros que ya habían experimentado con estos materiales, como los fabricantes de raquetas de tenis en otras partes del mundo. No tenía cómo. Los métodos de fabricación de productos industrializados no se hacen públicos, son procesos que se cuidan en cada empresa, cosa que años después comprobé personalmente al asistir a una fábrica en Italia donde hicieron ensayos de mis estructuras de madera laminada para una producción local encargada por un fabricante de muebles italiano que tenía un mercado para sus productos en Europa y Estados Unidos. A él no lo dejaron entrar a los talleres por ser de la competencia. Hay que acordarse que no existía internet y no se fabricaban muebles laminados en Chile en 1976.

Si yo hubiera vivido en Finlandia, Estados Unidos, Suecia, Alemania o Italia, donde hay una historia sobre laminaciones, nada de esto hubiera sido así y no existiría esta silla, por lo que yo la considero un producto propiamente chileno. **Considero como una cosa propia que el ser chileno siempre va estar acompañado de una dificultad mayor por su distancia con otros países y relativa inmovilidad y pasividad frente al acontecer de los países desarrollados. Pero junto a esto también la conciencia de que “aquí hay que arreglárselas como se pueda”, y que eso da pie a procesos que pueden ser nuevos.**

El otro aspecto de qué es Chile es cómo se ven las cosas de lejos. Mi experiencia en este mismo tema la tuve en la Feria de Milán en 1985. Habían pasado ocho años del diseño de estos muebles. En Santiago aún no se vendían, sólo mis amigos arquitectos los consideraban en sus obras, ocasionalmente. Los consideraban extraños, difíciles de combinar con otras cosas, por eso tuve que hacer una familia de muebles con el mismo sistema. Mi trabajo es la arquitectura, los muebles era una experiencia ocasional, pero tuve la oportunidad de viajar a Europa después de 30 años y asistir a esta feria en parte ayudado por Sercotec.

En un stand de la feria estaban mis muebles expuestos junto a otros de una firma de prestigio en la sección diseño que estaba interesado en ver la posibilidad de producirlos en Italia. Al verlos ahí, y habiendo recorrido la feria, tuve la sensación de algo extraño y antiguo frente al carácter minimalista del momento. Es cierto que las revistas y publicaciones de la época siempre están anunciando el acontecer en todo orden de cosas, pero una cosa es ver una imagen en una revista y otra es estar frente a ella y percibir el ambiente las tendencias, la actualidad. Yo hubiera creído que se podía

vivir en una especie de simultaneidad en el mundo creativo y artístico, pero no es así; los lugares son determinantes y no se puede sentir lo mismo sin haber estado en los lugares que de alguna manera pesan como centro del encuentro y la actividad.

No es que las cosas sean por eso mejores o peores, pero sí son distintas, y con el tiempo se sabrá cuáles subsisten y cuáles no. Pero si se parte de una experiencia personal, lo que se haga queda determinado por el lugar en que se está.

En la arquitectura, si la obra que se realiza tiene un origen propio, que es partir de una experiencia y que ésta genere un pensamiento, va a recibir el efecto de todos los aspectos mencionados: distancia, aislamiento en cuanto a confrontación con el medio arquitectónico actual y del pasado, y todo esto va a producir como resultado su particularidad. Ésta, como una cosa chilena. Si esto no sucede quiere decir que la obra es solamente una imitación, algo que no es propio. ^{ch}

¿POR QUÉ CHI

MIGUEL

KIWI

PREMIO NACIONAL
DE CIENCIAS EXACTAS

112

MIGUEL KIWI TICHAUER

Ingeniero Civil Mecánico de la Universidad Técnica Federico Santa María. Recibió el Premio Nacional de Ciencias Exactas en 2007.

En 1967 obtuvo un doctorado en la Universidad de Virginia. Además, ha sido reconocido con la beca Guggenheim y el Premio de la Crítica por la exposición Estética en las Ciencias. Su trayectoria, de más de 40 años, incluye labores como director del Departamento de Física de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile; docente en el Departamento de Física de la Pontificia Universidad Católica de Chile; presidente de la Sociedad Chilena de Física y miembro de la American Physical Society.

Destaca por su labor en el desarrollo de la física, la formación docente en el área de la materia condensada. Una de las investigaciones más importantes que ha desarrollado se refiere al fenómeno Exchange-bias, que consiste en la generación de una dirección privilegiada para el ordenamiento magnético (denominada anisotropía unidireccional), como consecuencia del contacto entre un metal ferromagnético y un aislador antiferromagnético.

Cuenta con múltiples trabajos reconocidos en Chile y en Latinoamérica, mucho de los cuales van más allá de la física.

¿CHILE ES CHILE?

S

etenta y cinco años atrás mis padres llegaron a Chile, huyendo del infierno nazi, buscando rehacer aquí sus vidas. Si bien debieron enfrentar una cultura y un idioma diferente, se encontraron con un país acogedor y que ofrecía grandes oportunidades. Como parte de la primera generación de la familia nacida en Chile, y frente a un país que ha evolucionado significativamente, siento que hoy, al igual que ayer a la llegada de mis padres, Chile enfrenta grandes desafíos y tiene abiertas atractivas oportunidades. Distintas, más demandantes y más complejas que hace 75 años, pero muy atractivas.

El mundo se ha vuelto más competitivo en estos tres cuartos de siglo y Chile, como parte de la aldea global que surgió de los desarrollos generados por la ciencia y la tecnología, no es ajeno a esta revolución sociocultural. También nuestra vida diaria se ha vuelto más competitiva. Y ello se manifiesta permanentemente en todos los ámbitos: en el deporte, en el empleo, en el *rating* a que todo es sometido. Y, qué duda cabe, esta permanente competitividad ha llegado para quedarse.

Cabe entonces preguntarse si estamos sintonizados con esta nueva realidad, pues si bien somos un país rico en recursos naturales y con parajes maravillosos, el mundo competitivo en que estamos insertos nos recuerda constantemente que el bienestar y el desarrollo requieren de algo más, que no basta con el mismo esfuerzo que hemos hecho hasta ahora, que debemos considerar elementos adicionales. Durante las últimas décadas la educación pasó de ser el privilegio de una minoría a ser una demanda de la mayoría. El porcentaje de alfabetización, el acceso a la enseñanza primaria, media y universitaria han mostrado un incremento muy sustancial. Lamentablemente este proceso de masificación estuvo acompañado por un menor *status* social del profesorado, un consiguiente deterioro de su compensación económica y una menor calidad promedio del proceso educativo. Si bien unas cuantas instituciones de enseñanza (primaria, media y universitaria) mantienen un *standard* mínimo de competitividad a

nivel internacional, puestas en este contexto global la mayoría muestra serias falencias. Nos encontramos entonces frente a una disyuntiva, una bifurcación en el camino. ¿Queremos seguir por la ruta de un país productor de materias primas y/o productos con poco valor agregado o intentamos incorporarnos al competitivo mundo del siglo XXI? Ambas alternativas son legítimas, pero implican necesariamente decidirse por una u otra. Debemos por lo tanto entender los costos y beneficios de ambas opciones.

La primera alternativa lleva aparejada una sociedad con grandes diferencias socioeconómicas, con todas las implicaciones que ello trae consigo. No necesariamente 46 veces más ingresos que el 10% de mayores recursos en relación al 10% más desposeído, que hoy enfrentamos, pero sí diferencias sustanciales en recursos, acceso a la educación, a la salud y a la calidad de vida, entre los diversos sectores que componen la sociedad.

Por el contrario, si decidimos incorporarnos al demandante mundo tecnologizado también pagamos un costo: tenemos que emprender de inmediato una política de Estado en que la educación, la ciencia, la tecnología y la innovación sean prioritarias. No la prioridad de un gobierno de cuatro años, sino las metas que se propone la Nación organizada (el Estado), con un horizonte de 20 o 30 años. Significa hacer un esfuerzo enorme, con el consiguiente gasto (en rigor, la consiguiente inversión) en educación. Lograr que la docencia tenga el mismo *status* social que las profesiones más reconocidas (como médicos, abogados, ingenieros) y, ciertamente, remuneraciones similares, pues el reconocimiento de una labor se refleja sin ambigüedad en su remuneración. Significa también exigencias de calidad para el profesorado y nada de autocomplacencia con los logros de los estudiantes. Significa, como mínimo, quintuplicar la inversión en ciencia y tecnología (de los magros \$40.000 de hoy a \$200.000 por habitante al año, muy lejos todavía del millón que invierten los países más tecnologizados). Significa 20 o 30 años de esfuerzos y sacrificios como Nación, antes de cosechar.

Es cierto que, sin destinar grandes recursos, hemos logrado un nivel decoroso en las artes y las ciencias. Ello nos llena de un justo orgullo. Pero el mundo se ha vuelto

más competitivo. No basta hoy en día mantener el nivel ya que muchos avanzan más rápido. Incluso países sin ventajas comparativas muestran un desarrollo acelerado y exhiben logros impresionantes. En consecuencia, hoy no podemos eludir la decisión entre mantener el tranco y acelerar el paso sustancialmente. **En la naturaleza un puma sabe que cada día tendrá que aguzar su astucia y despegar toda su energía si quiere conseguir su alimento. Y también las ovejas del rebaño saben que tienen que correr rápido si quieren sobrevivir al puma. Al igual nosotros, como país, tenemos que correr rápido y aguzar nuestra astucia para prevalecer. Esta es la encrucijada que enfrentamos al celebrar el Bicentenario de esta patria de tantas oportunidades y de naturaleza tan privilegiada.** Durante el último tiempo la sociedad toda parece haberse percatado que urge decidir por qué camino queremos transitar. La prensa día a día pone estos temas en el tapete, los diversos Ministerios esbozan planes, surgen loables iniciativas como Educación 2010, etc. En 2110, cuando Chile celebre el Tricentenario, la sociedad que exista entonces estará determinada por la forma que nosotros enfrentemos el reto. Dependerá de si nos decidimos a dar el salto ahora o si escabullimos nuestra responsabilidad histórica de incorporar a Chile al desarrollo. Pero, hagamos lo que hagamos, ya sea por acción o por omisión, estaremos dando pasos determinantes en la construcción del Chile que nos atrevamos a soñar. Y sólo si nos atrevemos a soñar en grande podremos alcanzar logros grandes. ^{ch}

“POR EL ROJO DE SUS COPIHUES”

JOSEFINA, 8 AÑOS

116

Nombre: Sofía Acuña Troncoso
Título: Un Rodeo por Chile
Edad: 11 años
Técnica: Témpera
Escuela Artística: Liceo Experimental Artístico
(Sede Barroso)
Región/Ciudad: Santiago





“POR NUESTRA FÉRTIL Y ABUNDANTE VEGETACIÓN”

121

BENJAMÍN, 13 AÑOS

Nombres: Javiera Valentina Espinosa Saavedra e Ignacio Eduardo Espinoza Saavedra

Título: La Cosecha

Edad: 1 ero Medio y 7 básico

Técnica: Mixta

Reseña: Nuestra región es reconocida por su riqueza en la agricultura, es parte de nuestra identidad, nosotros crecemos con la bendición de la abundancia, pues la tierra nos entrega lo que nosotros le pedimos.

Escuela Artística: Liceo de Cultura y difusión Artística, Talca

Región/Ciudad: Talca/ Maule

¿POR QUÉ CHI

PEDRO

LABARCA

PREMIO NACIONAL
DE CIENCIAS NATURALES

122

PEDRO LABARCA PRADO

Licenciado en Ciencias de la Universidad de Chile y doctor en Biofísica de la Universidad de Brandeis. Recibió el Premio Nacional de Ciencias Naturales en 2004.

En su carrera docente ha trabajado como profesor visitante en la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Católica (1985-86), profesor asistente en el Departamento de Fisiología y Anestesiología en Duke University Medical School (1986-89) y como profesor asociado de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile (1990-2000).

Desde 1987 es parte del grupo de investigadores del Centro de Estudios Científicos (CECS) en Valdivia donde ha centrado su trabajo de investigación en comunidades de organismos extremófilos que habitan en glaciares temperados y salares del altiplano.

Entre sus principales contribuciones científicas destacan el desarrollo del primer análisis de las vías de reciclamiento de las vesículas secretoras en los terminales sinápticos y el modelamiento matemático de esas vías. También descifró la forma en que operan los mecanismos inhibitorios por agentes odorantes en las neuronas olfatorias, entre otros estudios.

¿CHILE ES CHILE?

Diviso desde un mirador imaginario un Chile que hace ya ciento sesenta millones de años está casi hecho y derecho. Cuelga de la cornisa de un supercontinente. No hay todavía por estos siglos lejanísimos sospechas del hombre sobre la tierra. Sin embargo, como hoy día, el movimiento de poderosas placas tectónicas continúa trabajando el mundo, separando y congregando continentes. Cien millones de años más tarde, Sudamérica se ha separado para formar una gran isla que mas tarde se unirá a través de un ombligo a Norteamérica. Luego, cataclismos inimaginables vapulearon la tierra americana para dar origen a la cordillera de Los Andes. Esta muralla formidable separaría a Chile del resto de América a lo largo de casi toda su extensión.

También, a lo largo de millones de años, la tierra experimentará cambios climáticos, donde se suceden períodos gélidos con períodos templados. Estos cambios afectan la vegetación y la fauna de manera considerable y causan en todo el planeta extinciones que son sucedidas por la aparición de nuevos seres vivos. Una de esas apariciones, una verdadera emergencia de características y consecuencias insospechadas, comienza a perfilarse hace tres millones de años en África para culminar, apenas doscientos mil años atrás, con la aparición del *homo sapiens* moderno, un ser vivo cuyas características no tienen precedentes. Se trata de una emergencia biológica inédita, cuya presencia cambiará radicalmente la faz de la tierra. Pero el *homo sapiens* representa no solamente una emergencia biológica. Será también un alma peregrina que terminará por esparcirse sobre la tierra, hasta ocupar todos los continentes.

Hace quizás unos cincuenta mil años, los primeros hombre errantes pusieron sus pies sobre el lomo de América y luego se expandieron hasta poblar regiones meridionales tan alejadas como el Cabo de Hornos. De esta primera oleada de colonizadores de la edad de piedra, dominadores del fuego, constructores de herramientas, armados de lanzas y arcos, diseñadores de canoas capaces de navegar ríos, lagos y mares, poseedores de bellas y ricas culturas, que incluían visiones del cosmos, de la vida y de la muerte, se derivaron los primeros chilenos. Llegaron a poblar un territorio de variados climas y paisajes, bañado por un mar generoso y atravesado por duros desiertos que escondían

riquezas que estos primeros chilenos de la edad de piedra ni siquiera podían sospechar. Era un territorio inmaculado, de altas montañas y bendecido por valles promisorios, poblado de amplias superficies de bosques impenetrables.

Muchos siglos después, en el año 1540, otras almas errantes procedentes de España entraron a Chile. Procedían de un poderoso imperio que dominaba con destreza la navegación, la metalurgia, la minería y la agricultura. Eran diestros guerreros. Conocían la rueda, se movilizaban a caballo, portaban mortales armas de fuego y protegían sus cuerpos con pesadas armaduras. El encuentro entre los habitantes de Chile y los conquistadores pronto encendió una cruel guerra que duraría siglos y que sólo terminaría hacia la mitad del siglo XIX, cuando Chile era ya una república independiente y el imperio español se encontraba en plena decadencia.

Cambiamos ahora la dirección de la mirada. Sólo tres años después de la entrada de los conquistadores españoles a Chile, la publicación de la obra de Nicolás Copérnico *De Revolutionibus Orbium Caelestium* (Sobre el movimiento de las esferas celestiales) da origen a la ciencia moderna, principiando una revolución cuyo desarrollo en los siglos venideros procederá cada vez más rápido, para modificar la cultura, las relaciones de poder entre las naciones y hasta la misma biósfera. De estos sucesos extraordinarios, España y sus colonias permanecerán prácticamente ajenos. Un cisma cultural, un verdadero cataclismo irá apartando la cultura hispánica de otras culturas europeas. En el firmamento científico europeo, asoman, además de Copérnico, Paracelso, Bruno, Vesalio y el fisiólogo español Servet. Es también el siglo de Lutero, Calvino y Tomás Moro.

El siglo XVII es el Siglo de Oro español. Relucen Murillo, Velázquez, Góngora, Cervantes, Quevedo, Lope de Vega, Calderón de la Barca... En Europa Kepler, Galilei, Newton, Descartes, Leibniz, Pascal y Torricelli, entre otros, confirman que el remezón cultural iniciado por Copérnico va tomando características de terremoto. El siglo siguiente no es menos asombroso en avances científicos y sólo una somera inspección del desarrollo

de las matemáticas arroja nombres de la categoría de Bernoulli, Gauss, Lagrange y Laplace. También se ha visto el inicio de una nueva era la “era industrial”. A fines del siglo XVIII publica Adam Smith el *Ensayo sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, abriendo otra grieta entre la cultura hispánica y la modernidad. En el siglo XIX la explosión científica y tecnológica es de tal magnitud que llenaría varias páginas mencionar nombres, progresos, descubrimientos, inventos y las consecuencias anexas que se contemplaron. En el siglo XX el desarrollo del conocimiento y de sus aplicaciones será asombroso. Hacia sus finales, circula el anuncio del nacimiento de una nueva era, la “era del conocimiento”.

En Chile, hasta el siglo XVIII, el panorama científico sólo pareciera verse alumbrado por expediciones europeas, especialmente españolas, dirigidas a sondear el panorama geográfico y a husmear riquezas mineras y botánicas. Menciono sólo una, la de Ruiz y Pavón, durante la cual se bautizó con el nombre de “Lapageria rosea” al colcopíu, copíu o copihue. Pero hay una excepción gigantesca. El día 24 de Julio de 1740 nace en la hacienda de Huaraculén, en territorio maulino, Juan Ignacio Molina, el abate Molina. De educación y vocación jesuítica fue, todavía muy joven, expulsado del reino, junto a otros ochenta y dos colegas, por orden de Carlos III. Se avecinó en Italia, en Bologna, donde murió. El abate Molina es, fácilmente, el más grande sabio que ha dado Chile, y su primer científico. Apologista apasionado de su patria, a la cual nunca pudo regresar, autor, entre otras obras, del magnífico *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile*, predecesor de Darwin, amenazado en su vejez por la inquisición (como Galilei), fue un relámpago fortuito y maravilloso, bastante ignorado entonces y hoy por el chileno en general.

Ya tenemos República. Temprano, inspirado por la necesidad de conocer el territorio y las riquezas de la patria y de avanzar en la educación de profesionales, el Gobierno comenzó a contratar los servicios de científicos europeos. Entre ellos destaca el francés Claudio Gay, llegado en 1828, que recorrió Chile de norte a sur durante diez

años. Funda la Quinta Normal de la Agricultura, que en 1876 recibirá el nombre de Escuela de Agronomía, la que más tarde se integrará a la Universidad de Chile. En el año treinta hay novedades: nace Ramón Picarte, considerado el primer matemático chileno. En 1838, hacia fines del decenio de Prieto, se avecina en La Serena el sabio polaco Ignacio Domeyko para realizar educación en mineralogía. Con el apoyo del gobierno, Domeyko envía estudiantes aventajados a prepararse a Europa, lo que es por cierto una novedad. El año 1842 se funda la Universidad de Chile, que incluye facultades de medicina e ingeniería. Se perfila desde entonces un desarrollo científico dirigido esencialmente a la educación.

Hasta bien pasada la mitad del siglo XIX la economía chilena basa su prosperidad en las exportaciones a Europa y Norteamérica, esencialmente de trigo, plata y cobre. Como es sabido, estos mismos componentes han aportado por largos siglos a nuestro sustento. A mediados de siglo los límites de la patria no han sido aún definidos. Urge enterarse de las riquezas que contiene la región de Atacama, que está en disputa. En esta vena, el Gobierno chileno le encomienda en 1853 al sabio de origen alemán Rodolfo Amando Philippi una exploración científica. Philippi, habiloso, liberal de corazón y poseedor una formación científica de calidad, había llegado a Chile en 1851 y luego fue nombrado director del Museo de Historia Natural. Su exploración del desierto de Atacama, realizada con paupérrimos recursos y con el escaso instrumental científico que pudo coleccionar, fue de enorme importancia para Chile. Philippi comprueba en su travesía el inmenso potencial económico de la zona y colecciona además preciosa información biológica. La experiencia y los resultados obtenidos se relatan en el espléndido libro *Viaje al Desierto de Atacama*.

Pero a principios de la década de 1870 se descarga una crisis mundial, el precio del cobre y el trigo se desploman y la economía chilena sufre una catástrofe. Diez años después, como resultado de la guerra del Pacífico, Chile ha extendido su territorio hacia el norte y es dueño de una zona rica en salitre, además de plata, cobre y guano. El controversial

salitre, usado en todo el mundo como fertilizante y en la fabricación de explosivos, sustenta en gran medida nuestra prosperidad hasta entrado el siglo XX. Algunos se refieren a estos años como la *belle époque* de Chile. Lamentablemente, la *belle époque* chilena será descalabrada de un plumazo por dos científicos alemanes: Fritz Haber y Carl Bosch. El salitre es un fertilizante que provee a las plantas de nitrógeno, que es elemento esencial para la vida. También es un compuesto utilizado en la fabricación de explosivos. A principios del siglo veinte se sabe que es factible sintetizar amonio a partir de nitrógeno e hidrógeno para ser usado directamente como fertilizante o para generar derivados utilizables en la agricultura y en la industria de explosivos. En 1913, pocos años después de las encendidas celebraciones del Centenario de la República, y como resultado del trabajo de Haber y Bosch, se estableció en Alemania la primera planta industrial para producir amoníaco, iniciando el comienzo del fin de la época de oro del salitre. Este suceso ocasionará un colapso más que mayúsculo en la economía chilena. Tal vez sobre decir que Haber, en 1918, y Bosch, en 1931, fueron distinguidos con el Premio Nobel. El caso del salitre fue un anuncio claro y aún vigente del enorme potencial del conocimiento científico.

Hacia fines del siglo XIX la ciencia en Chile sólo ha experimentado un estado larvario de desarrollo. La actividad científica moderna comienza a observarse a partir de 1930, esencialmente en la Universidad de Chile, en la Católica y en la Universidad de Concepción. Es una ciencia impulsada por la llegada de algunos investigadores extranjeros, por la vocación de algunos profesionales heroicos y por la necesidad de mejorar de manera sustantiva la preparación científica en las aulas universitarias. Es una actividad difícil de llevar a cabo e incomprendida. No es raro. Por ejemplo, el gran Unamuno en una carta a Ortega y Gasset ha afirmado:

“Yo me voy sintiendo profundamente antieuropeo. ¿Que ellos inventan cosas?, invéntenlas”. A lo largo de la primera mitad del siglo veinte los científicos chilenos, refugiados en sus “torres de marfil” libran dura batalla. Se duda de su capacidad y de la utilidad de

su trabajo. Se les pregunta: “¿Para que sirve lo que hacen?” Ellos se defienden con otra pregunta: “¿Para qué sirve “Alturas de Machu Picchu”?”

A pesar de la evidencia aplastante, por esos años en nuestro país se percibe a la investigación científica como una actividad más cercana a la creación artística y al “espíritu”. Pero, vaya, en Chile el conocimiento científico de algo está sirviendo. Gracias a él se forman excelentes profesionales, lo que le permite al país, entre otras cosas, mejorar sustancialmente sus servicios de salud, desarrollar obras públicas o incorporar temprano al país el empleo de las computadoras. Son hechos del pasado cuyos efectos se notan hoy día. Pero en comparación con el gigante americano o con Europa, donde el conocimiento científico aplicado se ha constituido en un ejercicio que genera riqueza contante y sonante, en Chile la ciencia todavía no alcanza un grado de intensidad suficiente.

A partir de los años 60 del siglo pasado comienza una etapa de impulso en la ciencia. Se crea Conicyt, surgen facultades de ciencia dedicadas a la investigación y a la formación de nuevos científicos. Jóvenes científicos chilenos viajan a mejorar su formación al extranjero y regresan al país. Se observa un “mini boom” y existe ya creación científica de alto nivel. Luego, como resultado de la catástrofe institucional de 1973 las universidades pierden una parte considerable de sus mejores científicos. Se trata de un verdadero desastre que retarda un despegue que se intuía venir. Pero la vida sigue y en 1981, con la creación de Fondecyt, se da un relevante impulso a la investigación científica y se comienza a recuperar parte importante del capital humano que se perdió en la reyerta.

Pronto llega otro siglo. Comenzamos a constatar el mucho esplendor natural que hemos destruido en siglos de explotar la tierra con más empeño que inteligencia. En relación con esto se me viene a la memoria el relato premonitorio del ingeniero belga Verniory, que trabajó en la construcción del ferrocarril al Sur afines del siglo XIX: “Lloro interiormente al atravesar la ex selva virgen a sesenta kilómetros por hora (...)

Se ha procedido al roce en todas partes. Es una devastación funesta que hará pronto que la Araucanía, antes tan exuberante, tome el aspecto desnudo y desolado de Chile central”.

Vuelvo a mirar a Chile y compruebo que todavía lo que sacamos de la tierra es nuestro principal sustento. Pero pienso también que ahora se puede albergar mucho más que mucha esperanza. Se percibe actualmente con más fuerza que nunca la necesidad de que el conocimiento científico entre por fin a nuestras plantaciones, a los bosques, a los viñedos, a los criaderos de salmones. Encuentro en las minas laboratorios donde se mide y se calcula. La investigación está abriendo sus puertas al mundo y la ciencia comienza a salir a la calle. Hay investigación en universidades privadas, hay nuevos institutos científicos, más jóvenes en las universidades y más científicos que nunca antes. ¿Será entonces el siglo XXI el siglo de Chile? ¿Nos darán en este siglo nuevo los jóvenes científicos que están recién comenzando su camino un Premio Nobel? ¿Lograremos usar el conocimiento para poner inteligencia en la belleza de este país tan bello que nos toca como patria, para hacerlo mas próspero y mas digno? ¿Llegaremos a ser actores de esta nueva era de la humanidad? Qué tal si lo intentamos... ^{ch}

¿POR QUÉ CHI

OLIVIA

MÖNCKEBERG

PREMIO NACIONAL
DE PERIODISMO

130

MARÍA OLIVIA MÖNCKEBERG PARDO

Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile y profesora titular de la Universidad de Chile desde 2007. Se ha especializado en el periodismo de investigación. The Nieman Foundation de la Universidad de Harvard (EEUU) le otorgó el Premio Internacional de Periodismo Louis Lyon en 1984. Recibió el Premio Nacional de Periodismo en 2009.

Su carrera profesional se inicia en 1971 en la revista *Debate universitario* de la Pontificia Universidad Católica. Posteriormente, entre 1973 y 1977, trabajó en la revista *Ercilla*.

En 1977 fue una de las fundadoras de la revista *Hoy*, siendo editora de la sección "Economía y Sociedad" hasta 1981, cuando se incorporó a la revista *Análisis* como editora general y, posteriormente, como subdirectora hasta 1987. Desde ese año y hasta marzo de 1990, trabajó en el diario *La Época*.

Fue editora general del diario *La Nación* y directora de Prensa de Radio Nacional (1992-1994). Entre 1994 y 1998 estuvo a cargo de las entrevistas políticas dominicales del diario *La Nación*.

Entre sus principales libros destacan: *Los Magnates de la Prensa* (2009), *La privatización de las universidades. Una historia de dinero, poder e influencias* (2005) y *El Imperio del Opus Dei en Chile* (2003).

¿QUÉ ES CHILE?

D

ifícil interrogante la que nos plantea esta convocatoria que podría tener muchas respuestas. ¿Desde dónde nos hacemos la pregunta? ¿Desde la historia? ¿La antropología? ¿La geografía? ¿La economía? ¿La cultura? ¿La educación? ¿La comunicación? ¿Desde lo que quisiéramos que fuera o lo que creemos que es? ¿Desde el recuerdo de la emoción de un gol en el Mundial o del terror ante el terremoto de febrero que marcaron el año del Bicentenario?

No es fácil hilar alguna respuesta coherente. No sólo por los varios Chiles que se perciben. Por aquello de la mezcla de paisajes, etnias y visiones que conforman este país. O las evidentes desigualdades.

¿Qué es Chile hoy después de dos siglos transcurridos desde su independencia? Un territorio, sí, largo y angosto como nos enseñaron desde muy pequeños en la casa y en el colegio. Una República que conquistó su independencia en 1810.

¿Y qué más? Resulta difícil decir por qué Chile es Chile hoy, dos siglos después, si casi no se advierte claramente qué es Chile. Un país de muchos rostros. De aborígenes y de inmigrantes con diferentes historias. De muchas brechas y movimientos telúricos. De muchos abismos y contrastes.

Un país donde se cultivan las artes y la ciencia, donde en números la escolaridad ha crecido en forma notable, pero la educación se levanta como uno de los problemas críticos. Donde las diferencias sociales y económicas que un niño tiene al nacer se acentúan, desde el jardín infantil a la universidad. De año en año. De prueba en prueba. Un país donde a ojos vista aumentan la riqueza y el lujo, y donde las estadísticas indican que ha vuelto a expandirse la pobreza. Donde unos pocos concentran cada día más poder económico y cientos de miles quieren seguir los ritmos del consumo de los más acaudalados, y se endeudan día a día para adquirir la última novedad que les ofrece el mercado.

Un país de consumidores más que de ciudadanos, dicen muchos. Un laboratorio de experimentos ideológicos, religiosos y políticos de muy diferente signo, para llegar a

ser hoy un conjunto de muchos Chiles que se divisan a lo lejos unos a otros. No obstante, esos distintos Chiles no se expresan ni comunican. O al menos no en forma fluida. Se hablan poco, lo imprescindible para subsistir, para producir, tal vez, los bienes y servicios que marcarán el crecimiento del producto nacional y de las exportaciones. Pero casi no se conectan para pensar, para reflexionar, para conversar. Pero todo eso no es casual. Aunque existían esperanzas de que las nuevas tecnologías y el advenimiento del mundo digital con todas sus innovaciones cambiaría en algo las cosas, el asunto sigue siendo complejo. Las barreras no se cruzan. Las miradas no se encuentran. Los verbos no se conjugan entre todos, ni las voces constituyen un coro.

Velos y cortinas

Uno de los factores determinantes en esa atomización que experimenta el país cuando conmemora su Bicentenario se relaciona con una situación que se ha hecho cada día más evidente: los medios de comunicación masiva –determinantes en la sociedad contemporánea– en Chile están en manos de un solo sector político y económico (salvo muy pocas excepciones): la derecha vinculada a grupos económicos y financieros. Una mirada a simple vista da cuenta de la monotonía de ellos: los mismos temas, similar forma de abordarlo, y esto con un periodismo que deja mucho que desear. Al analizar más en profundidad, se puede advertir que los medios masivos –prácticamente todos– apuntan en un sentido, responden a una sola ideología, la de ese mercado que quiere ser reforzado, la que dictan quienes tienen el poder.

El espíritu crítico y la pluralidad quedan de lado. Velos y cortinas dejan sin expresión a amplios sectores del país, que simplemente se hacen invisibles.

La limitada diversidad política, económica, social y cultural que reflejan los medios es notoria para cualquier observador al detenerse en las páginas de diarios o en los

espacios que ofrecen los canales de televisión. La escasa posibilidad de hacerse oír por parte de los diferentes grupos e incluso la discriminación frente a muchos de ellos son una característica del panorama actual, que se ha venido agudizando en los últimos años. Esto no sólo atenta contra la libertad de expresión y el acceso de la ciudadanía a la información en forma adecuada, veraz y oportuna, sino que afecta la capacidad de generar sentido de comunidad nacional. Contribuye a que Chile sea muchos Chiles fragmentados y atenta contra el sentido de comunidad nacional donde unos y otros puedan conocerse y reconocerse. Difícilmente, entonces, podrán identificarse como un país.

La concentración que viven los medios hoy impide el conocimiento de las diversas realidades y la configuración de un proyecto nacional que dé sentido a la República con perspectiva estratégica e inclusiva. En lugar de integrar a los ciudadanos y contribuir a generar identidad, la actual estructura de medios de comunicación es una barrera que se levanta contra los muchos habitantes de este país que son ignorados, olvidados, censurados o estigmatizados. Un factor de desunión de los chilenos, de desinformación y de aislamiento entre las personas que integran los diversos sectores socioeconómicos. Un elemento que potencia la estratificación social que se ha venido manifestando en forma creciente en las últimas décadas. Muchas realidades sólo se conocen cuando estallan como conflictos. Ha ocurrido con el histórico tratamiento medial de la situación en La Araucanía, con la “rebelión de los pingüinos” en 2006 o con el reciente malestar de los habitantes de Rapa Nui, por citar algunos casos.

Faltan espacios para la información sobre lo que realmente ocurre en este territorio. Faltan medios que, con ética y calidad profesional, entreguen versiones distintas a las de la prensa convencional ligada a grandes grupos económicos. Faltan escenarios donde pueda haber discusión de proyectos de largo aliento para el país, para la cultura y el desarrollo de las personas.

Construir identidad, tener sentido de comunidad desde diferentes miradas, requiere de esos canales y espacios para llevar esos procesos adelante.

134

Chiles divididos

La situación de los medios y las “cortinas” que se imponen son factores clave para la permanencia de la desigualdad y la desintegración social y política. Sólo se muestra una cara de Chile: la que interesa a los grupos que han logrado dominar no sólo con su poder económico sino también con su visión y su manera de imaginar el futuro del país.

La actual estructura de medios de comunicación contribuye así a perpetuar y agudizar la existencia de “Chiles” incomunicados y aislados. Sin espacios públicos para compartir realidades y sueños es imposible construir país. Entre los riesgos evidentes de una situación así está el debilitamiento de la democracia y la agudización de la desigualdad y de la estratificación social y económica. Y a la corta o a la larga eso no será positivo para nadie.

El análisis de la situación actual nos lleva a pensar que el control de los medios de comunicación sumado a la primacía del mercado y del individualismo, donde todo se transa y todo tiene su precio, han llevado a Chile a “ser”, y mantener, estos Chiles divididos.

Parece que ya es hora de que este país sea efectivamente eso: Chile. Y que tenga un

sentido nacional más allá de los excepcionales momentos en que se expresó el ánimo de comunidad en el año del Bicentenario: la angustia generalizada de más de medio país con los remezones de un terremoto, o los gritos entusiastas, y compartidos que provocaron los tres goles de “la Roja” en Sudáfrica.

De no mediar acciones concretas que impidan que las cosas sigan el curso que llevan, este Chile dividido seguirá sumiéndose en sus brechas y contrapuntos, seguirá perdiendo su ser más profundo.

Quizá si el vapuleado Estado, tan culpable para algunos y tan invocado por otros, pudiera hacer algo por generar esos espacios que faltan para crear y conversar. Si lograra regular, donde es necesario que lo haga, los abusos en el juego de intereses. Si pudiera tal vez, en el más consecuente estilo de su rol subsidiario, contribuir al menos a que los chilenos puedan mirarse, reconocerse y empezar a diseñar líneas de lo que quieren construir como ruta para sus próximas décadas. Para que Chile sea Chile. ^{ch}

“POR EL VUELO DEL CONDOR Y LAS ARAUCARIAS DEL SUR”

GREGORIO, 13 AÑOS

Nombre: Valentina Lucero
Título: Mi país
Edad: 3 años
Escuela Artística: Liceo Experimental Artístico
Región/Ciudad: Santiago





“POR LA CUECA, NUESTRA BANDERA Y EL COPIHUE”

141

MATÍAS, 12 AÑOS

Nombres: Mariana Eguren Berrios y Sebastián Antognoni

Título: Chile de Fiesta

Edad: 4to medio y 1ero medio.

Técnica: Témpera

Escuela Artística: Liceo Artístico de Arica y Liceo Artístico Dr. Juan Noe Crebani

Región/Ciudad: Arica

¿POR QUÉ CHI

EDUARDO CAVIERES

PREMIO NACIONAL DE HISTORIA

EDUARDO CAVIERES FIGUEROA

Licenciado en Historia de la Universidad Católica de Valparaíso. Ejerce como profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales en la misma casa de estudios. Además es magíster en Historia de la Universidad de Madison-Wisconsin (EEUU) y doctor en Historia, Universidad de Essex, Inglaterra (Reino Unido).

Su vasta trayectoria le ha llevado a obtener numerosos reconocimientos, destacando el Premio Nacional de Historia (2008).

Cuenta con una destacada labor docente en el extranjero en diversas instituciones, tales como Universidad de San Miguel de Michoacán (México), Universidad de Buenos Aires (Argentina), Universidad Internacional de Andalucía (España), Universidad de Alcalá (España) e Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset (España), entre otras.

Autor de numerosas publicaciones, destacando: *Servir al soberano sin detrimento del vasallo. El comercio hispano colonial y el sector mercantil de Santiago de Chile en el siglo XVIII y Chile-Perú. La historia y la escuela. Conflictos nacionales, percepciones sociales.*

Como editor ha publicado: *Chile-Perú, Perú-Chile. Desarrollos políticos, económicos y culturales, 1820-1920; Del altiplano al desierto. La construcción de espacios y la gestación de un conflicto; Bolivia, Chile y Perú desde fines de la colonia a la primera mitad del siglo XIX y La historia de la controversia. Reflexiones, análisis, propuestas.*

CHILE ES CHILE?

P

ensando el país y pensando el Estado: ¿qué y cuáles mayores diversidades en el Bicentenario?

El problema de la autodefinición de una sociedad corresponde a un problema de identidad. Y las identidades son fundamentalmente un problema cultural, tanto en términos de construcción como en términos de comportamientos. Siendo un problema cultural es también un problema histórico y tanto la historia como la cultura siempre están en permanente transformación. No obstante ello, para que una entidad social sea distinguible, requiere que existan ciertas autopercepciones que permitan autoreconocimientos. No es el caso de pensar en términos de la existencia del Estado nacional, sobre lo cual hay abundante literatura (entre la que siempre se piensa en Anderson o en Hobsbawm¹), sino más bien en términos de una sociedad nacional, en este caso, los chilenos.

Cabe preguntarse, por lo tanto, ¿quiénes son los chilenos? No es una simple suma de quienes han vivido en este país desde su independencia y sobre lo cual se supone que han podido ser unos 30 millones². Se trata de pensar en sus relaciones e interrelaciones y, a partir de ello, en estas aparentemente naturales preguntas sobre el “¿qué hace que Chile sea Chile?” o el “¿porqué Chile es Chile?”

A propósito de que se acercaban los 160 años de vida nacional republicana, junto con sus legítimas miradas religiosas, los obispos de Chile escribieron un notable documento que surgía desde la constatación de situaciones relacionadas con “una crisis de crecimiento, un proceso de profundo cambio social que es necesariamente conflictivo”, crisis que alcanzaba la mentalidad y la sensibilidad del pueblo. Los obispos señalaban que esta comunidad tenía una historia para enseñar lo que fuimos y somos, procesos sociales en búsqueda de un parecer general de los conciudadanos y una especie de sentido común y de dinamismo histórico con exigencia de participación: “paulatina y arduamente todos los chilenos quieren ser protagonistas de su historia”. En todo caso, se había seguido un camino no siempre fácil y, a

¹ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, F.C.E., Ciudad de México, 1993; Eric Hobsbawm y Terence Rangers (eds.), *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona, 2002.

² *El Mercurio*, Santiago, 31 de julio de 2010.

menudo, de enfrentamientos. Todos debíamos templarnos en una disciplina más recia: “Así la afectividad no desembocará en un sentimentalismo veleidoso, así la imaginación no será el recurso para improvisar sistemáticamente soluciones; así la conciencia de dignidad personal, no degenerará en un individualismo antojadizo”³.

¿Cuánto de lo anterior sigue estando presente en la actualidad? Y al mismo tiempo, ¿cuántas de las circunstancias de esos años fueron superadas? Chile ha cambiado y, por ende, también los chilenos. Los cambios económicos, políticos, sociales, han desembocado en otras formas de ser, de pensar, de actuar. La educación, eje de la democratización del país a mediados del siglo XX, dejó de tener posición y significación.

Nunca Chile reflejó tener un solo carácter y una sociedad realmente homogénea, pero algunos de sus esfuerzos lograban acercarse a cierto ideal de país. En la actualidad, se pueden observar desarrollos económicos y materiales notables, pero al mismo tiempo mayores diferenciaciones y desigualdades entre muchos grupos y proyectos distintos. Finalmente, así como la palabra cultura ha alcanzado una constante apelación para argumentar o legitimar posiciones de las más diversas, también el concepto tiende a romper con la noción de que efectivamente seamos un solo conjunto y que nos acojamos a unos mismos ideales. El trasfondo del problema es histórico, pero su manifestación actual es fundamentalmente cultural.

El problema no es único para Chile. A comienzos de noviembre del 2009, el Ministro de Inmigración e Identidad Nacional de Francia, lanzó un debate a través de internet preguntando en qué consiste ser francés. Se invitaba a todos los franceses a responder bajo su nombre o en forma anónima y, al término de la primera semana, ya 14.000 individuos habían entrado a la página para contestar la interrogante. Para una persona “ser francés es leer y escribir la lengua francesa, cantar *La Marsellesa* en

³ Comité Permanente de los Obispos de Chile, *Chile, voluntad de ser*, Ediciones Paulinas, Santiago, 1968.

los actos patrióticos y deportivos, enarbolar la bandera, conocer nuestra historia, respetar nuestro Estado de derecho y amar nuestro paisaje”, pero otra señalaba: “yo soy bretón, francés, europeo, ciudadano del mundo, hijo espiritual de Gandhi, Einstein, Espinoza y muchos más. No necesito una identidad nacional para decir lo que soy: yo soy un hombre libre, y nadie me hará cantar las infames estrofas belicosas de *La Marsellesa*”. Para más de alguien, ser francés consiste en el orgullo de pertenecer a la nación más grande del mundo, por su influencia y por su historia; pero, para otro, ser francés no consiste en estar orgulloso de serlo ni tampoco de avergonzarse de ello. Algunos defienden las esencias rurales de Francia, su determinante laicidad, su esencia frente a Europa y frente al mundo, pero por el otro lado, hay quienes piensan que “la identidad nacional es plural en Francia. Está mejor representada en el Metro que en la Asamblea Nacional”. En definitiva, se supone que serían miles las maneras de definir y explicar lo francés y, para un tipo de respuesta, algo incluso inútil: “Francia, como todos los otros países, forma parte de un todo. Así que si usted pregunta qué es ser francés, pues nadie será capaz de adivinarlo. ¿Qué es ser terrícola para usted?⁴.”

Extremos más, extremos menos, que Francia existe nadie puede negarlo y, con ello, tampoco negar la existencia de un francés. Diferente es pensar que sólo existe un solo ser francés. Ni ahora, ni en el tiempo. Ya Fernand Braudel, al escribir una de sus últimas obras, se refirió al problema señalando que la Francia actual no era la Francia de Juana de Arco ni de la Revolución Francesa, más bien era la resultante de la creación de un sistema nacional de educación y de la expansión de ferrocarriles, ambos fenómenos de la segunda mitad del siglo XIX⁵. Seguramente en la actualidad otros contenidos se han unido a la definición del concepto y otras son las sensibilidades respecto a este tipo de pertenencia que incluso en muchos sentidos ha tenido también, en sus momentos, bastante de sentimiento espiritual. Últimamente es mucho lo que se escribe, se piensa y se reflexiona acerca de la identidad de Bélgica

⁴ Antonio Jiménez B., “Ser francés es...”, *El País*, Madrid, 3 de noviembre de 2009, p. 08.

⁵ Fernand Braudel, *La identidad de Francia*, Gedisa, Barcelona, 1993.

e incluso se teme porque las diferencias entre valones y flamencos llevaran a una cierta ruptura, pero a pesar de las diferencias, la mayoría sigue pensando en que existe algo mayor que es la identidad nacional: Bélgica es como dos siameses unidas por la cabeza, Bruselas⁶.

El tema no es desconocido en Chile. En el informe publicado en 2002 por el PNUD en base a una encuesta para definir el “Nosotros los chilenos”, el 27,9% de los entrevistados opinaba que “hoy es difícil decir qué es lo chileno” y un 30,1% sostuvo que “no se puede hablar de lo chileno, todos somos distintos”. Desde otra perspectiva, el 34% pensaba que las mejores virtudes “del chileno” era ser valiente, sufrido y sacrificado, y el 19% amistoso, amable, agradable y simpático. Por otro lado, un 29% señalaba que entre los peores defectos estaba el ser flojo, cómodo e irresponsable, un 16% ambicioso e inconformista y otro 16% derrochador y fiestero. En septiembre del 2009, el escritor Manuel Peña Muñoz, señalaba que el chileno “acarrea agua para su molino, es envidioso, acusete, anda con un gran serrucho debajo del brazo. No tiene escrúpulos en pavimentar una playa si fuese preciso por obtener una ganancia”. Por su parte, para Agustín Squella, “más allá de ciertos estereotipos bastante rudos que estimulan la autosatisfacción nacional, nunca he sabido muy bien qué es eso de la chilenidad. Más positivo, el escritor Roberto Ampuero especificaba que “una cultura es fuerte no porque se le aisle, sino porque es capaz de ser fiel a sí misma en medio de la cultura mundial, y esa fortaleza surge del hecho de que muchos la conocen, la aman, la difunden y cultivan”. Por mi parte, escribía que “cuando el optimismo exagerado nos hace perder perspectivas, cuando nuestros jóvenes se creen dominadores del mundo, la chilenidad se distorsiona”⁷.

Existe una historia de Chile y, por extensión, podríamos decir que efectivamente existe una historia de los chilenos. Esta historia tiene muchos valores y aspectos positivos. Como toda historia, ha sido construida con esfuerzos, imaginación, sacrificios. Tiene resultados notables: una institucionalidad temprana; etapas de

⁶ Ricardo Martínez, “La independencia que nadie quiere”, *El País*, Madrid, 20 de junio de 2010, p. 02.

⁷ “‘Lo chileno’ a la palestra. Entre la palta reina y el pelambre”, *El Mercurio de Valparaíso*, 13 de septiembre de 2009, pp. 10-11.

crecimiento económico, de avances materiales, de modernización; desarrolló un sistema educacional público de calidad y destacable dentro de América Latina; por sus páginas han circulado políticos, militares, intelectuales, hombres de letras, artistas, dirigentes sindicales, todos de prestigio y grandes cualidades. No obstante, y al mismo tiempo, esa institucionalidad no siempre ha servido a sus propios discursos y objetivos; el crecimiento económico no se ha transformado en desarrollo social y las desigualdades se han mantenido; el sistema educacional dejó de ser lo que era y durante décadas ha naufragado sin orientación de país; los grandes personajes, individualizadamente, no se han traspasado socialmente. Por otra parte, existen mitos y en muchos casos sobrevaloraciones. Tenemos virtudes, y muchas, pero igualmente tenemos también caracteres negativos. Los éxitos, aún cuando sean transitorios, enceguecen y se transforman en orgullos desmedidos: en los años 1860 éramos los ingleses de Latinoamérica; en los años 1990 nos pensamos como los jaguares del Pacífico.

Con todo, Chile es un buen país y, todavía, un buen lugar para vivir. Los chilenos podemos ser mejores de lo que nos pensamos. Desde hace un tiempo abundan los rankings para todo y cuando nos va bien nos gusta afirmarnos en ellos. De esos rankings se ha llegado a medir la felicidad y, en consecuencia, somos felices cuando nos contamos entre los mejores y, más todavía, cuando nos podemos comparar con otros países de la región como nuestros vecinos inmediatos o como con Brasil. Gallup ha señalado que Chile se ubica entre los cuatro países más felices de la región. Entre los indicadores está la autopercepción de la calidad de vida ligada a la satisfacción de las necesidades; las emociones positivas como placer, respeto, confianza, alegría o capacidad para aprender nuevas cosas; y también emociones negativas, como las sensaciones ligadas a la ira, tristeza,

que “nuestro país tiene un PIB per cápita proyectado para 2010 de \$14.939 dólares, el quinto mejor de América (FMI). De allí que se ubique en el tercio superior del ranking y 26 en el de las emociones positivas”⁸. ¿Es así la realidad? Obviamente no lo es. El problema sería saber a cuántos chilenos efectivamente se podrían aplicar estos índices virtuosos. Es posible intuir que no a la mayoría de los mismos.

Son muchas las explicaciones y las reflexiones que se pueden entregar y alcanzar a partir de estas situaciones. Pienso en una de ellas, y no como la única y verdadera, pero sí como algo por hacer. La historia de Chile, la que conocemos y la que hemos recepcionado, es fundamentalmente la historia del Estado chileno. De un estado que se desarrolló durante el siglo XIX y que maduró a lo largo de gran parte del siglo XX. Ese estado está cambiando y ya no tiene las fuerzas de homogenización que había alcanzado al seguir los desarrollos clásicos de los estados modernos que desde comienzos del siglo XX comenzaron a incorporar a las clases más bajas a la nación, desplazaron su atención hacia el crecimiento económico y difundieron culturalmente el nacionalismo o las condiciones que lo engendran. El Estado chileno se quedó allí y no pasó a la etapa posterior, cuando el principio nacionalista de la organización social da paso a la unión de la política y de la cultura y se obtiene ciudadanía en virtud de participar de dicha cultura. Menos aún el llegar a una mayor y mejor redistribución de la riqueza disponible, eliminando dosis de conflictos y aumentando la esperanza en el futuro. En Chile, la crisis de mediados del siglo XX fue crisis del modelo desarrollista, fue crisis social, fue crisis a partir de esperanzas frustradas. Junto con todo ello, fue también crisis del Estado.

Creo que ese Estado cumplió en muchos sentidos, pero que dejó muchas tareas inconclusas. Construyó una historia de sí mismo, pero no construyó una historia social de la Nación. Por muchas razones, hoy día no puede o no quiere seguir cumpliendo el papel que desempeñó durante tan largo tiempo y, por ello, no puede encauzar en la misma forma los sentimientos y actitudes de todos los grupos que conforman la Nación. El nacionalismo cultural del Estado está en crisis y por ello, hoy en día, es más difícil hablar de “los chilenos” de lo que pudo serlo hace 50 o más años atrás. El Bicentenario es una buena ocasión para pensar también y en serio en un nuevo diseño de políticas nacionales, ahora para el siglo XXI, un diseño que permita seguir desarrollando una historia del Estado, pero que a ella agregue, igualmente, una historia de la sociedad nacional. ^{ch}

¿POR QUÉ CHI

FARIDE

ZERÁN

PREMIO NACIONAL
DE PERIODISMO

150

FARIDE ZERÁN CHELECH

Periodista de la Universidad de Chile y profesora titular de esta misma institución. Fue galardonada con el Premio Nacional de Periodismo en 2007.

En los años 90 fue colaboradora habitual del diario *La Época* y creadora del Programa Interdisciplinario de Libertad de Expresión y Nuevos Escenarios de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile y coordinadora del Programa de Relaciones Cívico-Militares, Escuela de Periodismo-Fundación Hewlet.

Fue editora de cultura de la revista *Análisis* (1991-1993), asesora de comunicaciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (1994-1996) y posteriormente coordinadora de Extensión y Comunicaciones de la misma institución. Es fundadora y editora de la revista *Patrimonio Cultural*.

Fue directora del Departamento de Investigaciones Mediáticas y de la Comunicación en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile (1997-2003) y hasta la fecha imparte el curso “Ética y Tratamientos Periodísticos” en la misma universidad.

Formó parte del Directorio de Televisión Nacional de Chile (2000-2004).

Entre sus más importantes publicaciones se encuentran: *O el asilo contra la opresión* (1991), *La guerrilla literaria. Huidobro, De Rokha, Neruda* (1992), *Al pie de la letra. Entrevistas de fin de siglo* (1995), *Desacatos al desencanto. Ideas para cambiar de milenio* (1997) y *Tiempos que muerden. Biografía inconclusa de Fernando Castillo Velasco* (1998).

¿CHILE ES CHILE?

De fracturas, silencios y memorias

Faltaban apenas tres años para conmemorarse el primer centenario de nuestra República (concretamente en diciembre de 1907) cuando el país fue conmocionado por una de las masacres más horribles de lo que hasta ese entonces era nuestra breve historia republicana.

El 21 de diciembre de 1907 una huelga de mineros del norte de Chile que exigían condiciones de vida más dignas culminaba con el asesinato de miles de hombres, mujeres y niños, concentrados en la Escuela Santa María, en Iquique.

El ejército, al mando del oficial Silva Renard, reprimió a sangre y fuego las demandas de esos mineros que provenían de distintos puntos del norte chileno y de los países vecinos. La cifra exacta de muertos nunca se sabrá, pero algunos libros de historia nos hablan de más de dos mil.

En esa masacre de Santa María de Iquique se sellaría lo que podríamos pensar como el espíritu del siglo XX chileno.

Porque no siempre el desarrollo cronológico de los acontecimientos da cuenta de la relevancia que cada uno de ellos tiene, ya sea sólo o en su contexto. No se trata del tiempo histórico. Ese “tempo” que contempla el escrutinio del especialista pero que muchas veces no logra capturar el latido de una época.

De allí que si para el historiador inglés Eric Hobsbawm, el siglo XX, o “siglo corto”, comienza con la Primera Guerra Mundial y culmina con la caída del Muro de Berlín, por el impacto y las consecuencias de ambos hechos en el devenir de esas décadas, podríamos aventurar que en el caso chileno, y apelando a la subjetividad de los latidos de la historia, el nuestro empieza con la masacre de Santa María de Iquique y se cierra con el golpe de Estado de septiembre de 1973.

Son dos fracturas que se instalan en el alma de Chile. Ambas como corolario de las reivindicaciones y luchas de los pobres del campo y la ciudad.

En 1907, era “la cuestión social”, agitada en la pampa, en el auge del salitre, y en las páginas de la prensa obrera que proliferaba en cada rincón del país, haciendo pedagogía acerca de los derechos del trabajador. Situación no muy distinta a las vividas en el siglo XIX, con los mineros del carbón, en el sur de Chile, y retratada magistralmente por Baldomero Lillo en *Sub Terra*.

El 11 de septiembre de 1973 era el fin de “la vía chilena al socialismo”, encabezada por Salvador Allende y apegada a la letra de la constitución y las leyes del país. Como en 1907, no hay cifras exactas de los asesinados en el primer momento, pero sí de las secuelas de 17 años de un régimen que practicó el terrorismo de Estado, hizo desaparecer a centenares de chilenas y chilenos, torturó a miles y exilió a cerca de un millón.

Fue una dictadura militar que, al mando del general Augusto Pinochet, violó sistemáticamente cada uno de los derechos humanos y, de paso, arrasó con buena parte de las empresas del Estado vendidas a precio vil en las postrimerías de su régimen. En nuestros 200 años de historia, sin duda el hito que lo marca por la densidad de su fractura es el que culminó con el Palacio de La Moneda en llamas, bombardeado por las Fuerzas Armadas y con el Presidente de la República muerto en su interior.

Y si en 1907 la prensa obrera y los medios nacionales informaban sobre la masacre de la Escuela Santa María, en las postrimerías del siglo XX, si bien el rol de la prensa oficialista estuvo marcada por escamotear la verdad, haciéndose parte –por acción u omisión– de las violaciones a los derechos humanos, paralelamente otros periodistas y nuevos medios denominados “alternativos”, sortearon las censuras y autocensuras rescatando así, aún a costa de sus propias vidas, el derecho ciudadano a la información y a la libertad de expresión.

En esas décadas se escribieron las páginas más dignas y heroicas de nuestra historia, y aquellas en que la condición humana puso a prueba su capacidad de asombro al confrontarse en toda su dimensión con su parte más miserable.

Si la masacre de 1907 puso fin a una etapa de ascenso de “la cuestión social”, el golpe de 1973 hizo lo propio en materia de desmantelamiento de conquistas sociales, movimientos sindicales y estructuras organizativas, arrasando además con la educación pública, el sistema de salud, la fortaleza del aparato del estado, y dañando seriamente el tejido social de nuestro país.

Sin embargo, de los fragmentos del Chile republicano diezmado por la represión y la dictadura militar, una nueva generación comenzó a escribir con revueltas y protestas en las calles las páginas que marcarían a fines de la década de los ochenta el ocaso del régimen y el inicio de una larga transición.

Pateando piedras y rompiendo silencios, poco a poco se fue rearmando el nuevo relato de nuestra frágil fortaleza histórica.

Pese a ello, otro país emergió luego del saqueo a las empresas del Estado, en el marco de un modelo económico ultraliberal signado por la obscena concentración de la riqueza en manos de unos pocos, una distribución del ingreso de las peores de América Latina y la explotación indiscriminada de nuestros recursos naturales.

El nuevo Chile exitista y desmemoriado respecto a sus raíces indígenas y a los quiebres de su historia poco o nada tenía que ver con aquel de espíritu latinoamericanista de los albores de nuestra independencia.

Ad portas del Bicentenario, el país convalece del peor desastre natural y reitera una afasia ante hechos que porfiadamente se repiten en nuestra historia.

Porque no fueron las crisis económicas la que sacudieron el alma del país “corriendo sus tupidos velos”, como señalaba José Donoso, sino las fuerzas de la propia naturaleza las que luego del terremoto más intenso de la historia, dejaron a medio país en el suelo exhibiendo a la intemperie nuestros dolores y pobreza.

Así, cual metáfora tejida en medio de las peores pesadillas a lo largo de nuestros 200 años, la fecha nos sale al encuentro recordándonos lo que fuimos, lo que somos ¡Y todo lo que nos falta para ser!

Porque si en el norte 33 mineros permanecen atrapados por el derrumbe de una mina sobreexplotada hasta el símil de la carcasa de un gran queso gruyère, en el sur del país 32 mapuches procesados y condenados por ley antiterrorista mantienen desde distintas cárceles chilenas una prolongada huelga de hambre para protestar por su situación de presos por razones políticas y de flagrante violación a sus derechos humanos.

En el primer caso, la sobreexplotación de los recursos naturales; la ausencia de un marco legal que se aplique con rigurosidad, como también la falta de una ética pública y privada que respete la dignidad y seguridad de nuestros trabajadores, siguen siendo temas pendientes en el Bicentenario de nuestra República.

Es cierto, no son comparables las condiciones de los mineros de Lota y de la niñez explotada en el carbón, en el siglo XIX; como tampoco las fichas para la pulpería, las camas calientes o las jornadas brutales a que eran sometidos los trabajadores del salitre, en los inicios del siglo XX.

También resulta poco justo asimilar el silencio de los grandes medios y de la elite política actual ante las extremas condiciones de salud de los presos políticos mapuches y la legitimidad en la aplicación de una ley que no garantiza los derechos humanos, con aquellos largos años de obstinada complicidad y negación que guardaron dichos medios y similares elites, frente a los crímenes de lesa humanidad cometidos bajo sus propias narices.

De cualquier forma, de estos dramas no podemos culpar a la naturaleza, bajo cuyos designios se esconden muchas de nuestros errores y falencias.

En el norte, 33 mineros atrapados en la mina San José, cerca de Copiapó, mina que ya había sido clausurada por razones de seguridad y donde pese a haberse producido derrumbes, la irresponsabilidad criminal y afán de lucro de sus dueños provocaron una tragedia.

En el sur, 32 mapuches encarcelados por razones políticas –hechos de protesta social

vinculados a la reivindicación de derechos por tierras-, cumpliendo más de 30 días en huelga de hambre porque, entre otras razones, la legislación antiterrorista no garantiza el debido proceso.

Entre ambos, el país fracturado. Porque gran parte de las vidas perdidas en el gran terremoto de febrero del 2010 que sacudió al centro de Chile, podían haberse evitado si los sistemas de alarma , las instituciones y quienes deben velar por ellas, hubiesen respondido con el rigor y celeridad que la catástrofe demandaba.

Esas y otras fracturas articulan la trama de nuestro Bicentenario. Muchas se originan en los latidos y pulsiones de un tiempo. Pero son también los fragmentos de nuestra historia y nuestros silencios. ¡Silencios que guardan memoria! ^{ch}

**“POR SU
ESFUERZO,
SUDOR,
LAGRIMAS Y
SACRIFICIO,
CHILE ES CHILE”**

BENJAMÍN, 13 AÑOS

Nombre: Antonia González
Título: Después del desastre
Edad: 2do medio
Técnica: Acrílico y témpera
Región/Ciudad: Temuco





“POR LA MUJER MAPUCHE, REPRESENTANTE DEL PUEBLO”

161

EMILIA, 14 AÑOS

Nombre: Valentina Pacheco
Título: Costumbres del sur
Edad: 4to medio
Técnica: Lápices de colores y plumones
Región/Ciudad: Temuco

¿POR QUÉ CHI

GUSTAVO

MEZA

PREMIO NACIONAL
DE ARTE

162

GUSTAVO MEZA WEBER

Dramaturgo y director teatral. Ha dirigido más de 130 obras en compañías nacionales e internacionales, y es autor de 26 obras de teatro. Ha recibido entre otros galardones el Premio de los Periodistas de Espectáculos (APES), premio Altazor, Premio de la Crítica, y premio Chilena Consolidada y el Premio Nacional de Artes de la Representación, en 2007.

Fundador y director del Teatro Imagen, también ha trabajado como director de la Escuela de Teatro de la Universidad de Concepción y como director de la Escuela y Teatro Casa de la Cultura de Ñuñoa.

Además, ha sido director artístico del Instituto del Teatro de la Universidad de Chile (ITUCH), del Teatro de la Universidad de Concepción y del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, y ha participado como miembro del Consejo Directivo del Departamento de Teatro de la Universidad de Chile, como presidente de la Sociedad de Autores Teatrales de Chile, y como secretario general del ITI-Chile.

Trabaja de forma permanente en la Escuela Internacional de Teatro de Latinoamérica y el Caribe. Y actualmente es miembro de la Academia Chilena de Bellas Artes, participa como asesor del Festival de Teatro Santiago a Mil y del Festival Internacional Temporales Teatrales de Puerto Montt. Es también presidente de la Sociedad de Autores de Teatro, Cine y Audiovisuales.

¿CHILE ES CHILE?

¿P

or qué después de dos siglos son tan pocos los que han aprendido la gran lección de Bernardo O'Higgins, alias "El Huacho Riquelme"?

1. Un padre de la patria cree que hacer arte es hacer patria

La oligarquía nacional, mal llamada "fronda aristocrática", y sus descendientes se han esforzado a través del tiempo por presentarnos un O'Higgins pazguato, rufiancete, mentecato, obtuso y semi-analfabeto. Nada más alejado de la realidad, si tenemos en cuenta la educación que planificó para él su padre. Esta, que se inicia en un colegio para señoritos en el Virreinato del Perú, culminará en Richmond, Inglaterra, lo que nos permite comprender su constante interés por las artes en general, y en particular su interés por el teatro. **Para el joven Bernardo no pasa desapercibido el hecho de que en Inglaterra el broche de oro de la celebración de los grandes acontecimientos nacionales culminen con la representación de una obra de teatro, a veces (remítase a Shakespeare) escrita especialmente para dicho evento. ¿Por qué el teatro? Por ser la síntesis de todas las nobles artes reunidas en un solo espectáculo. "Y un pueblo que no tiene acceso al arte como hacedor u observador -añadirá- es un pueblo que no tiene alma". Esto lo impulsará a construir la primera sala de teatro del Chile independiente en la que debería presentarse un espectáculo que celebre los acontecimientos ciudadanos de la nación con el estreno de una obra teatral.**

2. Manos a la obra

En 1819 el Director Supremo de la República de Chile encarga a su edecán Comandante Domingo Arteaga, la construcción de una sala de teatro. Esta debería tener telón de boca, foso de orquesta y palco para las autoridades. Además habría que crear una

compañía teatral que fuese capaz de representar dramas y comedias que sirviesen de entretenimiento y enseñanza a los ciudadanos de esta naciente República.

Arteaga que, al igual que su superior, es un culto civil vestido de soldado por las circunstancias, sabe que hay maneras de conseguir lo imposible; la construcción de una sala de espectáculos no es un gran desafío para él, la tarea de transformarse en empresario teatral, eso sí, parece insalvable. Después de varios fracasos, se le ocurre la arriesgada idea de convertir a los soldados españoles que están presos en Quillota en flamantes actores. Ventajas: a) disponen de todo el día para ensayar; b) no están en situación de imponer condiciones económicas; c) pueden aportar a las mujeres que la obra necesite (ya que los cautivos de ese entonces estaban autorizados a tener compañía femenina permanente).

La fecha del estreno está determinada: será el 20 de agosto de 1820, fecha de la partida de la Escuadra Libertadora con destino al Perú, que coincide con el natalicio de don Bernardo. “¡El telón de boca de esta epopeya se abrirá el día a la hora fijada!” –asegura el comandante Arteaga a su superior jerárquico, quien de ahí en adelante lo consultará a diario por los avances de la empresa.

3. La obra

Se elige la tragedia neo-clásica *Catón de Utica*, del autor inglés Joseph Addison (1672-1719), obra libertaria y moralista, que cuenta la historia del acérrimo oponente a la tiranía de Julio Cesar, quien después de la batalla de Tarso (año 46 a. C.), prefiere el suicidio a la humillación de rendirse al dictador. Es más que probable que el Director Supremo haya visto y admirado la representación de esta obra en Inglaterra (hay en ella pensamientos muy identificables con su temperamento, algunos ejemplos: “Amargas son las raíces del estudio, pero los frutos son dulces”, “Nunca se está menos solo que cuando nadie te acompaña”, “La primera virtud es frenar la lengua y es casi un dios aquel que teniendo la razón sabe callarse”). También es probable que él haya sugerido como traductor al poeta argentino Bernardo Véliz.

4. Los intérpretes

El asentista Nicolás Aldana ha sido enviado al campo de detenidos de Quillota donde ha realizado el primer *casting* de la historia de Chile, él será el encargado de seleccionar a los actores y su buen tino lo hace aceptar la ayuda que le ofrece el coronel español Latorre, fanático del arte teatral, a quien ve tan entusiasmado y seguro que lo designa de inmediato *regisseur* oficial de la nueva compañía. Latorre ya tenía a su haber varios

fracasados intentos de organizar representaciones teatrales que alejaran a sus compatriotas prisioneros del ocio y la desidia. Explica Miguel Luis Amunátegui: “El canje de prisioneros no era fácil de realizar y como no se quería echar sobre el Estado el pago de la manutención de los prisioneros, se adoptó el arbitrio de hacerlos trabajar en obras públicas o arrendando sus servicios a particulares”. ¿No era mejor ser actor que trabajador forzado? Ese y otros incentivos que les otorgaban sus propios captos hicieron tan atractiva la aventura que todos los cautivos inventaron curriculum dignos de un actor argentino moderno. Fue así como se pusieron incondicionalmente en manos del director de escena, quien además, según testimonio de Zapiola, “fue el primer maestro” que tuvieron estos improvisados y desconocidos actores y al cabo de unos años, los más destacados se convertirían en ídolos del público santiaguino. Es el caso del Sargento Francisco Cáceres, oriundo de Sevilla, quien cae preso después de la toma del fuerte de Valdivia por Cochrane (3 de febrero de 1820) y llega justo a reforzar con su voz y sus excelentes condiciones interpretativas de actor de carácter, al elenco básico creado por el comandante chileno y el coronel español, transformados ya en empresario y director artístico por decreto del Director Supremo de la nueva República. Agrega Zapiola a los talentos de Latorre el haber escrito un libro llamado *Alcorán del teatro*, tratado que contenía las revelaciones sagradas de su Mahoma teatral que era nada menos que el gran Talma, su maestro y actor favorito de Napoleón.

El sueño de todo productor de contar con un público cautivo, se cumple aquí en la quimera de un director, que es tener un elenco de actores cautivos, que no tienen otra actividad posible que ensayar la obra. Luego de algunos meses de arduo trabajo en Quillota, el Ministro de Guerra, don Ignacio Zenteno, da su autorización para trasladar, aunque engrillados y con severa vigilancia, a los actores presidiarios a la ciudad de Santiago.

5. La sala

Arteaga ha encontrado un edificio satisfactorio para abrir el nuevo coliseo. “Por decreto gubernativo perentorio, se expropió la casa del realista en rebeldía Ignacio Arangua, situada en al calle Catedral, frente a espacio abierto, conocido como Plazuela O’Higgins, pagando eso sí, un arriendo mensual de 850 pesos anuales”. Aldana se hizo cargo del edificio y contrató los servicios del maestro mayor de carpintería, Francisco Álvarez, para rehabilitar el local. Después de dos meses de incesante labor, el nuevo teatro estaba presentable.

El 11 de julio de 1820 el arquitecto municipal don Vicente Caballero asegura en su informe: “Habiendo examinado con escrupulosidad su construcción y firmeza, lo encuentro en condiciones de resistir cualquier empuje de huracán o movimiento de tierra, advirtiéndole a usted que se han remediado los pequeños defectos que tenía y no se debe dudar que está al día en cuanto a normas de seguridad”, (Gaceta Ministerial de Chile). En su interior se ha instalado una platea de asientos móviles y una extensa galería. Tal como lo había pedido don Bernardo, dos palcos para las autoridades, un foso de orquesta y un telón de boca, en cuyo centro se ha estampado con letras doradas un verso de Vera y Pintado:

He aquí el espejo de virtud y vicio
Miraos en él y emitid el juicio

El resto del telón ha sido decorado por el conocido maestro Mena, de quien dijo Pérez Rosales que si pintaba un árbol, trazaba una raya perpendicular con una cachiporra encima y si no, le ponía un letrero que decía “este es un árbol”; era porque no sabía escribir.

6. El público

La sala está colmada, no solo por la curiosidad ciudadana sino que además el comandante Arteaga ha bajado notablemente los precios: dos pesos los palcos, dos reales la platea y un real la galería o gallinero. El Director Supremo, sus familiares y sus ministros están presentes. Predominan en la platea los trajes militares de amplias charreteras doradas. Los civiles a la última moda: chaqué o levita, calzas de espumilla, medias largas y zapatos de becerro. Las mujeres van vestidas con la elegante sencillez de la moda inglesa, mientras que las plebeyas, acompañadas en su mayor parte por militares, envueltas en democrático pañuelo de rebozo. Seguramente Latorre, ducho en estas lides, ha mirado por “el ojo del telón”, tradición ancestral que Pedro Sienna homenajeará en verso cien años más tarde:

*...a veces me gusta bajar al escenario
y mirar por el centro del ojo del telón*

*Ah, respetable público de butacas y palcos
que desprecias el nombre de nuestra condición
y nos miras cubiertos de pinturas y talcos
como quien ve muñecos de animado cartón*

*Ah, respetable público, ahora es mi desquite;
dragón de mil cabezas, te acecho en mi escondite,
tú estás desprevenido... yo soy todo atención.*

*Ah, respetable público, insigne comediante
del honor, el dinero, el escote y el guante,
permite que te aplauda: haces bien la función*

Entre cajas se da “la tercera”, aviso que indica a todos estar en sus puestos para el inicio de la función y a los acordes de la primera canción nacional, compuesta por el inolvidable artista Manuel Robles, músico, torero, violinista y bohemio, el público se pone de pie y canta con patriótico entusiasmo. Luego un largo aplauso... Silencio... Y... se abre el telón.

El comandante del Ejército chileno Domingo Arteaga, el coronel español Latorre y sus vencidas huestes, el carpintero Francisco Vargas, Manuel Robles y tantos otros, pero sobretodo los testarudos genes irlandeses de O’Higgins, ¡¡han ganado esta importante batalla!! ¡¡La primera y más conmovedora epopeya de la cultura nacional!! ^{ch}

¿POR QUÉ CHI

JUAN PABLO CÁRDENAS

PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO

JUAN PABLO CÁRDENAS SQUELLA

Periodista de la Universidad Católica de Chile. Es director de Radio Universidad de Chile y profesor titular de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Obtuvo en 2005 el Premio Nacional de Periodismo.

Dentro de su trayectoria profesional destaca haber sido redactor y director de la revista *Debate universitario* de la Universidad Católica de Chile (1971-1973) y en 1977 uno de los creadores de la revista *Análisis*, publicación que dirigió hasta 1991. Posteriormente, fundó y dirigió la revista *Los Tiempos* (1992-1993). También fue columnista del diario *El País* de España y de los diarios chilenos *La Época* y *La Nación*.

Su trayectoria ha sido reconocida con galardones internacionales como el Premio Héroes de la Libertad de Expresión, otorgado por la Federación Internacional de Periodistas, y el Golden Pen of Freedom, de la Federación Mundial de Editores de Periódicos.

Entre sus obras destacan *Por un Chile libre, No a Pinochet, América Latina: Democracias en penumbra* y *El periodismo comprometido*. En 2009 ganó el premio Escrituras de la Memoria con su libro *Un peligro para la sociedad. Testimonio de un periodista que incomoda al poder*.

¿CHILE ES CHILE?



Chile y su loca identidad

La gran mayoría de los países del mundo tiene delimitaciones políticas o fronteras puramente convencionales. Si uno mira a Europa, las demarcaciones de este continente se han movido constantemente y sus respectivas naciones debieron enfrentar muchas guerras, negociaciones y tratados para definir sus actuales territorios. Los propios ingleses, españoles, portugueses, holandeses y otros dibujaron el mapa de América, de África y parte importante de Asia, aunque las fronteras de cada una de nuestras naciones hayan adoptado, posteriormente, nuevos trazados con los conflictos fratricidas que nunca cesan en la azarosa convivencia humana. Países minúsculos geográficamente, como Bélgica, podrían incluso llegar a subdividirse más, así como recientemente aquella colosal Unión Soviética terminó escindida en una decena de naciones.

En nuestra América Latina, el “sueño de Bolívar” es sólo eso: una manifestación onírica que no tiene visos de realidad si se considera que en los propios territorios en que vivió el Libertador es donde existen ahora más tensiones y desafectos entre los pueblos. La fuerza es la que se impone por sobre las fronteras naturales que nos señalan el curso de los ríos, las montañas y los valles.

El fenómeno de la globalización toca esencialmente al intercambio de productos, a la consolidación de mercados comunes y a la posibilidad de destrabar algunos impedimentos que se oponen todavía al derecho humano de circular y establecerse en cualquier parte del orbe. En lo cultural, las naciones siguen manteniendo sus propios idiomas y hábitos de vida, pese a que en los productos alimenticios, por ejemplo, es posible consumir vino francés, fruta chilena, tacos mexicanos y comida chatarra estadounidense en todo el planeta. Las tradiciones son tan fuertes como que los españoles siguen practicando una actividad tan cruenta como las corridas de toros, diversión que repugna a los suizos, alemanes, escandinavos y a tantos otros países que

se asumen más civilizados. Tal como apremia a la conciencia de la humanidad que los chinos arrojen al agua a los niños recién nacidos como política demográfica. O que en extensas regiones de la Tierra todavía se les mutile el clítoris a las mujeres para inhibir su goce sexual.

Benjamín Subercaseaux habló de nuestra “loca geografía”, pero hace un par de décadas un general ruso dijo que teníamos una “geografía ridícula” para expresar su asombro por nuestra “larga y angosta franja de tierra”, entre el macizo andino que nos recorre de norte a sur y el inmenso océano Pacífico. Muchos hablan de nuestro carácter insular, considerando que nuestras demarcaciones naturales nos causan un efecto similar al de los que habitan en un territorio cercado por las aguas. Se piensa que estar confinados en el sur del mundo nos libera de las influencias foráneas, al mismo tiempo que marcarnos una particular forma de ser. Se apela, asimismo, a nuestro clima como un factor determinante en nuestro comportamiento, tanto que no faltó el analista arrogante que aseguró que por nuestro desempeño económico éramos un país “mediterráneo” instalado en un mal barrio...

Existen autores que han llegado a afirmar que los chilenos constituimos una raza única, producto del notable sincretismo entre los mapuche y castellano-vascos. Algo tan especial como la condición aria que le sirvió al nazismo para emprender su política de exterminio racial. Y por las más diversas razones, hasta ahora hay quienes creen que somos un pueblo, desde luego, distinto a los demás latinoamericanos. Mitos que se han repetido y desarrollado desde las fantasiosas descripciones que hicieron Alonso de Ercilla y otros plumarios de los conquistadores españoles, empeñados en atraer hasta nuestras latitudes a más voluntarios para enfrentar la dura Guerra de Arauco y lograr enseñorearse en un territorio remecido por los terremotos, las erupciones volcánicas y las catástrofes naturales. Además, por cierto, de la ferocidad de sus pueblos fundacionales e indómitos.

Señalados por la Geografía

En efecto, son múltiples las condiciones que hacen que “Chile sea Chile”, objeto de estas reflexiones. No hay duda que el espacio en que vivimos nos marca y señala rumbos y también nos otorga forma de ser. Es cosa de recorrer el territorio para descubrir que los chilenos del norte, del centro y del sur diferimos en cómo vivimos y, muchas veces, hasta en lo que pensamos. El

Desierto de Atacama, los valles centrales y los parajes australes marcan actividades laborales distintas, viviendas disímiles y, por supuesto, distintos caracteres. Mineros, campesinos y navegantes; pastores y pescadores y un sinnúmero de oficios propios de cada zona de nuestra geografía, que tampoco fue la misma desde el comienzo, como que después de la Guerra del Pacífico nos apropiamos de territorios tan extensos y ricos que hasta hoy se constituyen en el principal sustento económico de todo el país.

Una fauna y flora que difiere enormemente si vamos hacia el norte o sur de Santiago, donde habita la mitad de toda nuestra población y desde la cual se toman decisiones para todos los demás sin siquiera considerar nuestras diferentes realidades. En un afán siempre de homologarnos, cuando en realidad unos y otros realmente somos dependiendo de dónde permanezcamos la mayor parte del tiempo. Por algo Pablo Neruda quiso ser el poeta del sur y le asignó a Andrés Sabella constituirse en el vate del norte, y tantos otros escritores, pintores y músicos no pretenden sino ser los artistas de sus particulares regiones; de Talca, Puerto Montt o del Valle de Elqui. Salvo aquellos que han podido o debido salir del país para agregar a su territorio creativo otras realidades e inspiraciones del mundo ancho y ajeno.

La oportunidad de viajar y mirar a Chile desde fuera nos convence de que existen muchos Chile. Entre los exiliados chilenos que llegaron a todos los rincones de la Tierra descubrimos que lo que portaban en sus maletas y nostalgias no era todo el país sino, apenas, su terruño local. En Suecia son los porteños de Valparaíso los que mantienen organizaciones y les dan a sus comunidades y clubes los nombres de los cerros en que vivieron de niños o jóvenes. Tal como se puede comprobar en México y otros países, la mancomunidad que existe entre los penquistas de Concepción y Talcahuano, chilenos que siguen adictos a las parrilladas, curantos y a otras prácticas culinarias si vinieron algún día de Chiloé, Arica o la Región de los Lagos.

En la observación que muchas veces hicimos de estos compatriotas desarraigados, lo único que pudimos descubrir de identidad común es que unos y otros tenían como columna vertebral de su pertenencia a la Cordillera de los Andes, desde donde despunta el sol todas las mañanas, a excepción de quienes viven en Punta Arenas, donde el astro rey nace desde las aguas, a raíz de que las montañas en esa zona decidieron hundirse. Es necesario consignar que viajar o vivir un tiempo en el extranjero es un ejercicio muy

necesario para descubrir esta abundante mitología creada para darnos la identidad ficticia. Absurdas majaderías que van desde que tenemos el mejor vino del mundo hasta que constituimos una población homogénea, cuando lo cierto es que para poblar nuestro territorio hemos acogido un sinnúmero de croatas en los dos extremos del país, alemanes en Osorno y Valdivia; árabes e italianos por doquier en todas las regiones, así como ahora rusos y otros eslavos que están enrubiando nuestras orquestas sinfónicas. Tal como los peruanos han venido a mejorar el uso de nuestra lengua castellana y gastronomía. Para colmo, a parte importante de la población le cuesta reconocer nuestro mestizaje. Entre ellos, a las familias que arrancan desde la conquista española, sin considerar que las mujeres europeas llegaron mucho después que los conquistadores, por lo que sus hijos necesariamente resultaron de su convivencia con las doncellas locales. Algo, por lo demás, tolerado por la Iglesia Católica que en esas circunstancias no manifestaba tanta obsesión por el cumplimiento del quinto ni del sexto mandamiento, como tampoco consideración mayor por el celibato eclesiástico. En México, se pueden apreciar las enormes diferencias que existen entre pobres y ricos, como ocurre tan dramáticamente en toda nuestra realidad latinoamericana y caribeña. Sin embargo, es corriente apreciar que unos y otros comparten los mismos gustos por la comida y la música, pese a las ricas diferencias que también se expresan entre sus más de 30 estados y 60 pueblos originarios aún plenamente vigentes. Nos llamaba la atención cómo la gente más pudiente se confundía con los pobres para degustar los platillos de la calle. Boleros y rancheras comunes para todos y que extienden sus melodías hasta nuestro lejano país, al grado que muchos aún creen que el “Cielito lindo” es una canción chilena. Un fenómeno similar se vive en Brasil con ocasión del Carnaval de Río de Janeiro y otras regiones en que los que tienen más y los que carecen de lo mínimo se confunden en la samba y otras manifestaciones del cuerpo y del espíritu, aunque sea una vez al año. Es francamente admirable el común denominador cultural que tienen estos pueblos, pese a su diversidad interna. Tal es así que la influencia estadounidense que ha permeado las ideologías y hábitos de gran parte de América, en estas dos grandes naciones se ha estrellado con el muro de identidades muy poderosas. Paradojalmente, mientras en nuestro país el Ministerio de Educación expresa la necesidad de que nuestros jóvenes dominen el inglés, los estados del sur de los Estados Unidos fomentan el aprendizaje del castellano. En cambio, en Alemania, una vez pude contemplar la molestia que le ocasionó a un turista chileno el hecho que uno de los mozos de un restorán lo descubriera como compatriota e intentara conversar con él en un tono que le resultó demasiado

confianzado o desenvuelto, para lo que son las distancias que nos oponemos en casa unos y otro, según su condición social y actividad. Pese a estar marcados por el infortunio común y los mismos afectos políticos, lo cierto es que los exiliados fueron separando aguas y acomodándose en distintos países, barrios y viviendas. Con lo cual muchos vanguardistas descubrieron con horror las excesivas igualdades de ciertos regímenes y emigraron en poco tiempo hacia los países bajo el Estado de bienestar, para terminar algunos como irreductibles neoliberales.

El precio de la discriminación

Todo esto se explica en nuestra condición de ser uno de los países más desiguales del mundo. En que el ingreso de los más ricos se multiplica más de cien veces en relación al salario mínimo que percibe al menos el 20 por ciento de los trabajadores. Desigualdad que deriva en ignominiosa discriminación cuando se trata del pueblo mapuche, que recibe implacablemente la agresión de nuestro estado racista en la Región de la Araucanía, donde los niveles de escolaridad, nutrición y cesantía son de los más miserables del Tercer Mundo. Doscientos años de historia en que los gobiernos de derecha o izquierda no han manifestado muchas diferencias respecto del trato hacia nuestro pueblo fundacional que, como se asume, fue el más heroico de América Latina en resistir a los conquistadores españoles, cuanto fundamental a la hora de ganar nuestra independencia y fundar la República. Lo que se representa tan bien en el hecho de que O'Higgins dominara el mapudungún y le confiara su seguridad como Director Supremo a los guerreros mapuche.

Sin embargo, celebramos nuestro Bicentenario sin que éste y otros pueblos originarios reciban un pleno reconocimiento constitucional, al mismo tiempo que sus líderes son perseguidos, encarcelados y ultimados en virtud de la Ley Antiterrorista dictada por Pinochet y que sigue vigente en nuestro país después de 20 años de postdictadura y gobiernos elegidos en las urnas. Y a pesar de todas las condenas universales recibidas por los despropósitos que se cometen contra “los más pobres entre los más pobres” de Chile, como fueran reconocidos en un texto episcopal. Es natural, entonces, que estos habitantes de nuestro país no se sientan chilenos y que ahora hasta las intendencias y gobernaciones locales se fuercen a izar el pabellón mapuche junto al tricolor patrio para estimular la participación de estas poblaciones en diversos actos cívicos.

No queremos ser para nada peyorativos al reconocer nuestra tenue identidad común. En efecto, estar marcados por las diferencias de nuestro territorio, por las profundas

desigualdades económico sociales y por el aporte de múltiples emigrantes avecindados en todo el país, es propio entonces aceptar que Chile es un largo y angosto país que no sólo manifiesta climas contrapuestos, sino habitantes y formas de vida muy disímiles. Al grado que nos basta muchas veces mirarnos y escucharnos para notar de dónde venimos y en qué lugar estamos encasillados en nuestra implacable estratificación social.

Es en la diversidad, por lo tanto, donde radica nuestro ser y la posibilidad de aprender a convivir dentro de un territorio que nos hace privilegiados en el mundo. Único, también, en la riqueza y variedad de su belleza natural, cada vez más exclusivo por las riquezas de su subsuelo, pero al mismo tiempo tan frágil en sus múltiples y encadenados ecosistemas. Flanqueados como estamos por la furia de los volcanes que se erigen como hitos en nuestras altas cumbres, cuanto por el menos pacífico de todos los océanos del mundo.

Un territorio dotado de todo lo que un pueblo necesita para cimentar su bienestar colectivo, pero que no ha sabido solventar una sana convivencia en la equidad y en el disfrute común de sus recursos naturales, como en los frutos de nuestra agricultura, minería, pesca y manufactura. Que se ufana de producir multimillonarios, que despilfarra en armas letales, pero cede a soberanía extranjera nuestros yacimientos y manantiales, altas cumbres y mares, desde donde salen al mundo riquezas colosales, mientras que lo poco que aquí queda es rapiñado por malos empresarios, por la usura bancaria y por la indolencia de una clase dirigente despolitizada y desnacionalizada.

Un país que a 200 años de su fundación no entiende que la mejor identidad que podemos forjar ahora es en el respeto a la igualdad de oportunidades, la calidad de una educación común a todos sus escolares. Es justo reconocer que otros pueblos nos llevan ventajas de identidad ancestral con las cuales no podemos competir, más allá que reivindiquemos la necesidad de un baile nacional, cierto acervo folclórico, las ramadas dieciocheras y otras prácticas criollas que indudablemente son propias de nuestra personalidad, aunque de ninguna manera se manifiesten cotidianamente como ocurre con otros sonos y bailes latinoamericanos. Prácticas impuestas, por lo demás, por un estado que desde sus orígenes se negó a aceptar nuestra diversidad, obligándonos a todos a reconocernos como chilenos “por la razón o la fuerza”, según dicta la inscripción de nuestro escudo patrio. Emblema que, para colmo, señala dos especies animales como propias e identitarias y que, la verdad, están en extinción.

Esta feble identidad histórica abre al mismo tiempo una posibilidad magnífica de asentar una forma de vivir más auténtica con lo que realmente somos y podemos ser reconocidos en el mundo. Como algún día se nos distinguió por la solidez de nuestro

sistema institucional, por la calidad de nuestros poetas, hasta por la probidad de nuestros políticos. Sin embargo, los deteriorados niveles educacionales de la mayor parte de nuestra población nos tienen demasiados expuestos a las más vulgares ideas y costumbres foráneas. Como las que nos vienen a través de la televisión, sin duda el canal de mayor influencia en la conciencia de los chilenos, en un país en que la lectura de libros y otras publicaciones está afecto a un 19% de gravámenes, mientras que las corporaciones extranjeras no pagan ni el 6% de impuestos por vaciar nuestros yacimientos. Una penetración cultural que se manifiesta en la degradación de nuestro lenguaje, en el consumismo de lo fútil y suntuario, en la futbolización extrema de una población que, curiosamente, es adicta en más de un 70% a la vida sedentaria y a uno de los índices de consumo más altos del mundo de antidepresivos y otros estimulantes. Un país cargado de infortunios naturales y quiebres dramáticos en nuestra convivencia, pero que es capaz de darle “gracias a la vida”, como lo hiciera nuestra poeta y cantautora Violeta Parra, antes de atentar mortalmente contra su existencia, en una expresión magnífica, por lo demás, de lo que son las profundas contradicciones del carácter nacional. ^{ch}

¿POR QUÉ CHI

FERNANDO MONCKEBERG

PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS APLICADAS Y TECNOLÓGICAS

FERNANDO MONCKEBERG BARROS

Médico nutricionista de la Universidad de Chile. Ha realizado estudios de Bioquímica en la Universidad de Harvard (EEUU), donde también se ha desempeñado como profesor asociado. Recibió el Premio Nacional de Ciencias Aplicadas y Tecnológicas en 1998.

Desde un comienzo, centró su trabajo en disminuir la mortalidad infantil, buscando mecanismos que evitaran la desnutrición, principalmente, a través de la salud primaria. Esta labor lo motivó a crear el Instituto de Nutrición y Tecnología de los Alimentos, más conocido como INTA y la Corporación para la Nutrición Infantil (CONIN). También fue impulsor de importantes programas de salud.

Su labor académica ha estado marcada por 30 años de trabajo en la Universidad de Chile. Además, fue rector de la Universidad Santo Tomás y decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Diego Portales.

Entre sus libros publicados destacan: *Jaque al subdesarrollo* (1973), *Políticas de Alimentación y Nutrición en Chile* (1976), *Crear para compartir y compartir para seguir creando* (1980), *Chile en la encrucijada* (1989), *Jaque al subdesarrollo ahora* (1993) y *Desnutrición: el mal oculto* (2004).

¿CHILE ES CHILE?



Chile es un territorio geográfico donde viven los chilenos. Sólo después de 200 años de vida independiente, recién ahora como país, ellos han comenzado a vivir un proceso de cambios trascendentales. Me refiero al anhelo inherente de toda sociedad humana de alcanzar la seguridad y el bienestar para sus descendientes: *que sus hijos nazcan en un medio ambiente generoso y amigable, que les permita crecer y desarrollarse con el mínimo de riesgos posibles, hasta expresar integralmente su potencial genético, tanto en salud, como en su desarrollo físico y sus capacidades intelectuales, para alcanzar así una real igualdad de oportunidades.* Este tan fundamental anhelo, está lejos de haberse logrado para la mayor parte de la población del mundo. Aún en muchas regiones y países, los hijos continúan naciendo en condiciones de inseguridad, con altos riesgos de enfermar y fallecer durante los primeros períodos de la vida, cuando precisamente los requerimientos nutritivos y afectivos son tan altos que su satisfacción no admite postergaciones, a riesgo de daños irreparables.

Las generaciones que han nacido en Chile después de la mitad del siglo XX, por lo general no se detienen a analizar el porqué de las circunstancias que ellos ahora están viviendo, y no reparan que son muy diferentes a las que existieron en el pasado. No se imaginan que el bienestar relativo que ahora pueden disfrutar ha sido la resultante del esfuerzo continuo de las generaciones precedentes. Así, por ejemplo, se sorprenden cuando se les señala que a comienzos del siglo recién pasado (1910), de cada 100 niños que nacían, 40 no alcanzaban a vivir lo suficiente como para celebrar su primer cumpleaños. Ni menos podrían imaginar que casi un cuarto de los que nacían, ya habían sido dañados por una desnutrición grave en el vientre materno. Nacían con un déficit de peso superior al 30%, con daños en la funcionalidad de diversos órganos y sistemas. Es que sus madres, a su vez desnutridas, no podían entregarles lo que sus propios organismos no tenían.

En esa época, cuando precisamente se estaba celebrando el primer Centenario, más

de la mitad de las muertes se estaba produciendo antes de los cinco años de edad, y la expectativa de vida al nacer solo alcanzaba a los 35 años. Más impactante aún era que muchos de los que lograban sobrevivir estaban siendo dañados por vida, tanto física, como biológica e intelectualmente. Se afectaban sus mecanismos de defensa frente a las enfermedades, se restringía su crecimiento físico y se lesionaban sus capacidades intelectuales, hasta el punto de dificultar el proceso de aprendizaje, principal causa de la alta deserción escolar de aquella época. De cada 100 niños que lograban comenzar la educación básica sólo 25 lograban terminarla. A partir de allí, apenas una pequeña elite llegaba a reunir los requisitos para ingresar a la educación media, y no más del 1% o 2% podía tener acceso a la educación universitaria, que en aquella época era gratuita. Allí estaban engendrando las desigualdades, y con ello consolidando las bases del subdesarrollo.

La desnutrición había estado presente desde siempre, hasta llegar a ser aceptada como un fenómeno natural e inexorable que ni siquiera merecía mencionarse en las crónicas. En ellas sólo se relataba la curiosa tradición de celebrar “la muerte del angelito”, que no era sino una sublimación del profundo dolor de los padres ante tan inmutable tragedia. ¡Era bueno que muriera el angelito para que fuera al cielo a rogar por sus padres y hermanitos! Fueron necesarias muchas investigaciones para llegar a convencerse de que esa tragedia crónica podía prevenirse, ya que eran factores ambientales adversos los que, actuando en conjunto y a edades muy tempranas, los agredían tan cruelmente. Era un mal oculto que llegando a afectar a un tan alto porcentaje de la población, impactaba no sólo a sus familias, sino también a la sociedad entera, obstruyendo su progreso y desarrollo.

¿Qué hace que Chile sea Chile? El Chile de hoy es diferente del que fue, y todo parece indicar que a futuro podrá ser también diferente al que es. El segundo Centenario, a diferencia del

primero, ya se puede celebrar con justificado entusiasmo. ¡Se ha erradicado la desnutrición! Ahora los niños de bajo peso al nacer representan sólo el 3% y ellos no son desnutridos, sino prematuros que han nacido antes de tiempo.

Hoy en día los niños chilenos nacen, crecen y se desarrollan dentro de los estándares de niños pertenecientes al mundo desarrollado. La mortalidad del primer año de vida ya no es del 40% sino del 7 por mil de los nacidos. La expectativa de vida al nacer ya no es de 35 años sino de 80. Ya la desnutrición no está dañando y otros son los factores socioculturales adversos, propios de la pobreza, los que ahora ya se pueden erradicar. Los que están naciendo crecen indemnes, sin daños por déficit nutricional y pueden ya iniciar su proceso educacional con posibilidades reales de éxito. La deserción escolar es excepcional y en la actualidad están accediendo a la educación media el 75% de los niños del grupo etario correspondiente. Ya no es el 1% el que está accediendo a la educación superior sino el 40%. Ya la expectativa de escolaridad promedio es de 12 años, mientras que a comienzos del siglo pasado sólo alcanzaba a dos años.

Chile es otro. Al haber hecho realidad el anhelo de proteger a todos los que ahora nacen, desarrollándose con el mínimo de riesgo, hasta expresar su verdadero potencial genético, se está dando un paso fundamental. No es casualidad que los que ahora ya han terminado su adolescencia estén alcanzando progresivamente una mayor estatura que la de sus padres. Ahora es posible que ellos, como elementos útiles y participativos, se vayan incorporando paulatinamente en la red social, llegando así a estabilizar un mayor bienestar y con ello, de paso, estabilicen el progreso de la sociedad entera. Lo más asombroso es que este trascendental cambio se ha logrado aún persistiendo la pobreza y antes que se haya alcanzado el desarrollo. Ello ha sido posible debido a una estrategia de intervención concienzudamente investigada y perfeccionada en el tiempo, con apoyo permanente del Estado, que la ha implementado, destinándole en

forma progresiva los recursos necesarios, ya a partir de la segunda mitad del siglo XX. Sin duda que ésta ha sido la mejor inversión realizada, dada la alta rentabilidad social y económica alcanzada. Al prevenir el daño sociogénico-biológico que ancestralmente se venía produciendo al recurso humano, está siendo posible comenzar a progresar en la calidad de vida y el bienestar de todos. Con ello ya se está avanzando en el camino hacia el desarrollo.

El éxito alcanzado ha colocado a nuestro país en situación de privilegio frente al contexto de países en desarrollo y más específicamente, frente a los países de la Región. Sin embargo, es necesario reconocer que el haber avanzado más allá de nuestra realidad socio-económica, hace que lo logrado sea inestable y lo seguirá siendo mientras persistan los actuales niveles de pobreza. Este es el primer desafío que se plantea para el siglo XXI: “continuar protegiendo al ser humano desde sus primeras etapas de desarrollo y durante los primeros períodos de la vida”. Es así que la vida tiene sentido y ojalá que esta sociedad pueda seguir progresando hasta terminar con la pobreza y alcanzar el bienestar para todos.

Este trascendental cambio afortunadamente nos ha llegado a tiempo, cuando comienza a consolidarse la llamada “sociedad del conocimiento” con sus fantásticos avances tecnológicos. Con el recurso humano ancestralmente dañado, no habríamos tenido posibilidad alguna de incorporarnos eficientemente en este nuevo paradigma. Ahora, ante las nuevas circunstancias, se nos abren las posibilidades. Es que los nuevos conocimientos no han beneficiado a todos los hombres por igual. Los que los generan e implementan eficientemente, cada vez van logrando mejores condiciones de vida para su gentes, mientras que los que han permanecido marginados del proceso, persisten en precarias condiciones de vida o incluso han retrocedido hasta condiciones de vida subhumanas. Es así como se han ensanchado las diferencias ya existentes entre el desarrollo y el subdesarrollo.

El haber logrado preservar el recurso humano es sólo la primera etapa. Ahora viene la segunda: “educarlo y capacitarlo de acuerdo a los nuevos tiempos”. Ya no son suficientes las estructuras educacionales del pasado, ni son pertinentes sus metodologías de enseñanza, ni sus contenidos programáticos. Las exigencias son otras y otra es también la magnitud de los problemas que se deben enfrentar. Esta es la adaptación para la que aún no estamos preparados. Mientras tanto, la sociedad del conocimiento ha incrementando su complejidad y cada vez se ha hecho más demandante de conocimientos y habilidades para aquellos que deseen incorporarse a ella. Si la desnutrición fue el primer factor limitante, ahora es la educación. Quienes

no desarrollen las habilidades requeridas o no alcancen los niveles educacionales necesarios, no podrán abandonar la pobreza, debiendo permanecer en la marginalidad, subsistiendo con bajos ingresos y empleos precarios. Modernizar la educación, es el segundo desafío para el siglo XXI, que no se podrá postergar.

Por otra parte, el nuevo conocimiento está llevando a una globalización económica e interdependencia progresiva de la que no debemos marginarnos, a riesgo de retroceder en lo alcanzado. Hasta ahora hemos sido eficientes participando en base a la utilización de nuestros recursos naturales, pero ello no es suficiente para generar los recursos que el país requiere. Debemos pasar a la segunda etapa: para una incorporación efectiva en la creciente internacionalización e interdependencia económica se requiere desarrollar la capacidad de generar nuevos conocimientos y con ellos innovar para competir. Éste es el tercer desafío para el siglo XXI.

Para que Chile sea diferente a lo que es, debe alcanzar el desarrollo como la única vía para eliminar la pobreza y mejorar la calidad de vida de todos. Para ello, durante los próximos años, deberá enfrentar con éxito los tres principales desafíos ya señalados: 1) continuar preservando el recurso humano desde los primeros períodos de la vida; 2) perfeccionar y modernizar el sistema educacional en todos sus niveles; y 3) desarrollar la necesaria capacidad de investigación científico-tecnológica para competir.

Es necesario tener presente que los grandes desafíos, por su complejidad, no se dan como el producto de la casualidad. Al contrario, requieren de complejas estrategias, bien diseñadas, adecuadamente implementadas y, sobre todo, mantenidas en el tiempo, involucrando permanentemente a los diferentes actores. Ello no tiene espera: en la sociedad del conocimiento, el no avanzar rápido es retroceder. ^{ch}



Los sobrevivientes

El día del aniversario de la escuela. Se pidió a los niños asistir con sus mejores ropas y con sombrero para la fotografía del recuerdo (1940). El daño se refleja en sus caritas, en su pasividad, sus vestimentas y en sus pies descalzos. Esa era la realidad chilena.

¿POR QUÉ CHI

NIBALDO

INESTROSA

**PREMIO NACIONAL
DE CIENCIAS NATURALES**

182

NIBALDO INESTROSA CANTÍN

Licenciado en Ciencias Biológicas en la Pontificia Universidad Católica de Chile y doctorado en ciencias con mención en Biología Celular y Molecular, en la misma casa de estudios y post-doctorado en la Universidad de California (EEUU).

Recibió el Premio Nacional de Ciencias Naturales en 2008.

Ha desarrollado una destacada carrera científica, centrado su trabajo en el estudio de las bases biológicas de la enfermedad de Alzheimer.

En 2000, creó el primer centro FONDAPE de Biomedicina en el país, Centro de Regulación Celular y Patología Joaquín V. Luco.

Actualmente es director del Centro de Envejecimiento y Regeneración de la Universidad Católica (CARE). Además, participa como miembro científico del Instituto Milenio de Biología Fundamental y Aplicada, y es miembro de la Academia Chilena de Ciencias del Instituto de Chile.

Es autor de más de 200 artículos, publicados en revistas y libros nacionales e internacionales, además de contribuciones presentadas en congresos.

¿CHILE ES CHILE?

P

ara responder la pregunta que motiva este ensayo, fue inevitable pensar en nuestra historia y tratar de imaginar cómo se hacía ciencia hace 200 años en Chile, quiénes se dedicaban a esta labor, cuáles eran sus objetos de estudio y qué dejaron como herencia a las actuales generaciones de investigadores.

Lo primero que se me vino a la mente fue que hace 200 años, más que estudiar nuestro ambiente, éramos objetos de estudio. Cuando el país comenzaba a estabilizarse luego de las guerras por la independencia, importantes investigadores extranjeros circulaban por Chile y América. Sabios de la categoría de Alexander Von Humboldt estudiaban el continente y Claudio Gay, importado desde Francia, escribía las páginas de su *Historia natural de Chile*.

Por esos años, en 1832, recibimos la visita del famoso naturalista de 23 años, Charles Darwin, quien recorrió en el bergantín Beagle parte importante de nuestro territorio, para publicar 20 años más tarde, el 24 de noviembre de 1859, su famoso libro *El origen de las especies*, considerado uno de los primeros textos de la literatura científica y el fundamento de la biología evolutiva.

Chile siempre ha tenido un papel destacado en el desarrollo de la ciencia mundial. Así, 200 años después de Darwin, en 1997, Mario Pino, científico chileno de la Universidad Austral, y Tom Dillehay, de la Universidad Vanderbilt en Estados Unidos, demostraban que en la ribera norte del estero Chinchihuapi, cerca de Puerto Montt, se encontraba el asentamiento humano más antiguo de América, con una data de 12.500 años.

Monte Verde es considerado hoy en día el yacimiento arqueológico más importante del continente, capaz de romper con la teoría clásica del poblamiento americano, que situaba la presencia humana 1.300 años después y establecía que el hombre americano provenía de Asia y a través del estrecho de Bering había ocupado progresivamente los territorios de Alaska, Canadá, Estados Unidos, Centroamérica y Sudamérica, no desde Chile hacia el norte como establece el hallazgo de Monte Verde.

Son muchos los descubrimientos que podría mencionar, pero el tema de fondo es que en estos 200 años hemos invertido la ecuación de hace dos siglos, dejamos de ser objetos de estudio y nos convertimos en destacados investigadores. Hoy nuestro país resalta en el contexto regional por la calidad de sus investigaciones y está al nivel de naciones desarrolladas como España, Nueva Zelanda y otras.

Comparativamente, Chile cuenta con menos recursos y un menor número de habitantes que muchos de los países del continente, pero su producción científica es proporcionalmente mayor y de mejor calidad. Pienso que la razón está en el particular desarrollo de nuestro aparato científico y una idiosincrasia que nos hace ser más tenaces y dedicados.

En los últimos 50 años se han producido hechos concretos que considero determinantes para nuestro despegue: la profesionalización de la carrera científica, la creación de organismos como Conicyt y el inicio de los programas de doctorado sentaron las bases para la formación de una importante masa crítica, capaz de desarrollar proyectos de investigación, muchos de los cuales han tenido impacto mundial.

A fines de la década de los 50 la creación de la carrera de Bioquímica en las principales instituciones de educación superior del país (como la Universidad de Chile, la Universidad de Concepción, la Universidad Austral, la Pontificia Universidad Católica y la Universidad de Santiago, por nombrar las más relevantes) fueron fundamentales en la profesionalización de nuestros científicos.

Se contrataron profesionales formados en el extranjero para liderar la enseñanza de los ramos científicos de carreras como Medicina, Odontología y Química y Farmacia, y en esas aulas se formaron las primeras camadas de investigadores, jóvenes destacados que fueron guiados por profesionales brillantes, en su mayoría médicos dedicados a la investigación, como Osvaldo Cori y Joaquín Luco, quienes fueron fundamentales para la consolidación de la ciencia.

Al esfuerzo de las universidades se sumó en 1967 la creación de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (Conicyt). Este organismo, dependiente del Ministerio de Educación y encargado de asesorar a la presidencia en materias de desarrollo científico, estableció dos misiones: fomentar la formación de capital humano y fortalecer la base científica y tecnológica del país. Con estos objetivos en mente se generó un importante abanico de programas y becas de apoyo a la ciencia. El impulso final fue la creación de los programas de doctorado a comienzos de la década de los 70, destacándose inicialmente el de Bioquímica en la Universidad de Chile y el de Biología Celular en la Universidad Católica. En la actualidad estas iniciativas han permitido la creación de centros de investigación, destacándose los Institutos y Núcleos Milenio y los Centros Científicos de Áreas Prioritarias, FONDAP.

La formación de un científico consolidado es una tarea que hoy en nuestro país toma entre 15 y 18 años, entendiendo como “científico consolidado” a una persona con la capacidad de generar nuevos conocimientos y a partir de estos formular proyectos de innovación científica y tecnológica, que se encuentren en las llamadas fronteras del saber en un área determinada. Pero este aparato, que ha sido fundamental, existe sólo desde hace 50 años.

¿Qué pasó antes, qué característica cultural nos permitió dar estos importantes pasos? Considero que la respuesta está en una condición común con los hombres que hicieron ciencia hace 200 años en nuestro país: la capacidad de sobreponerse a la adversidad, la constancia y tenacidad.

En 200 años, Chile ha debido levantarse muchas veces. Ha sobrevivido a los terremotos más grandes de la historia de la humanidad, a sequías, inundaciones, maremotos y erupciones. Eso ha configurado una idiosincrasia particular, un pueblo trabajador, tenaz y con una enorme capacidad de sobreponerse a las dificultades.

Se han escrito muchos libros que buscan dilucidar si un científico nace o se hace, si un genio es fruto la genética o del esfuerzo y el trabajo constante. Hoy no hay dudas al respecto: un científico se hace y se hace con esfuerzo y dedicación. Un caso emblemático es el del físico Stephen Hawkins, quien ha realizado algunos de los descubrimientos más valiosos respecto a la estructura del Universo, desde una silla de ruedas. Viendo las cosas desde esta perspectiva, Chile ha sido un territorio fértil para la formación de hombres tenaces ya que la creatividad e inspiración no está en la naturaleza de las cosas, sino en la actitud personal hacia ellas, es la fuerza de nuestro pensamiento y la capacidad de solucionar problemas lo que permite salir adelante.

En 1795 desde su exilio en Italia, el Abate Molina escribía: “Los chilenos harían progresos notables en las ciencias útiles, como lo han hecho en las metafísicas que se les enseñaba, si tuvieran los estímulos y los medios que se hallan en Europa. Pero los libros instructivos y los instrumentos científicos se encuentran allí rara vez o se venden a precios exorbitantes”. Siempre nos han faltado recursos, pero por otra parte esta dificultad nos ha obligado a ser más creativos, a esforzarnos más por conseguir lo que nos proponemos, y los resultados están a la vista.

La adversidad ha sido una fuente de creatividad e inspiración para los chilenos, en particular para sus científicos que, a pesar de vivir alejados de principales centros de investigación, sin las facilidades materiales que se encuentran en otros sitios, son capaces de hacer valiosos aportes como Monte Verde, que sin duda nos permitirán ser un país desarrollado, sin pobreza y con verdaderas oportunidades para todos. ^{ch}

¿POR QUÉ CH

FEDERICO

186

ASSLER

PREMIO NACIONAL
DE ARTES PLÁSTICAS

FEDERICO ASSLER BROWN

Ingresó a estudiar Arquitectura en la Universidad Católica de Valparaíso (1952) para luego iniciar su carrera artística asistiendo a la Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar. Durante 15 años se dedicó a la pintura y en 1970 emprende el trabajo escultórico primero en madera y luego en hormigón, con una técnica propia.

Residió y trabajó en España entre 1971 y 1981, y entre 1990 y 1992 se estableció en Brighton, Inglaterra.

Ha instalado obras monumentales, de esencia abstracta y formas orgánicas, en Chile y otros países como España, Finlandia, Colombia, en el Yorkshire Sculpture Park en Inglaterra y en el Museo Parque de las Esculturas en Providencia, del que fue uno de los iniciadores.

Ha exhibido en la III Bienal de París (1963) y la VIII y IX Bienal de Sao Paulo (1965 y 1967), a las cuales suma muestras en Europa, Latinoamérica y Estados Unidos.

Fue Director del Museo de Arte Contemporáneo en 1968, y ha sido reconocido con el Premio Anual de la Crítica (1969) por su exposición Esculturas Blancas en el Museo Nacional de Bellas Artes (redituada en 2009), y con dos premios Altazor por las muestras Roca negra (2004) y por Moldaje/Desmoldaje (2005) y el Premio Nacional de Artes Plásticas el 2009.

¿QUÉ ES CHILE?

Los inicios de este texto sobre la celebración del Bicentenario y diversos puntos a desarrollar me ha dado vueltas durante varios días. En este tiempo, en que razones de mi trabajo, “la escultura”, una de las más grandes de mis realizaciones y además más complicadas por su tamaño y - peso, y por ser además una pieza única (por primera vez...) me han mantenido alejado de toda otra actividad. Cada obra para mí es una nueva aventura, nuevos problemas a resolver., lo que me aleja de toda otra actividad.

En el colegio (y en la vida, posteriormente) siempre tuve problemas como responder a complicaciones de diversa índole... Ellas siempre deben venir de mí y la materia, aunque sea la palabra la que expresa, debe estar acorde al pensamiento propio, a la manera de ser con propiedad e identidad, por lo que siempre hay dudas de cómo hacerlo.

Es muy parecido a como ordeno ideas e imágenes en el proceso de proponer construir una obra, sea ella escultórica, visual, pictórica, dibujos de proposición, etc.

La pregunta esencial, “porqué Chile es Chile”... Conflictivo... Difícil... Extenso... Vivo en el Cajón del Maipo, tomo desayuno todos los días en mi casa, mirando la montaña al frente. Es llamada “El Purgatorio”, nunca la he subido, mi hijo Benjamín lo hacía en el día siempre con un amigo por lo peligroso. **Esa acción de subir la montaña es Chile (se dirá que también existe el Everest, Nepal). Chile son sus montañas, ríos y su gente, toda de norte a sur, sus ciudades, pueblos, sus accidentes sus acontecimientos, sus destrucciones, sus construcciones... En fin, se podría enumerar hasta el cansancio lo que hace a Chile.** Se estará consultando a diversos Premios Nacionales, escritores, arquitectos, economistas, periodistas, hombres del teatro e historiadores que podrán ahondar en las definiciones de qué es Chile.

En el caso mío, mi actividad de siempre ha sido el arte. Desde niño en el colegio lo principal era el dibujo. Fui pésimo alumno, con cambios de colegio frecuentes, incluso me retiré y fui a trabajar a una fábrica. Posteriormente me fui a buscar “mi cosa” al extranjero.

He vivido en diversos países buscando lo propio, ha sido un largo camino en el que el arte, sus artistas y las obras han sido mi escuela.

No así la universidad o las escuelas de arte, por lo que puedo decirme autodidacta.

Siempre he sentido que es fundamental encontrar una manera propia de manifestarse, de contar, ordenar una materia y trasformarla en expresión propia, inclusive construirse las herramientas necesarias para ello. Diría que esta ha sido mi actividad, mi búsqueda durante casi 50 años.

He buscado siempre ir con mi obra al encuentro del hombre, del ser humano, es por esto fundamentalmente mi deseo de incorporar la obra artística, la escultura en este caso en la calle, en los parques... La arquitectura en el paisaje de Chile como un acontecer artístico. Para mí el arte es lo más importante de la vida y creo que habría que fortalecerlo y darle una mayor prioridad. El ser humano tiene una capacidad creativa inmensa en toda índole de actividad. Viva el arte por encima de todo, la creatividad del ser humano. ^{ch}

Características técnicas de esta publicación:

Formato: 24,5 cm x 27 cm.

Papel interior: bond champion blanco 106 gr. (2/2 colores) y
cuartillas en papel courius translucent clear de 140 gr. (4/0).

Todos los papeles bajo certificación de cadena de custodia PEFC.

Papel de portada: couché de 350 gr. (4/0), polilaminado opaco.

Tipografías: Portada e interior: Carousel, Calluna y Museo.

Encuadernación: costura al hilo más hotmelt.

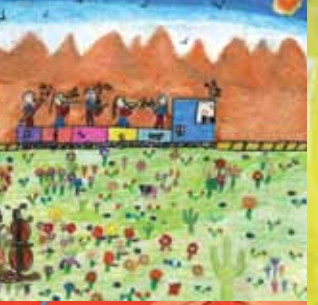
Se imprimieron 2.000 ejemplares. Santiago, octubre de 2010.



El papel de este
producto proviene de
bosques manejados
de manera sustentable
y fuentes controladas.
www.pefc.org







¿Por qué Chile es Chile? Es una publicación del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes que se enmarca dentro de las celebraciones de los 200 años de la República.

El Bicentenario es, sin duda, una ocasión para reflexionar en torno a nuestra historia e identidad, la que necesariamente tiene que tener una definición pluralista e integradora de todos los ámbitos, disciplinas y realidades a nivel nacional.

El Departamento de Comunicaciones junto al de Ciudadanía y Cultura del Consejo de la Cultura han impulsado una reflexión participativa en torno a esta fecha, que ha contado con la participación de niños de todas las edades, que viven en diferentes zonas del país y que participan del programa de las Escuelas Artísticas, y de expertos de distintas disciplinas, que han sido destacados por el Premio Nacional en su área. Tanto niños como adultos han sido invitados a responder una pregunta esencial: ¿Por qué Chile es Chile?

Los niños respondieron en forma visual, expresando su creatividad con imágenes muy potentes de lo que nos define como país, sus principales preocupaciones y deseos para un país que sienten tan propio. Los Premios Nacionales han respondido, a través de ensayos que iluminan sobre las fortalezas y el camino que como país nos queda por recorrer para seguir construyendo Chile. [ch](http://chile.cl)



ISBN 978-956-6327-72-9

 9 789568 327729